
El personalismo en
el pensamiento de
Emmanuel Mounier

Un acercamiento a la filosofía personalista



JORGE ALBERTO MONTEJO

Sobre al autor



Jorge Alberto Montejo

Realizó estudios de Ingeniería Técnica Industrial, graduándose en Dibujo Técnico y Proyección.

Licenciado en Pedagogía y Filosofía y Ciencias de la Educación por la UNED, efectuando prácticas y especialización en Psicopedagogía en el Departamento de Psicología de un Centro de Atención a Disminuidos Físicos. Estudioso e investigador en Religiones Comparadas. Desde hace años se dedica a la docencia privada.

Indice

Créditos

Prólogo

1. Introducción
2. Su pensamiento dialéctico
3. Su dialéctica filosófica personalista
4. La esencia del personalismo
5. Un acercamiento al personalismo cristiano
6. Los radicalismos religiosos
7. Del tener al ser
8. La educación en el personalismo
9. Educación religiosa y personalismo
10. El personalismo cristiano en la dialéctica de Emmanuel Mounier

—o0o—

El personalismo en el pensamiento de Emmanuel Mounier

Edición digital

Distribución gratuita

Jorge Alberto Montejo (2014) ©, autor.

montejoestrada@hotmail.com

Revista *Renovación* (2014) ©, editora.

editor@revistarenovacion.es

Maquetación y diseño: Revista *Renovación*

Revista *Renovación* agradece cualquier sugerencia por parte de los lectores para mejorar sus publicaciones en la dirección de correo que figura más arriba.

Realizado en España (CE)

http://revistarenovacion.es/Revista_Renovacion.html

Prólogo

Emmanuel Mounier ha sido uno de los personajes sobre los que más ha profundizado el autor de estos ensayos, **Jorge Alberto Montejo**, para la revista *Renovación*, de la cual es colaborador asiduo. El presente libro es una compilación de los mismos que el autor ha venido publicando en la citada revista (nº5 al nº14). En tales ensayos, **Montejo** lleva a cabo una sintética pero aguda introspección del pensamiento de **Mounier**, filósofo católico francés, preocupado por la problemática social y política de su tiempo y fundador del movimiento personalista.

Hoy, ante la saturación de literatura marcadamente devocional y pietista, el pensamiento del *personalismo* del filósofo francés, a pesar del tiempo transcurrido, se recibe como una bocanada de aire fresco, sobre todo porque incita a pensar críticamente, ejercicio intelectual que escasea en el mundo religioso. El *personalismo* de **Mounier**, como muy acertadamente expone el autor de estos ensayos, es comunitario y su pensamiento está dirigido a la *acción*. La filosofía de **Mounier** se fundamenta en tres bastiones: a) La vida personal comienza con la capacidad de desaprender lo caduco para aprender lo nuevo; b) Actuar desde lo que somos más de lo que podemos hacer o decir; y c) La acción como fin último, que no está dirigida al éxito sino al testimonio.

Diez ensayos para introducirse en el *personalismo* tal como lo entendió su fundador, **Emmanuel Mounier**.

Emilio Lospitao

Editor



Introducción

“La filosofía... requiere entera libertad sobre todo otro privilegio y florece principalmente por la libre oposición de sentimientos y argumentos”.

(David Hume: An Enquiry concerning Human Understanding. 1748).

Abordamos en este ensayo la figura de uno de los más grandes pensadores que ha dado el mundo de la Filosofía en el pasado siglo XX: **Emmanuel Mounier**.

No exageramos en absoluto al decir que **E. Mounier** (Grenoble, 1905-Châtenay-Malabry, 1950) fue un pensador avanzado a su tiempo, una figura señera de la intelectualidad francesa que dejó, sin duda, su impronta en generaciones posteriores. Si decimos que **Mounier** fue todo un emblema contra las tiranías que dominaron una Europa convulsa por la 2ª Guerra Mundial haremos honor a este hombre que pese a su corta vida (falleció con tan sólo 45 años) nos dejó todo un legado de compromiso y acción frente a las injusticias que derivaron hacia una cruenta guerra entre naciones que sembraron Europa de cientos de miles de víctimas como consecuencia de la barbarie y la sinrazón humana.

Este trabajo, más que detallar aspectos personales de la vida del pensador y activista francés, se centrará en su dimensión ideológica ante la verdad, desde una percepción cristiana, puesto que **Mounier** siempre mantuvo su compromiso con un catolicismo libre de prejuicios y lleno de compromiso social, como veremos. El movimiento ideológico por él creado, conocido como *personalismo*, vino a suponer todo un desafío para aquellos que lejos de buscar una afinidad con el poder establecido lucharon con la fuerza de la ideología por el establecimiento de un mundo mejor, aun a sabiendas de que su causa estaba perdida de antemano. En el fondo ésta es la razón de ser de toda ideología: *asumir el compromiso con la causa indistintamente de sus consecuencias*. Pero (y esto es lo grandioso de todo sistema ideológico que busca el bien común y la salvación de las almas, como es el caso del cristianismo), el compromiso empieza por uno mismo para hacerse extensible a otros que identificados también con la causa hicieron piña en la lucha contra las injusticias sociales hasta el punto de comprometer seriamente su propia vida. Esto nos recuerda la figura de **Jesús de Nazaret** (tan emblemática para **Mounier** y los personalistas cristianos, como también veremos) que comprometió su vida y asumió su destino final por amor a una causa: *la salvación de las almas en su sentido más integral*.

En este ensayo analizaremos con detenimiento y reflexión aspectos vitales del gran ideólogo francés, así como su línea de pensamiento filosófico y su compromiso social con un movimiento que llevó hasta sus últimas consecuencias, teniendo que pagar un alto precio por ello. Analizaremos, asimismo, en la parte final de este trabajo de investigación, el sello dejado por el *personalismo cristiano*, así como sus señas de identidad.

BREVE RESEÑA BIOGRÁFICA

Mounier fue contemporáneo de toda una generación de grandes pensadores de renombre universal, tales como **Jean Paul Sartre** (que nació el mismo año que **Mounier**), el filósofo marxista **Henri Lefevre**, su íntimo amigo y continuador del movimiento personalista **Maurice Nedoncelle**, y los que fueron sus maestros y amigos **Jacques Maritain** y **Gabriel Marcel**. Inmediatamente posteriores a éstos aparecieron figuras del mundo del pensamiento y la literatura francesa de renombre como **Levi-Strauss**, **Paul Ricoeur** y **Albert Camus**, entre otros.

La infancia en Grenoble de **Mounier** fue sencilla y apacible. Su amor por la naturaleza nos recuerda a ese otro gran pensador francés, estandarte del cristianismo comprometido de la época, que fue **Marcel Légaut** (1900-1990), al compaginar el mundo del estudio con su pasión por la naturaleza. Recién finalizados los estudios de Bachillerato muestra ya inusitado interés por la pobre y triste condición humana, especialmente la de la clase obrera y proletaria. En su tratado *Revolución Comunitaria y personalista* compara la situación del obrero con la figura descarnada de **Cristo** en la cruz. Se imponía pues una redención plena: la de la clase trabajadora explotada a cambio de un jornal de miseria. Redimir al hombre y hacerle salir de la miseria física y moral en la que se encontraba fue la razón de ser y vivir de **Mounier** durante su corta pero apasionante trayectoria en la vida. En 1924 inicia estudios universitarios de Filosofía y sería



precisamente en la universidad donde conoce a un hombre que dejaría profunda huella en él: **Jacques Chevalier**. **Chevalier**, gran pensador y analista, fascina a Mounier y le recomienda opositar a la cátedra de Filosofía en 1928, cosa que **Mounier**, siguiendo su recomendación, hace, logrando el número dos de la cátedra. Pese a su vocación universitaria no se encuentra a gusto en las aulas (algo parecido a lo que le sucedió a **Légaut**), y tras leer a **Descartes** en el curso académico 1926-1927, cree firmemente que el estudio de la Filosofía debería derivar inexcusablemente de la teoría a la praxis. Fue en esa época cuando **Mounier** empezó ya a hablar de “compromiso social”. Más allá de planteamientos teóricos que si bien suponen la base de toda ideología, y que sin embargo no resuelven los problemas acuciantes de la humanidad, existen alternativas viables que permitan salir al hombre de su indigencia física y moral. La visión antropológica de **Mounier** comienza a configurarse con claridad. Considera que una filosofía que no sea comprometida no vale, no sirve, y es por lo que cree firmemente que es preciso aunar *pensamiento y acción*. Esta actitud sería el eje central de toda la trayectoria del gran pensador francés.

Desde su pronta juventud se entrega a la que cree sería la causa primordial de su existencia: la lucha activa contra la injusticia y la opresión humana. Para ello se compromete con el movimiento de *Acción Católica de Jóvenes* (ACJF), integrante de las Conferencias de San Vicente de Paul, y decide actuar contra las injusticias y la lucha a favor de los más pobres y desheredados, como era el lema de esta organización católica. Esta organización era de línea claramente progresista y dinámica y propugnaba la necesidad de establecer diálogo con los marxistas. De ahí surgieron los primeros contactos de

Mounier con el marxismo militante. Pero pronto le desencantaron las tesis del marxismo, pese a considerar que el concepto de alienación que tenía el marxismo era el que más se aproximaba a su concepción del *personalismo* que ya estaba empezando a concebir. Alienación del obrero en un trabajo extraño y ajeno a él, del burgués en las posesiones que en realidad le poseen, y, en fin, las del usuario en un mundo mercantilizado y deshumanizado por la evaluación comercial; un mundo conducente a la despersonalización y desespiritualización progresiva y galopante (*Manifiesto al servicio del personalismo. Montaigne, 1936. pp. 59 y ss; trad. esp. Taurus. Madrid. 2ª ed. 1967*). Con todo, el *comunismo* siempre fue una tentación para el personalismo, algo que admitió el mismo **Mounier**, pese a dejar claras las líneas de separación entre ambas ideologías. Las exigencias que le imponía su militancia en *Acción Católica* le llevaron a trabajar en uno de los barrios más pobres de Grenoble, su ciudad natal, y conocería a otro hombre que dejaría profunda huella en él, el párroco de Saint-Laurent, el abate **Guerry**, que llegaría a ser luego arzobispo de Cambrai. La miseria humana que contemplaba a cada paso le indignaba y le producía vértigo. La proximidad a la miseria física y moral del ser humano fue un auténtico “bautismo de fuego” para **Mounier** y sus compañeros de misión. Su idea –tan cercana al marxismo, por otra parte– de que tan sólo existen dos clases de hombres, los explotadores y los explotados, y de que el explotador se nutre de la sustancia e indigencia del explotado, se hacía reflejo en la realidad que contemplaba y le abatía. **Mounier** fue un auténtico adelantado a su tiempo, como decía al principio, y sus ideas sobre las injusticias y la pobreza se asemejan mucho a la noción que el Concilio Vaticano II esgrimió un tiempo después sobre la injusta condición humana de opresión. Él mismo escribiría: “*El cristiano debe tomar una*

actitud ante todos los problemas humanos: justicia y misericordia; pobreza y riqueza: fuerza y debilidad; sufrimiento y defensa; violencia y caridad”. (El compromiso de la acción. Pág. 126).

Su idea de la filosofía se va forjando en torno a la acción y el compromiso social. Consideraba que el filósofo, el pensador, había de ser un hombre presente en el mundo y no ausente de él, enclaustrado en su propio pensamiento. Debía interesarse por los problemas de los hombres con los que vive y convive. Esta idea de lo que debe ser la filosofía y para que servía la explicita con meridiana claridad en septiembre de 1927, cuando en la revista *Vie catholique* escribiría: “*lo que da un valor inapreciable a su filosofía es que se confunde con su vida interior. No se organiza en sistema, se desarrolla en el tiempo, siguiendo una línea vacilante, sinuosa, pero de dirección perseverante*” (El compromiso de la acción). Particularmente creo que esta percepción de **Mounier**, a mi juicio, es plenamente acertada. Disciplinas como la Filosofía o la Teología si bien deben tener inexcusablemente una base teórica, deberían derivar hacia una aplicación práctica y comprometida, pues de lo contrario perderían su razón de ser, su empatía con el mundo circundante. Las ideas realmente no son nada sin el concurso humano que es lo que les da vida. *El personalismo cristiano* de **Mounier** apunta, como veremos al analizar sus tesis más significativas, hacia la salvación humana (que a su vez es la esencia del *Evangelio* de **Jesús**), pero salvarle de unas estructuras totalmente alienantes en las que se ve inmerso en medio de lo que el mismo **Mounier** denominaría el “desorden establecido”. Como inciso hemos de decir que si bien las ideas del gran pensador francés se encuadran dentro de una época social determinada, en plena expansión de los fascismos y

totalitarismos en Europa, no están exentas, en absoluto, de actualidad. Es cierto que vivimos en la Europa actual, en plena estabilidad de las democracias reinantes, pero no es menos cierto que el sistema socioeconómico capitalista actual conduce a la alienación del ser humano y a una pérdida progresiva de valores espirituales. Es decir, que el hombre vive, más allá de los distintos regímenes políticos, anclado en el “desorden establecido”, que diría **Mounier**, y es que ese “desorden” no viene de fuera, sino que está en las raíces mismas del ser humano. De ahí la permanente actualidad del mensaje evangélico, con su llamada a una *conversión*, a un cambio de rumbo en la vida misma del ser humano alienado y despersonalizado por unas estructuras sociales que le alejan de encontrar su verdadera identidad como persona. Lamentablemente, como también veremos, el mundo de la cristiandad actual también vive inmerso en esas mismas estructuras alienantes, tal y como denunció el mismo **Mounier**.

Retomando de nuevo la vida del genial pensador francés, cabe decir que sus apreciaciones sobre la realidad del entorno en el que vivía fueron luego recogidas por encíclicas papales de gran calado, no solamente en el mundo de la Iglesia, sino también en el ámbito social. Principalmente dos encíclicas apuntan en la misma dirección que el discurso de **Mounier**: *Pacem in terris*, de Juan XXIII y la *Populorum progressio* de **Pablo VI**. Entre 1928 y 1931 prepara su tesis doctoral en Filosofía, tras aprobar su licenciatura, y sería en el año 1930 cuando viaja a España para investigar sobre los místicos españoles. Estaba decidido a elaborar su tesis doctoral sobre los místicos españoles, pero al final se decantó –por influencia de su maestro y amigo **Jacques Maritain**– por elaborar su tesis en torno a la figura de **Charles Péguy** (1873-1914) “gran maestro

de toda una generación sin maestros”, que diría **Mounier**. **Péguy** encarnaba la figura del existencialismo cristiano, lejos de los esquemas tradicionales y rutinarios, totalmente abierto a la noble aspiración de cambiar el mundo. De Péguy aprendería la forma de luchar contra el mundo y sus estructuras alienantes. Estas ideas de **Péguy** emparentaban de pleno con las de Mounier. Precisamente sería el primer libro de Mounier, titulado *La pensée de Charles Péguy (1931)* el que marcaría la nueva trayectoria del filósofo francés. Diría también de **Péguy** que sería éste de quien aprendería el hábito del inconformismo y la forma de luchar contra la alienación del dinero y la manera de encarnarse lo espiritual y lo temporal. Sería un tiempo después cuando **Mounier** proyecta la que sería su gran pasión: *la revista Esprit*, a la que consagraría buena parte de su vida.

En efecto, con el surgimiento de *Esprit* (Espíritu), **Mounier** abandona voluntariamente la “élite” universitaria que tanto le agobiaba y sintió la “llamada” de la acción comprometida. Denuncia de manera crítica a un cristianismo que se había solidarizado con el “desorden establecido”. No cabía más alternativa que la ruptura. Siempre tomó como ejemplo a su maestro **Péguy**, el cual eligió la pobreza de hombre de pueblo renunciando a la popularidad y el éxito humano. Como decía anteriormente, algo parecido a ese otro gran maestro de generaciones que fue **Marcel Légaut**, que de brillante profesor y catedrático universitario decide retirarse a la vida campestre convirtiéndose en granjero y ayudador de judíos perseguidos por la barbarie nazi en plena guerra mundial. Otra figura parecida por su gran dimensión humana y cristiana fue **Roger Schutz** (1915-2005), religioso suizo fundador de la *Comunidad Ecuménica de Taizé* (Francia), donde dio cabida a judíos perseguidos por el nazismo y refugiados de guerra.

Siempre sorprende la figura de estos personajes que más allá de una concepción teórica de sus argumentaciones se comprometían con la causa por la que luchaban contra corriente. De ser destacados personajes en el mundo del pensamiento filosófico, teológico o científico (como en este último caso el de **Légaut**), su compromiso social les llevó a comprometer incluso hasta su vida. Por eso el legado que nos han dejado es inmenso. La lucha de **Mounier** iba en la misma dirección que estos grandes actores de un tiempo convulso, que partiendo del mismo molde sin embargo se conceptualizó con otros matices, como son los que dieron vida al llamado personalismo en sus distintas vertientes, como veremos.

Sería en 1930 cuando se comienza a gestar la revista *Esprit*. Ejercía **Mounier** como profesor de Filosofía en Sainte-Marie de Neully y poco después en el liceo de Saint-Omer, cuando inicia contactos y amistades con católicos, protestantes y ortodoxos comprometidos con la lucha social: **Maritain**, el **Padre Pouget**, **Gabriel Marcel**, **Danielou**, **Arland** y **Berdiaev**, entre otros intelectuales. Prácticamente todos ellos eran seguidores de la línea de pensamiento que iniciaría **Charles Péguy** años antes. **Péguy** no aportaba ningún dogma político o espiritual, según **Mounier**, tan sólo una búsqueda que diera repuesta a la inquietud del momento convulso que vivía la sociedad en plena expansión de los totalitarismos en Europa. Así surgió *Esprit* en este ambiente de consenso y compromiso social. El desorden estaba establecido en la sociedad, incluso en la Iglesia misma. **Mounier** llega a denunciar que la Iglesia se había aliado con el Poder establecido. Así era, ciertamente, como el obrero, el proletario, lo percibía, y de ahí también la denuncia del marxismo. Pese a su filiación católica, Mounier rehúsa el apelativo de revista “católica”. Así se lo hace saber

Mounier a **Mns. Courbe** y al cardenal **Verdier**, aduciendo que “todo lo que es nominalmente cristiano no lo es necesariamente en su espíritu”. (*Revolución personalista y comunitaria. Montaigne. París. 1935*).

El nombre de la revista, *Esprit*, no es casualidad. Viene más bien a significar la esencia misma del hombre, su espíritu. No pretende la revista, según detalla el mismo ideólogo francés, ser una revista de investigación, sino de *compromiso y acción*, “un grito de denuncia de toda forma alienante de la persona, un grito contra el engaño y la hipocresía, a fin de salvar al hombre desde abajo (...); no es únicamente una batalla horizontal entre dos fuerzas materiales: el opresor y el oprimido. La opresión está en el tejido mismo de nuestros corazones”. (*Rehacer el renacimiento. Esprit, octubre 1932*). Se precisaba cambiar el corazón de la persona, sus sentimientos, haciéndolos más nobles y sinceros. Añade también que había que denunciar el fariseísmo religioso, que tilda de “enfermedad grosera del espíritu”, y que es la enfermedad que corroe a la cristiandad occidental, feudal y burguesa, y que él denominaría “cristiandad moribunda”. (*Oeuvres, IV, pág. 542*). **Mounier** se siente profundamente decepcionado con la generación anterior, de deslumbrante eflorescencia literaria, pero incapaz de sacar a la población de la tremenda desilusión de la primera guerra mundial. **Gide**, **Proust**, el *surrealismo* y todo su cortejo posterior, no fueron capaces de ofrecer esperanza a un mundo roto y caótico, gravemente herido de muerte. Por ello la nueva generación debería llevar esperanza a los corazones abatidos y frustrados por el “desorden establecido”. *Esprit* pretendía ser un halo de esperanza en medio del desierto de la desesperación vivida en aquellos tiempos convulsos. Y, al mismo tiempo, espejo de

denuncia de la injusta situación vivida en Francia y en otros países sometidos a la ocupación alemana. Cuando *Esprit* aparece en los quioscos de prensa y en las librerías francesas, **Mounier** expresa su deseo en forma de oración: suplica al Señor que de no estar Él presente en la revista y no ser de su agrado, ésta fuera hecha añicos. Toda una metáfora que expresa el profundo sentir religioso de **Mounier**. En el primer número de la revista aparecen, además de la suya, las firmas de otros intelectuales de renombre: **Berdiaev**, **Rougemont**, **Izard**, **Lacroix** y otros. A partir de entonces **Mounier** sacrificaría todo en aras de la divulgación de la nueva revista: su proyección universitaria, su dinero y hasta su tiempo, que preveía iba a ser limitado. En la revista escriben creyentes e incrédulos, tan sólo unidos por un espíritu joven dispuesto a cambiar el mundo. El lema era bien claro: *compromiso*. Todos reconocen haber iniciado un camino sin retorno. La clave del cambio que preconizaban **Mounier** y sus compañeros de aventura era también claro: asentar un nuevo espíritu de compromiso y acción. Aquellas palabras de **Péguy** de que “contra una situación tradicional, totalmente tradicional, contra una total situación tradicional, no cabe otra postura que una total situación revolucionaria”. (*Oeuvres*, pág. 619 y ss.) habían calado hondo en el sentir de **Mounier** y sus compañeros. Esto refiriéndose también a las Iglesias, las cuales no podían permanecer más tiempo en su situación petrificada y descontextualizada, fuera del marco histórico de la época; una Iglesia sumida en el angelismo (caso del catolicismo) o pietismo (caso del protes-tantismo), pero distanciada de las realidades temporales. Aunque tildada de política, *Esprit* no pretendía ser una revista política. Particularmente creo — leyendo retazos de la revista, algunos recogidos en este ensayo— que la pretensión de **Mounier** (si bien con connotaciones

políticas muy intensas) no era, en cambio, de servir de instrumento de politización en la época. Como toda revista de protesta, se alzaba contra todo aquello que sumiera a la persona en la alienación, en la ideología manipuladora y doctrinaria que recorría la Europa de aquel tiempo. Y esto, obviamente, incluía a los regímenes políticos fascistas dominantes en la Europa de la primera mitad del pasado siglo XX.

Sin embargo, es importante reseñar, creo, que la revista – como casi todas las revistas– tenía, como dije antes, unas connotaciones políticas y que aparecían en otra revista de carácter bimensual que **Mounier** había fundado en Munich y que tenía por título “*Voltigcar*” y que daría lugar al surgimiento de un nuevo movimiento denominado “*Troisieme Force*” (La tercera fuerza). Este movimiento nacería a la sombra de *Esprit* y tendría unos fines más claramente políticos. Se le ha tildado a Mounier, en ocasiones, de que *Esprit* fuera una tapadera de sus convicciones políticas, explicitadas con más claridad en *La tercera fuerza*. Estudiando y analizando la obra de **Mounier** no creo que esto haya sido así. La honradez de **Mounier** creo que está fuera de toda duda. Su vida, su obra en completo, su testimonio y su compromiso no ofrecen dudas de ningún tipo. Que el sentir religioso y político en el gran ideólogo francés marchan parejas es una realidad, también. Y esto porque, a mi juicio, la dimensión religiosa del hombre comprometido con su entorno, con la sociedad, puede derivar perfectamente hacia una línea ideológica y política determinada. Religión y Política no tienen (ni deben) por qué estar reñidas. Son dos percepciones de una misma realidad. Una dimensión, la religiosa y espiritual, que pertenece al ámbito de lo privado, y otra, la política, que se ocupa de las realidades terrenales que bien pueden ser vehículo de transmisión de una experiencia de carácter religioso, sin caer

en utopías angelicales ni pietismos fuera de lugar y todo ello al servicio de la comunidad democrática. El problema de la descontextualización eclesial al que se refería Mounier es asimismo una realidad actual. En realidad casi siempre lo ha sido en la historia de la Iglesia. Ni tan siquiera los movimientos renovadores y reformistas dentro del marco eclesial han contribuido a posicionar a las comunidades eclesiales en un marco de convivencia real, acorde con la marcha de los tiempos que corrían. Por el contrario, estos movimientos han caído en los dogmatismos e intransigencia contra los que supuestamente luchaban. Así nos lo revela la historia eclesiástica (y de manera especial la Reforma protestante y la posterior Contrarreforma). Y nada parece indicar que las cosas vayan a cambiar, al menos de manera sistemática.

Pero, retomando de nuevo la vida de **Mounier**, decir que si bien en un principio *Esprit* y *Troisieme Force* convivieron juntas, pronto vino la separación por cuestiones, al parecer, de discrepancias internas. El problema que desencadenó la disensión fue, supuestamente, el hecho de que *Troisieme Force* pretendía, en su lucha revolucionaria, unirse a los comunistas, cosa con la que discrepaba **Mounier**, al parecer, por cuestión de principios y de compromiso. **Izard**, redactor-jefe de *Esprit*, abandona su cargo como clara muestra de expresión de su antagonismo con **Mounier**. Las posturas de ambos llegaron a ser irreconciliables e **Izard** se hizo cargo de *Troisieme Force*, si bien por poco tiempo, pues el nuevo movimiento desaparecería poco después absorbido por el llamado *Frente Común*, de tendencia comunista, liderado por **Bergery**. Así que **Mounier** siguió en solitario con *Esprit*.

Por más que algunos lectores superficiales de **Mounier** pretendan ver una dimensión política solapada, una reflexión serena de su vida y obra nos persuade de lo contrario. Se ha llegado a decir, incluso, que la *Democracia Cristiana*, como partido político, se inició con el pensamiento mouneriano. Posiblemente algunos de sus postulados ideológicos se sustenten en el pensamiento del gran ideólogo francés, pero, en absoluto ésas fueron sus pretensiones. Es más, el marco político estaba fuera de sus expectativas, al menos con carácter prioritario. Él no había nacido para consagrarse a la política. Podemos decir que más bien su vocación era la de un eremita, un contemplativo, que, sin embargo, derivó hacia la vida comprometida y de acción. Yo diría que la vida de **Mounier**, su corta pero intensa vida, fue siempre contra corriente, acuciada por unas exigencias sociales que él consideraba ineludibles. Por eso su línea dialéctica de pensamiento pudiera parecer un tanto exacerbada, pero esto fue motivado, a mi parecer, por la sensación de urgencia social que se vivía en una Europa amenazada de muerte por los fascismos y totalitarismos. Con todo, siempre suspiró por una vida más tranquila. “*Mi íntima vocación* (decía una de sus anotaciones de 1932) *se ha inclinado siempre hacia la vida eremítica, meditación, fuego interior, vida personal y amistad; pero heme aquí, lanzado ahora en plena calle, condenado al trabajo impuro y ruidoso, a una carga ineludible*”. (*Mounier et sa generation*, pág. 105). Y a un amigo sacerdote le había insistido en la misma idea, que recoge *Esprit* en diciembre de 1950, pocos meses después de su muerte: “*Aspiro al día en que pueda llevar una vida benedictina, aun creyendo que será, sin duda, una esperanza escatológica (...)*”. Estos testimonios sugieren la dualidad en la que se encontraba el filósofo. Pero pudo más lo que él entendió que era el deber inexcusable del compromiso social.

No dejó la revista de recibir críticas por parte de políticos conservadores y tradicionalistas. Incluso el general **Castelnau** la tacharía de modernista y comunista, siendo aperebida también por el Vaticano. Esto intimida a algunos miembros de la revista que abandonan la colaboración con **Mounier**. Otros, sin embargo, permanecen fieles a *Esprit*. **Paulette**, la esposa de **Mounier**, sería en esos momentos de gran ayuda y apoyo para él. Una conocida revista parisina arremete contra *Esprit* y sus colaboradores, tildándoles de burgueses revolucionarios. Y el arzobispado de París preocupado por el cariz que estaban tomando los acontecimientos solicita informes sobre la revista. El propio **Chevalier**, maestro de **Mounier**, se inquieta ante la situación. El caso fue que **Mounier** se sintió cada vez más solo y con menos apoyos. Pero, por otra parte, la revista gana rápidamente cada vez más adeptos y entusiastas seguidores, de manera especial entre la clase obrera y proletaria. Esto tiene fácil explicación: desde un principio *Esprit* se enfrentó al capitalismo y la explotación que produce, denunciando a un tiempo el montaje de la burguesía y un sector de la Iglesia, el de los ricos y hacendados. Incita también al pueblo obrero a liberarse del yugo del opresor por medios pacíficos, algo que la separaría sustancialmente del marxismo que propugnaba la revolución por la fuerza si fuera preciso. La lucha que propone *Esprit* es con la fuerza del espíritu y no la de las armas. Ya Mounier denunciaría el escándalo que suponía que una sociedad que se autodenominaba cristiana congeniase o no denunciase las injusticias sociales, las graves carencias materiales, y, en suma, el egoísmo social que todo lo impregnaba.

Cuando el ideólogo francés habla de términos como *revolución* o *revolución no-violenta*, nos podemos preguntar a

qué se refería con eso. El mismo Mounier definiría la revolución como un conjunto de trans-formaciones profundas que las sociedades llevan a cabo con la finalidad de abolir, de suprimir, los males que las aquejan (*Oeuvres, pág, 619*). Por lo general, las revoluciones suelen ser rápidas y expeditivas con tal de abortar cualquier posible respuesta. La historia de las revoluciones habidas en el mundo así lo atestigua de manera casi exclusiva. Hay revoluciones, no obstante, que suelen enquistarse, creando un clima de violencia constante o contraviolencia durante largo tiempo, pero son excepciones. La “revolución” que preconizaba **Mounier** era bien distinta. *Esprit*, en su número de marzo de 1950, recogía con carácter póstumo (**Mounier** había fallecido en marzo de ese mismo año) una sentencia con carácter lapidario del filósofo de Grenoble: “*Mi Evangelio es el Evangelio de los pobres; jamás me hará alegrarme de lo que pueda dividir el mundo y la esperanza de los pobres (...)*”.

Cuando la alarma llega del Vaticano y del arzobispado de París, que pone en entredicho la revista, **Mounier** no puede por menos que defender su ortodoxia. Al final, sus alegaciones son asumidas y comprendidas por el Vaticano. **Mounier** ratifica su confianza en el patrimonio de la fe cristiana en toda su integridad. Pero, a partir de entonces la aventura de *Esprit* se torna cada vez más difícil. Escasean los medios económicos y los colaboradores de la revista y, además, el incipiente nazismo estaba invadiendo media Europa. Fueron tiempos difíciles para *Esprit*.

En 1935 vería la luz su gran obra, la más emblemática sin duda: *Revolución personalista y comunitaria* (en español) y en 1936 su otra gran obra: *Manifiesto al servicio del personalismo*

(idem. en español). Se ve recluido en prisión en varias ocasiones y tiene falta de recursos económicos con que poder atender a su esposa e hija, gravemente enferma. Su vida de fe y compromiso se ve puesta a prueba. Da clases de Filosofía en Lyon con tal de salir de la penosa situación económica en la que se encontraba. Ante el sufrimiento de la existencia y la manera de sobrellevarla escribiría con pasión: “*La comunidad es una persona nueva que une a las personas que forman por el corazón de ellas mismas. Una comunidad en la que cada persona se realiza en la totalidad de una vocación continuamente fecunda, y la comunión del conjunto sería una resultante viva de los éxitos particulares*” (*Oeuvres. El compromiso de la acción, pág, 21*). La fe religiosa de **Mounier**, lejos de debilitarse con el dolor, se veía fortalecida. Al drama social que se vive en Europa se une el familiar, y en particular la grave dolencia de su primera hija, aquejada de las secuelas dejadas por una vacuna antivariólica que la hacían vivir en un estado casi vegetativo. La enfermedad de su hija le hacía ver el dolor como un símbolo, como una representación del dolor humano en general, que tan sólo encuentra resignación y cobijo en la fe.

Sería en agosto de 1941 cuando el gobierno de Vichy clausura la revista. Pero esto lejos de amedrentar a **Mounier** le hace sentirse fuerte ante tal adversidad. Prepara, junto con antiguos colaboradores de la revista, un frente ideológico contra el fascismo totalitarista y explícitamente muestra su repulsa contra el nazismo. Es acusado de colaboracionismo y de ser uno de los pioneros del movimiento *Combat* (movimiento de Resistencia que actuó en Francia durante la ocupación alemana) de manera infundada y es recluido nuevamente en prisión. En la red de *Combat* estaban intelectuales tan relevantes como

Sartre, Camus y Malraux, entre otros. El único contacto que **Mounier** había tenido, al parecer, a título privado y personal, fue con algunos dirigentes del grupo de Resistencia. Sería su nombre el que aparecería en uno de los documentos filtrados por lo que **Mounier** fue acusado de pertenecer a la red. En prisión escribiría una buena parte de su *Traité du caractere*. Esta obra sería publicada en 1946. Finalmente es absuelto de la acusación y recobra la libertad. Entretanto, la guerra había terminado. Y se produce la gozosa noticia de que *Esprit* reaparece en diciembre de 1944. Vuelve la revista con su afán combativo de siempre. Este período se puede considerar como el de la consolidación y maduración ideológica de **Mounier**. Es la época del resurgimiento del existencialismo y del entronizamiento de la “filosofía del desastre”, impregnada de pesimismo.

Consciente de que la “revolución del espíritu” todavía es posible en medio del desencanto, aboga por la búsqueda de la verdad en lo más profundo del ser humano.

Mounier, enfermo y profundamente debilitado por una existencia azarosa, fallece cuando tan sólo tenía 45 años, un 22 de marzo de 1950. Ese día se fue un hombre excepcional, que lejos del snobismo y en renuncia voluntaria de pertenecer al mito de una “élite” intelectual, dejó la impronta impagable de ser persona comprometida con sus ideas hasta sus últimas consecuencias. De él escribiría **Etienne Borne** unos años después de su muerte: “*No era de la raza de los convulsionarios ni de los frenéticos; en él todo delataba el equilibrio, y un equilibrio de naturaleza y de espíritu. Este revolucionario tenía la pasión del orden; si inventó el*

personalismo fue para poner orden en el pensamiento filosófico y en el político (...). (La vida intelectual. Junio, 1956).

Finalizar esta reseña biográfica de **Emmanuel Mounier** diciendo que la última editorial de *Esprit* que había escrito llevaba por título *Fidelidad*. Seguramente éste sería el calificativo que mejor resumiese la vida y obra de este gran pensador que dio el siglo XX.



Su pensamiento dialéctico

La exigencia más inmediata de una vida personal, la que se dirige tanto al incrédulo como al creyente, al ateo como al fiel, es la de nuestro compromiso.

*(Adsum. Manifiesto al servicio del personalismo, o.c., págs. 295-300).
E. Mounier.*

Lo primero que quizá deberíamos de decir de **Mounier** en lo referente a su discurso dialéctico es el hecho de sus planteamientos de carácter político, más allá de los estrictamente religiosos, a los cuales me referiré en el siguiente apartado.

En efecto, como ya comentaba anteriormente, la proyección religiosa y espiritual del gran filósofo francés alcanzó la parcela de lo político, en cuanto esta era una continuidad de la dimensión religiosa de la persona. La pretensión del ideólogo francés fue la de concienciar a un mundo sumido en lo que él denominaba el “desorden establecido”. Me consta, leyendo a **Mounier**, que aun reconociendo sus inclinaciones políticas, claramente de

tendencia izquierdista, no obstante, en toda su dimensión política, subyace un sentir religioso muy profundo. Como indicaba antes, deja la sensación de que lo político es una proyección del sentir religioso y espiritual. La crítica de **Mounier** en el ámbito político se dirige no solo a un determinado sector social de tintes marcadamente capitalistas y de corte burgués, sino que también van dirigidas hacia el marxismo.

Sobre la base de que el mundo se movía dentro del “desorden establecido” que incluía tanto a sectores políticos, sociales y religiosos, **Mounier** propone en su discurso, como reactivo a esa calamitosa situación, un modelo de sociedad nueva y renovadora a la vez, con hondas raíces cristianas que verdaderamente planten cara a los incipientes fascismos y totalitarismos surgidos en aquella Europa convulsa y que serían después catapultadores de la 2ª Guerra Mundial. El mundo de entonces era claro exponente del desmoronamiento de los grandes ideales que habían alimentado las expectativas sociales de una humanidad desposeída de los valores eternos del alma. **Nietzsche**, **Marx** y **Freud** fueron los grandes innovadores del mundo moderno pero, en opinión de **Mounier**, a su vez los grandes causantes de la regresión de las creencias que mantuvieron en pie hasta entonces a un mundo que empezaba a tambalearse por falta de convicciones morales. Por eso, **Mounier** propone un nuevo “alumbramiento”, “un nuevo renacimiento del espíritu” que sea capaz de proyectar ilusión y esperanza a un mundo caótico y deshumanizado. Las ideas de Mounier y del grupo *Esprit* fueron tildadas por **F. Mauriac** de inconformistas, así como el movimiento creado por **Mounier**, y a decir verdad que lo eran. En realidad, las ideas de todos los grandes hombres que han pretendido transformar el entorno

social en el que vivieron siempre fueron inconformistas ante la situación vivida. Es más, el gran motor de las grandes revoluciones sociales de la historia fue precisamente la no acomodación a un entorno tildado o calificado de injusto. De no haberse producido la *Revolución francesa* o la americana, por ejemplo, seguramente el mundo actual sería muy distinto de lo que es hoy en día. De una forma de gobierno absolutista se pasó a otra de carácter democrático y socialmente más justo, aun a costa del derramamiento de sangre. Pero no todas las grandes revoluciones recurrieron a la guerra entre los pueblos o a la guerra civil entre ciudadanos de una misma nación, sino que también ha habido revoluciones de carácter pacífico que triunfaron en sus pretensiones. Recordemos, como caso más cercano en el tiempo, la revolución propuesta por **Gandhi** (1869-1948) en la India en su lucha por erradicar el colonialismo británico en su país de origen y que culminaron con la independencia de la India. Citar también el reciente caso de **Nelson Mandela** (1918-2013) en su lucha contra el *apartheid* o segregación racial en Sudáfrica, como ejemplo de respuesta ante una injusta y deshumanizante situación social que tanta penuria y miseria trajo a aquel país africano. Las grandes revoluciones sociales de la historia se fraguaron en el *compromiso* y en la *acción* de sus ideólogos.

Mounier concibió como algo completamente normal que las situaciones de opresión causaran odio y anarquía en los pueblos víctimas de la injusticia social. Ante situaciones así se imponía una reforma social a fondo que erradicara las injusticias y que trajera un orden social más equitativo para los pobres y desheredados de este mundo, los cuales no podían participar de los bienes comunes aglutinados en manos de unos pocos imbuidos de un espíritu capitalista y materialista. Pero lo

que más exacerbaba el ánimo de **Mounier** era el hecho de que esa sociedad se llamara cristiana y permaneciera poco menos que impasible ante tal situación. El amor a Dios se había desplazado hacia el amor al dinero y confort que el mismo trae. Sería **Péguy** quien ya delataría esa situación con su espíritu profético anatémizando al hombre “cazador de dinero”, como lo denominaba, y a la sociedad en su conjunto; sociedad donde todo se intercambia, se compra y se vende sin orden ni control. También **Marx** y **Camus** hablaron en algunas de sus obras de la magia y atracción del dinero en el hombre moderno. **Camus**, en una de sus obras más significativas, *El mito de Sísifo*, afirma de manera contundente que “*se pretende ganar dinero para una vida feliz, y así todos los mejores esfuerzos de la vida se centran en la consecución de ganar ese dinero. La felicidad se olvida y el medio se convierte en fin*” (Ed. Losada. Buenos Aires, 1953. Pág. 82).

Nuestro mundo posmoderno no es muy distinto en cuanto a esto de aquel que denunciaría **Mounier** en aquellos años convulsos. Inmersos como estamos en una sociedad marcadamente capitalista y deshumanizante donde todo o casi todo se compra y se vende por medio de la ley de la oferta y la demanda, el ser humano se ha convertido en un instrumento, en un número más del complejo engranaje social en el que se ve atrapado, teniendo su particular *tótem* o ídolo, que es el dinero. Loterías, quinielas y juegos de azar en general se han convertido en elementos dinamizadores de millones y millones de individuos en el mundo capitalista actual tratando de enriquecerse por la vía rápida y a toda costa. Y todo por la



consecución del dinero, el ídolo moderno que mueve pasiones. Y lo peor de todo –y algo que denunciaría, como decíamos anteriormente, el mismo **Mounier**–, es que determinados sectores del cristianismo participan sin inmutarse lo más mínimo de esta falacia, de este engaño. **André Gide** (1869-1951), el gran escritor francés y premio Nobel de Literatura 1947, escribiría unas líneas lapidarias en su *Diario* del 24 de marzo de 1935, que dejaron su impronta en la sociedad de la época: “*Son sofismas por lo cuales ciertos ricos, que se dicen cristianos, quieren alargar un poco el agujero de la aguja por el cual puedan, sin empobrecerse, entrar al final en el reino de Dios*”, diría en su *Diario*. Incluso pulula actualmente en determinados sectores del mundo de la cristiandad evangélica la falacia de que el enriquecimiento es una prueba del amor de Dios y señas de identidad de prosperidad que el mismo Dios desea para sus hijos. Ha surgido hasta tal punto toda una seudoteología conocida como “teología de la prosperidad” que está causando furor en determinados sectores de mundo evangélico. La prosperidad de la que se habla y deduce del *Evangelio* de **Jesús de Nazaret** va en otra línea totalmente distinta a la que predicán los nuevos profetas de la “teología de la prosperidad” en sus ansias de acaparamiento de bienes materiales. Este “desorden” (como lo denominaría **Mounier**) tiene sus raíces en una distorsión de la realidad en la que se ve envuelto el sujeto: *la sustitución del ser por el tener*. Pero no solamente en el afán de acumulación de dinero, sino también en el entronizamiento tecnológico que vivimos. Las máquinas que nos rodean a todas horas son veneradas, idolatradas, por el hombre moderno y posmoderno. De ser utilísimos instrumentos de ayuda en la elaboración y tratamiento de muchas actividades modernas, se han convertido, con el paso del tiempo, en herramientas de las que

no podemos prescindir de ellas. Y todo ello marchando parejo con un complejo proceso de deshumanización en el que se ve sumido el hombre actual. El *desorden establecido* es fruto de una sociedad capitalista y deshumanizada. Y aún más: *el hombre burgués de las sociedades capitalistas ha llegado, audazmente, a efectuar la subversión de valores dando supremacía al beneficio obtenido del orden económico implantado y a dar prioridad al capital sobre el trabajo.* Y todo esto consensuado con el Poder establecido. Sería en *Manifiesto al servicio del personalismo* donde **Mounier** realiza una crítica magistral al liberalismo burgués. Y es que, al igual que en la célebre sentencia bíblica, considera que la raíz de todos los males es el dinero, el amor al dinero, que se ha convertido en santo y seña de la sociedad capitalista. Y de este modo también el trabajo como fuente de realización personal ha sido desarraigado por el capitalismo, convirtiendo a este en elemento clave de la economía y la consecuente alienación humana que ya no percibe el trabajo como fuente de satisfacción sino como instrumento capital y único para conseguir dinero. La técnica, el trabajo y el progreso han de estar para servir al hombre y no al revés. El hombre moderno del que hablaba **Mounier** está sujeto a la más tremenda, y a la vez anónima, de las dictaduras: la dictadura capitalista. Si hemos de convenir con **Max Weber**, la religión no está desenganchada de este proceso, y más concretamente el mundo protestante, donde, en opinión del gran analista y sociólogo alemán, capitalismo y protestantismo, en lo económico, van de la mano, valga la expresión. A mi juicio, la apreciación de **Weber** sobre el maridaje entre capitalismo y protestantismo está más que claro. Como acertadamente indica **Weber** en su investigación de los orígenes del capitalismo, sería el puritanismo religioso, el cual sostenía que la prosperidad en los negocios era señal inequívoca de elección

divina, el que conduciría al surgimiento primero y arraigo después de todo el entramado del capitalismo burgués. Hemos de observar que seguramente no habría sido por casualidad (muy pocas cosas surgen por generación espontánea en el ámbito sociológico) que capitalismo y religión hayan marchado unidas desde entonces. Como tampoco será casualidad que la actual seudoteología conocida como “teología de la prosperidad” lleve las señas de identidad bien claras, y estas son, como sabemos, de signo protestante.

El capitalismo liberal es totalmente anticristiano y no verlo o admitirlo sería de incautos. Y es que lejos de establecer lazos de hermandad, este capitalismo implantado a raíz del liberalismo burgués (cuyas señas de identidad están, como ya analizamos, muy claras) conduce a la competitividad más desgarrada y tiranizante entre los seres humanos, lo que en expresión de **Thomas Hobbes** (1588-1679) –el gran empirista y filósofo inglés, autor del célebre *Leviatán*, tan influyente en la filosofía política de la época y en la sistematización del absolutismo político, de tanto arraigo en la Europa de la época– acuñaría en la conocida expresión latinizada “*homo homini lupus*” (el hombre es un lobo para el hombre), para referirse a un complejo proceso de deshumanización que conduce a la competitividad más agresiva entre los seres humanos en la lucha por la supervivencia. Pues bien, **Mounier**, sintonizando con esta idea de **Hobbes**, y también con la de **Adam Smith** (1723-1790), el conocido filósofo y economista escocés, hablaría de una vida económica arraigada y sustentada en la creación del máximo posible de riqueza para, a su vez, conseguir los mayores placeres y confort en esta vida. Algo que objetivamente no casa en absoluto con las enseñanzas de **Jesús de Nazaret** en su *Evangelio* cuando dice expresamente que no

se puede servir a dos señores a la vez, que no es posible servir a Dios y al dinero, aunque algunos en su osadía, entusiastas seguidores de la *seudoteología de la prosperidad*, así lo predicaban, y a veces hasta sin pudor. ¡Verdaderamente alucinante! **Mounier**, en su visión profética, vino a desentrañar las mezquindades de un sistema que ha llevado con el correr del siglo XX e inicios del XXI a lo que se ha dado en llamar como capitalismo salvaje, donde todo vale con tal de enriquecerse a toda costa y, en ocasiones, por medios ilícitos. Aquella sentencia de **Saint-Exúpery** (1900-1944), el célebre novelista y aviador francés, que recoge gráficamente en su obra *Citadelle* de que “*No os condeno por favorecer lo utilitario, sino por tomarlo como fin*”, viene a expresar de manera muy ilustrativa la realidad social del mundo moderno y posmoderno. El fin no justifica los medios, obviamente. Varias encíclicas papales reivindicaban de manera notoria y acertada los males del capitalismo. Repasando distintas encíclicas papales creo que la *Populorum Progressio* de **Pablo VI** es la que más se ajusta, en mi opinión, a la realidad del capitalismo y sus nefastas consecuencias. El mismo **Pablo VI** llega a calificarlo de “desgracia” y “nefasto sistema”. **Mounier** comenta de manera reiterada en *Revolución personalista* que la persona humana no es “algo”, no es un producto que se compra o se vende como un mero “instrumento” al servicio de la producción. Lo que él califica de “herejía laborista”, de desviación, viene a eliminar, en última instancia, la dignidad del trabajo y del trabajador. El trabajo, bien concebido, no debe tener, como fin exclusivo y único el lucro. Además de ser un medio de mantenimiento necesario para asegurar mínimamente las necesidades propias y familiares debe contribuir a la realización de la persona. Por otra parte, el trabajo establece unos lazos de solidaridad con los

demás. Y es ante esta realidad que, según **Mounier**, el hombre debe tomar conciencia de su situación social.

El espíritu burgués que tanto censuraría el gran ideólogo francés, en la línea del gran maestro **Péguy**, se ha ido implantando primero y acomodando después en prácticamente todos los estamentos sociales. Pero con una particularidad, en mi opinión, y es el hecho de que el burgués actual, a diferencia de las virtudes que poseía la burguesía tradicional, ha abandonado su condición audaz y deseo de aventura. Se ha encasillado en la más absoluta comodidad y egoísmo que le hacen desentenderse de las necesidades ajenas. El burgués acomodado de hoy en día vive en su estatus, aislado de los problemas sociales que le rodean, impasible e híbrido ante el sufrimiento humano. Ante los logros positivos de la Burguesía medieval, los cuales permitieron al hombre liberarse, al menos parcialmente, de la servidumbre en la que se veía inmerso, hasta la burguesía moderna, se alza todo un panorama desolador traído por el capitalismo salvaje que conocemos hoy en día. Algo habrá influido, seguramente, el decadentismo religioso a partir del siglo XVIII. Particularmente creo, analizando la situación histórica en la que estamos y realizando un ejercicio de mirada retrospectiva al pasado pero con proyección futura, que ante el planteamiento religioso de que el reino de Dios no es de este mundo, el espíritu burgués del hombre moderno y posmoderno ha establecido su propia metafísica, digámoslo así, y “creado” su propio mundo, aislado de la realidad social, y despreocupado de los demás, lo cual no deja de ser una simple fachada, pero nada más. Eso por una parte. Por otra está la pérdida de los valores religiosos y espirituales auténticos sustentados en el cristianismo, que, como digo, se han perdido, o bien se han desvirtuado o

desnaturalizado. El hombre burgués acepta sin más un cristianismo caricaturizado, carente de valores auténticos. Pero esto lo analizaremos en otro apartado de este ensayo.

Si el espíritu burgués, consecuencia directa de un capitalismo deshumanizado, fuera uno de los argumentos dialécticos prioritarios del pensamiento del gran ideólogo de Grenoble, los *fascismos* y sus consecuencias ideológicas fueron su otra gran preocupación junto con el *marxismo*.

En el contexto histórico en el que **Mounier** vivió los fascismos eran una seria amenaza para el mundo libre. En pleno desarrollo del nacionalsocialismo alemán y del fascismo italiano, Europa se veía inmersa en el desencanto político y religioso. Las penurias que había traído la 1ª Guerra Mundial no se habían disipado en absoluto. La gente, desesperado, buscaba una estabilidad económica y social que no tenía. Fue en medio de esta situación que surgieron los fascismos europeos. Los pseudovalores del fascismo pronto terminaron por confundir al pueblo cuando ya era tarde para pararlo. Todos sabemos como acabó la historia. **Mounier** censura la táctica que el fascismo utilizó con la Iglesia instituida, tratando de hacer creer que ésta estaba aliada con el Poder. La Iglesia, como institución, se limitó, obligada por las circunstancias, a nadar y guardar la ropa, valga la expresión coloquial. El rol que desempeñaron la Iglesias protestantes durante esa época tan sombría de la historia, también estuvo marcada por el silencio y la indiferencia, y, en todo caso, salvo excepciones (como los casos de **Bonhoeffer** y **Barth**, entre otros), carente de compromiso social.

Paul Tillich (1886-1965) –filósofo y teólogo protestante alemán, una de las máximas figuras del pensamiento

protestante junto a **Karl Barth** (1886-1968)–, calificaría al fascismo como “el retorno apasionado del hombre hacia sus orígenes”, y **Mounier** lo definiría como “delirio colectivo”, que no crea, en efecto, comunidad de personas libres y responsables, sino dependencia ideológica y manipulación de la persona en sumisión al Estado totalitario. Y todavía más, en un conocido texto en referencia al fascismo, publicado en 1934 en la revista *Esprit*, en el nº correspondiente al mes de enero de ese mismo año, analiza de manera magistral lo que él consideraba los tres fallos esenciales del fascismo: 1) el abandono del liberalismo por un capitalismo de Estado, con las consiguientes taras inherentes al propio capitalismo. 2) entrega por parte del movimiento obrero de sus derechos en aras del totalitarismo dictatorial del Estado, y 3) El fascismo no es más que un pseudohumanismo que termina por aplastar al hombre por su propia tiranía alienante y despersonalizadora. Fascismo y libertad de la persona son totalmente incompatibles. Es más, la persona como tal se convierte en amenaza para el Estado totalitario que propugnaba el fascismo. El Estado totalitario reclama para sí los derechos de la persona, anulándolos por completo por medio de su propaganda manipuladora que inducía al individuo a someterse plenamente a su ideología.

El análisis que **Mounier** hace del *marxismo* en su argumentación dialéctica también es poco alentador. En efecto, en su *Manifiesto al servicio del personalismo*, pág. 54, dice expresamente: “*El problema fundamental del marxismo se plantea dentro de unos términos en los que la persona humana, como realidad existencial primaria, no tiene cabida*”. Coincido plenamente con **Mounier** en su acertada y explícita percepción del marxismo. El problema principal del marxismo, tal y como yo lo veo, no está en sus dialéctica social, sino que apunta más

bien hacia la concepción de persona que esboza la filosofía marxista. En la concepción marxista, la persona es un elemento totalmente secundario. Prevalece la causa por encima de la persona, lo cual es otro elemento de alienación. Y la prueba de esto que decimos está en el hecho de que en los países donde se implantó el comunismo de signo marxista fueron estados totalitarios y represivos. Es indudable, por otra parte, que el marxismo ofreció alternativas sociales muy significativas en cuanto a su concepción sobre la situación social de explotación en que vivía la clase obrera y trabajadora. Pero, la principal dificultad, a mi entender, al analizar las principales tesis del marxismo, estriba en el escaso protagonismo que tiene la persona en dichas argumentaciones. Podemos discutir de manera más o menos acertada sobre la benevolencia o no de las tesis marxistas, pero en lo que creo que no existe ninguna duda, como bien argumentaba **Mounier**, es que el protagonismo de la persona en su concepción de Estado es totalmente secundario. El profetismo de **Marx**, tal y como lo auguraba **Engels**, ciertamente, caló hondo en un entramado social alienante y explotador de las clases más humildes y proletarias. El acierto de **Marx** estuvo, quizá, en mi opinión, en su irrupción en la historia en el momento preciso y en una situación social de inestabilidad. Sin embargo, el comunismo como tal ya había tenido sus antecedentes. **Marx** no inventó el término. Es más, tal y como escribe **J.Y. Calvez** –egregio teólogo y sacerdote jesuita, gran investigador del marxismo–, antes de surgir la figura de **Marx**, el comunismo ya estaba en boga, y en toda Europa antes de 1948 se había comprendido la importancia de los movimientos que ostentaban el nombre de comunistas. Sin embargo, la gloria del nuevo comunismo se la llevaría **Marx**.

Cabe decir que los orígenes del comunismo hay que encontrarlos ya en los albores mismos de la civilización cuando los pueblos primitivos se organizaban en tribus y clanes, compartiendo los escasos bienes que poseían fruto de la caza, la pesca y la recolección. El concepto de propiedad privada era desconocido en los albores de la Humanidad. La revolución neolítica (donde la forma de gobierno era la comunidad de bienes) daría paso a la revolución urbana con el surgimiento de las primeras ciudades y la necesidad de un nuevo ordenamiento socioeconómico con el surgimiento de las clases sociales y el poder político y religioso. Así surgiría el concepto de propiedad privada. En la antigua Grecia, la cuna de la civilización y del saber, de la que bebieron culturas posteriores, como la cristiana, por ejemplo, sería el gran filósofo **Platón** uno de los primeros filósofos en hablar de un *estado ideal* sustentado en una sociedad comunista. En la misma Biblia hay reminiscencias del ideario comunista del que hablara **Platón** en Grecia. En efecto, es en el libro novotestamentario de los *Hechos de los Apóstoles* donde se explicita de manera clara ese ideal de convivencia en el seno de la comunidad cristiana primitiva. Esto es tan solo un botón de muestra de la influencia helénica en la cultura cristiana. El llamado comunismo bíblico o cristiano no inventó, en verdad, nada nuevo. Sería igualmente en las comunidades monásticas donde el ideal comunista se podía explicitar de manera más clara.

El propósito inicial del marxismo (tal y como analicé en el ensayo sobre la figura de **Karl Marx**) se centraba en una cuestión básica: liberar al individuo de los poderosos tentáculos del capitalismo. Por eso podemos decir con razón que el marxismo tiene una triple percepción: filosófica, histórica y, por supuesto, económica. Pero todo ello bajo los tintes del

idealismo alemán que iniciaría **Hegel** y el materialismo de **Feuerbach**. **Mounier** consideraba al marxismo como “el hijo rebelde del capitalismo, cuya fe en la materia ha heredado” (*Esprit*, n°1, 1932). Con todo, como ya comentaba anteriormente, el marxismo trajo aspectos muy positivos y esclarecedores sobre la situación social y humana de explotación en que se veía inmersa la clase proletaria y trabajadora. Y esto lo intuyó con claridad **Mounier**. La concepción de alienación por el trabajo que esboza el marxismo es sencillamente plausible. Los mismos materialistas censuran el cristianismo (o al menos una forma de entender y vivir el cristianismo, carente de compromiso y acción) tachándolo de idealista, platónico y utópico. Y creo que no les falta razón. El marxismo critica toda forma de angelismo, de idealismo y de subjetivismo. Es por eso que ante esa falta de compromiso social en el que el cristianismo ha caído en muchas ocasiones a lo largo de la historia se precisa, según **Mounier**, una nueva concepción del mundo y de la persona que les permita salir del desorden establecido en el que se encuentran.

El análisis que **Mounier** realiza sobre las mixtificaciones del marxismo, sobre sus falseamientos y deformaciones es, sencillamente, excepcional, a mi entender, y, desde luego, totalmente acertadas y acordes con el devenir social e histórico del momento. Si bien el marxismo se hizo eco del drama de la persona, inmersa en un sistema social injusto y alienante, no es menos cierto, leyendo a **Marx**, que lo hace de una manera muy vaga, etérea. El hombre, en la concepción del marxismo, es una pieza más del engranaje y en su esencia es –como bien analiza **Mounier**– parte integrante de su concepción materialista, carente de alma y espíritu. Su rechazo de verdades eternas y valores trascendentes así lo delata. En el marxismo todo, o casi

todo, se supedita a lo económico. El marxismo y su proyección del “nuevo hombre” apuntan hacia un nuevo orden social donde la persona se vea sometida y domeñada por el nuevo sistema social que propugna el *socialismo científico*. Y es desde esta perspectiva del hombre que tiene el marxismo que surge una nueva “religión”, por paradójico que pudiera parecernos: el materialismo. El materialismo implantado como colectivización. Mounier considera que una cierta colectivización no es negativa. Siempre y cuando, claro está, que no aniquile la iniciativa y creatividad personal. El problema en el marxismo está en que, como ya apuntaba antes, la persona está al servicio del sistema y no al revés. La consecuencia de todo esto es también clara: *la alienación humana*.

Otro aspecto clave que denuncia el gran filósofo de Grenoble es la concepción de humanismo que tiene el marxismo. Según el humanismo marxista la finalidad esencial del hombre es dominar la naturaleza. En expresión del político alemán socialdemócrata **August Bebel** (1840-1913), “el humanismo marxista es una ciencia aplicada a todos los dominios de la actividad humana”. Pero, precisamente por eso, es más mito que filosofía. Si al plantear el concepto de *alienación* el marxismo no estaba alejado del personalismo que proponía **Mounier**, su realidad era bien distinta. Y las consecuencias y derivaciones, también. Así, por ejemplo, el sistema marxista condujo al establecimiento de totalitarismos y gobiernos dictatoriales, como sabemos. El personalismo, en cambio, nunca puede esclavizar al hombre, nunca podría llegar a convertirse en dictadura intolerable. ¿Por qué esto es así? ¿Por qué teniendo ambos sistemas un concepto de alienación bastante parejo, sin embargo, tienen derivaciones tan dispares? Pues por una razón lógica bien sencilla: la concepción que

tienen de la persona humana es totalmente contraria, como ya vimos. Mientras que en el marxismo el rol de la persona es secundario y se ve supeditado al sistema, a la colectividad, en el personalismo, en cambio, el concepto de persona, como veremos, es prioritario. Mientras que en el *marxismo* la persona es un instrumento más del sistema, en el personalismo la persona es libre en sus decisiones, asumidas desde la responsabilidad de sus acciones. La vocación esencial del hombre no es dominar la naturaleza, sino su realización personal, como propone el *personalismo*. La clave está en saber dimensionar la verdadera naturaleza del hombre, que es espiritual y no material. El drama del marxismo, tal y como lo expone **Mounier**, está en su desconocimiento de la intimidad humana, en no saber descubrir su espiritualidad más profunda. Y si esto es así, ¿por qué el comunismo propuesto por **Marx** seduce tanto a las masas? ¿Por qué una ideología sin alma atrae tanto?, se preguntaba **Mounier** en su tratado *Feu la chretienté*, págs. 15-16. La explicación del gran pensador de Grenoble es clara al respecto: el hombre acostumbrado a convivir con la miseria, la desgracia y la explotación acogió con los brazos abiertos el “nuevo evangelio” marxista, creyendo encontrar en él la solución y el remedio a todos sus males. Craso error histórico que condujo al desengaño posterior de muchos que abrazaron la ideología comunista que proponía el marxismo, entre ellos el filósofo ruso **Berdiaeff**. Pese a las inconveniencias y errores del marxismo, **Mounier**, sin embargo, ve necesario el diálogo con los comunistas. Mucho se le discutió a **Mounier** esta actitud. Considera que es preciso bucear en el marxismo y tratar de encontrar un punto de enlace con él. Esto le costó la incompreensión por parte de muchos. Para muchos filósofos de la época el marxismo y el comunismo eran poco menos que el “Anticristo”; algo que había que

extirpar de raíz. Mounier y otros muchos, en cambio, supieron ver los aspectos positivos que el nuevo comunismo tenía. Mounier siempre consideró que el diálogo con el comunismo era la vía correcta de acercamiento a una filosofía, a una nueva forma de ver el mundo y la vida, aunque fuera de manera incompleta y distorsionada. El mayor rechazo al comunismo marxista vino por parte de los sectores más conservadores y tradicionalistas de las distintas Iglesias que veían en el ateísmo propugnado por la nueva corriente filosófica un potencial y real peligro a sus esquemas religiosos. El verdadero acierto de **Mounier**, a mi juicio, en su diálogo con el comunismo, fue el de saber discernir entre doctrina y persona que la profesa. Si la doctrina marxista tenía sus importantes lagunas, el “creyente comunista” merecía toda la atención y consideración, así como el respeto como persona por haber elegido el camino que eligió. Esto no significaba claudicación ante el comunismo ni mucho menos. Fue en este sentido que consideró que el cristianismo progresista debía mantener el diálogo con el comunismo al considerar que el cristiano tiene una misión política incuestionable como ciudadano que es, pero no religiosamente; es decir, que siguiendo aquella premisa de **Jesús** en el *Evangelio*, el cristiano debe saber “dar a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”, sin interferir una cosa con la otra. Ante el comunismo marxista se imponía una reivindicación de los valores espirituales de la persona. Por eso cree firmemente que el comunismo, por sí solo, no traerá nunca una plena reivindicación de esos valores al no considerarlos en sus premisas. Más bien prescinde totalmente de ellos desde su dimensión ateística. Y es que el comunismo marxista llega a totalizar toda la problemática humana desde la historia económica, social y política de la persona, desvinculándola de toda consideración religiosa o espiritual. En cambio, lo que

Mounier denominaba el *realismo cristiano* se mueve en torno dos polos bien diferenciados pero complementarios: *la inmanencia* y *la trascendencia*. El primero, de carácter material y el segundo sobrenatural. Sobre estos dos polos gira prácticamente toda la existencia humana. Sobre estos dos principios gira lo que conocemos por *realismo cristiano*. Pero de él hablaré en el apartado siguiente al analizar a fondo el *personalismo* y sus distintas vertientes, para centrarnos, por último, en el *personalismo* de signo cristiano.

Finalizar este apartado diciendo que toda la dialéctica del gran pensador de Grenoble gira, como hemos podido observar, en torno a la plena reivindicación de los valores espirituales como parte esencial de la realización de la persona a lo largo de su existencia. Desde su dimensión de creyente y católico, **Mounier** realiza todo un ejercicio de compromiso con un cristianismo que vivió apasionadamente de manera comprometida. Supo renunciar en su día (al igual que hiciera otro gran hombre de pensamiento como fue **Marcel Légaut**) a una brillante carrera en el mundo de las aulas universitarias donde enseñó y dio ejemplo durante algún tiempo hasta su compromiso con *Esprit* y el personalismo cristiano. Para muchos, desde su miopía intelectual y espiritual, **Mounier** fue solo un profeta, un visionario, un utópico. Posiblemente reúna estas tres condiciones. Pero lo que hay que saber ver y discernir en el gran ideólogo francés fue su percepción y su sensibilidad ante el problema de la existencia humana. Pocos como él supieron tomar conciencia de la situación real de la persona y reivindicar, desde la dimensión cristiana, los auténticos valores de la persona misma. Lejos de teologías pueriles y falsos dogmatismos, **Mounier** supo, ante todo, dignificar la condición

de la persona y dar un sentido y contenido a su proyección humana.



Su dialéctica filosófica personalista

No soy únicamente libre por el hecho de ejercer mi espontaneidad; llego a ser libre si inclino esta espontaneidad en el sentido de una liberación, es decir, de una personalización del mundo y de mí mismo.

E. Mounier. Antología.

El planteamiento filosófico de **Mounier** está, ciertamente, más allá de cualquier idealismo evasivo. El mismo **Mounier** renegó en más de una ocasión de esa “filosofía de salón”, valga la expresión, que no consigue ir más allá de la mera especulación en sus argumentos pero que poco o nada hace por solucionar de manera efectiva problemas humanos y sociales concretos. En esto coincide con Marx cuando realiza la crítica social y el rol de la filosofía en la sociedad oprimida por la explotación del capitalismo. La filosofía, es cierto, no es una simple abstracción ni banal especulación; al menos no debería serlo. El concepto que tiene Mounier de filosofía y el rol de ésta en la vida humana y social es bien claro al respecto: *caminar, más allá de la simple abstracción, hacia lo concreto y estar así en disposición de poder trazar una visión del mundo que le rodea y que, a la vez, le ilumine en su vida, y le permita*

ocuparse y preocuparse por el ser humano y su destino en este mundo.

Un aspecto interesante del planteamiento filosófico del ideólogo francés es el hecho de considerar toda filosofía como existencialista. Se pregunta, ¿qué sería de una filosofía que no indagase, que no explorase la existencia y a todos los existentes, es decir, a los seres humanos? Personalmente coincido de pleno, como en tantas cosas, con el **Mounier** filósofo, un filósofo no al uso, que diría uno de sus discípulos más preclaros, **Candide Moix**. Sería el mismo **Moix** quien escribiría, posiblemente, el libro más completo sobre la vida del célebre pensador francés: *El pensamiento de Emmanuel Mounier*. **Moix** llega a afirmar categóricamente que **Mounier** huyó siempre de las especulaciones banales para evitar caer así de manera exclusiva en lo teórico. Obviamente toda argumentación filosófica ha de tener una sustentación teórica, pues de lo contrario no sería tal. Pero, con frecuencia, la filosofía se pierde en abstracciones exclusivamente teóricas que escapan a lo concreto. Mi idea es que, en efecto, toda filosofía, teniendo una base abstracta, ha de derivarse, para que sea eficaz, hacia lo concreto y específico. De lo contrario permanecería en el “limbo” de lo inconcreto y, en consecuencia, de lo ineficaz. Algo parecido acontece en el mundo de la teología, que de ser una herramienta de trabajo efficacísima si tuviera implicaciones que fueran más allá de lo meramente especulativo, con demasiada frecuencia se convierte en algo frío y distante, alejado de lo cotidiano, tornándose en algo extremadamente complejo para el ciudadano de a pie y al que solo pueden acceder unos pocos “entendidos” en la materia. No creo que esto deba ser así. Más bien creo todo lo contrario: *que el mundo de lo teológico debe ser accesible a todos por medio*

de un lenguaje comunicativo y sencillo, aunque profundo por las cuestiones que trata y plantea. Y lo mismo podemos decir del mundo de la filosofía con más razón todavía.

Los llamados filósofos “profesionales” suelen reprochar a **Mounier** de imprecisión y de falta de percepción dogmática en sus planteamientos dialécticos. No aciertan a ver –como bien apunta **Moix**– que la filosofía del pensador francés está en permanente evolución de pensamiento, en continua elaboración y replanteamiento. Considera **Mounier** la filosofía, al igual que la vida, una aventura apasionante, en cambio constante. La filosofía o es creativa o deja de ser filosofía, hemos de entender. Al igual que la teología, la filosofía se fundamenta en buena medida en la *abstracción* del pensamiento; es decir, en un acto mental en el que se considera de manera aislada una parte de la realidad que contemplamos, separándola del todo al que pertenece. La abstracción nos induce a la búsqueda constante y plena, al perfeccionamiento permanente. Es por eso que su concepción de la *persona*, como veremos luego, va más allá de una percepción abstracta; pretende ser integral e integradora. La verdad es que no nos sería posible comprender la percepción filosófica de **Mounier** sin recurrir al maestro **Péguy**. También recibió influencias de **Maritain**, **Marcel** y **Berdiaev**, entre otros, así como de **Kierkegaard** (1813-1855), el gran filósofo danés, reconocido como el padre del existencialismo moderno. Pero sería, sin duda, **Péguy** quien más influiría en el quehacer filosófico de **Mounier**. **Péguy** era de la idea de que más allá de planteamientos teóricos de la filosofía estaba la concreción de los hechos analizados. Es decir, la praxis como derivación inexcusable de la teoría. Es por eso que *existencialismo* y *personalismo* son coincidentes en muchos puntos, y ambos, a su vez, se oponen a todo *idealismo*. El problema de la praxis de

siempre preocupó vivamente a **Mounier**, ya desde sus años universitarios. No en vano *Esprit*, la revista por él fundada, se asentaba en la *acción* y el *compromiso*. Sin estas dos cuestiones la filosofía carecía de verdadero valor, según el ideólogo francés. Consideraba que el pensador, el filósofo, no puede simplemente dedicarse a decir o escribir bellas palabras (para eso está otra disciplina como es la poesía, por ejemplo), sino comunicar palabras entendibles para todos y que todos puedan acceder al conocimiento filosófico en mayor o menos medida. Surge de nuevo la comparación con la teología. Esta última se ha ido convirtiendo en algo frío y distante, alejada con frecuencia del sentir del pueblo llano, cuando, como decíamos antes, la teología debería estar al alcance de cualquiera con el mínimo interés en ahondar en el conocimiento del *fenómeno de lo sobrenatural*. Ciertamente es loable el esfuerzo de la teología por ahondar en el misterio de lo divino, pero, por otra parte ¿no podría ser comunicado el kerigma, el mensaje teológico, de manera más inteligible? Creemos que sí. Precisamente el *personalismo*, como filosofía que es, pero no tan solo eso, tiene aspectos comunes con el mundo de la teología, en especial, claro está, el personalismo de signo cristiano, ya que existen otras variantes, como veremos, de *personalismo*.

Volviendo de nuevo a la concepción que **Mounier** tenía de la filosofía, decir que él consideraba que la vida está formada por personas no anónimas, sino con identidad propia. Es por eso que diferencia claramente entre *individuo* y *persona*. El *individuo* es el sujeto que vive de manera alienada y desconectada de su realidad superior. La *persona*, por el contrario, es aquella que tomando conciencia de su dimensión espiritual en este mundo, camina de manera consciente en medio de las adversidades, tratando de mejorar interiormente

por medio de los *valores* que adornan su vida, comunicándolos a los demás seres que le rodean. He aquí la diferencia sustancial entre *individuo* y *persona*.

Génesis del personalismo

Curiosamente el término “*personalismo*” tiene un origen de carácter teológico antes que filosófico. Se comenzó a utilizar a finales del siglo XIX en la controversia entre el ser personal o impersonal de la Divinidad. Los teólogos de la época se plantearon el dilema, todavía hoy vigente, de cómo puede ser el *demiurgo* divino a un mismo tiempo infinito y personal. Mientras que los defensores de una *divinidad personal* son claramente teístas, los que estaban a favor de la *impersonalidad* del ser divino eran, más bien, panteístas. Sería con el advenimiento del *cristianismo* cuando la concepción de persona se comenzó a analizar en toda su complejidad. La persona ya no era ni objeto ni cosa, sino un ser integral, formado de *soma*, *psique* y *pneuma* (cuerpo, alma o mente y espíritu, respectivamente). Precursores del *personalismo* en Francia serían **Montaigne** y **Pascal**. Y sería **Renouvier** quien primero comenzaría a defender el término “*personalismo*” a comienzos del pasado siglo XX, si bien cuando, al parecer, surge el vocablo por vez primera sería de mano de **Paul Janet** en su encomiable *Histoire de la philosophie, les problemes et les écoles*, excelente tratado filosófico que publicaría **Janet** en colaboración con **Gabriel Séailles**.



En realidad el *personalismo* es una especie de anti-intelectualismo, lo cual implica una reacción contra el objetivismo y su visión del mundo que desvincula al hombre de lo concreto. El *intelectualismo* reduce al hombre a la simple abstracción y, en cambio, el *personalismo*, bien entendido, sin desconsiderar la abstracción, estima que esta debe derivar hacia la concreción de los actos. El problema de la abstracción, a mi juicio, estriba fundamentalmente en tener una visión un tanto sesgada de la realidad, de una realidad concreta y no del todo de la realidad que contemplamos. El *personalismo*, en cambio, no se queda en la mera aprehensión de una parte de la realidad, sino que consiguiendo saltar la barrera de la abstracción permite integrar al ser humano en su esencia como persona. Por eso también, como decía anteriormente, el *personalismo* se opone igualmente al *idealismo* en sus distintos grados. Desde el idealismo moderado de **Platón**, hasta el subjetivo de **Kant** y el desmesurado y absoluto de **Hegel**. El idealismo, al considerar la idea como el elemento fundamental y prioritario, y principio del ser y del conocimiento, es, obviamente, una abstracción, con la limitación que esta impone. Dicho esto no se debe creer que el *personalismo* niegue la eficacia de la abstracción. Ni mucho menos. Es más, entiendo que se sirve de ella para –como bien sintetiza el mismo **Mounier**–, que el *personalismo* sea receptáculo o raíz misma de la realidad humana que coloque al hombre en el centro mismo de su existencia. Por eso el *personalismo* bebe también de las fuentes del *existencialismo*. En el existencialismo, en opinión de **Kierkegaard**, “la subjetividad es lo real”. El *personalismo* reivindica los valores inherentes a la propia persona y, en este sentido, armoniza de pleno con el existencialismo. Pero –y he aquí la diferencia sustancial entre ambos–, mientras que el *personalismo* pretende la integración del ser humano en el mundo, el existencialismo

deriva, en muchos aspectos, hacia el absurdo de la existencia humana. Existe, no obstante, un existencialismo de carácter cristiano que pretende integrar el destino humano en una existencia capaz de llegar a descubrir la realidad de lo divino y sobrenatural de la misma existencia, pese a que el ser humano, como decía **Kierkegaard**, se sienta, en ocasiones, “arrojado al mundo”, sin posibilidad de elección. Una derivación de la filosofía personalista que proponía *Esprit* se da en el llamado grupo de *espiritualismo cristiano*, de tendencia católica y de raíz agustiniana, desarrollada en Italia y claramente opuesta al materialismo y positivismo imperantes en aquellos años convulsos. Este y otros grupos afines, surgidos desde la más alta intelectualidad católica, fueron, de alguna manera, el detonante para el asentamiento, primero, y consolidación, después, del *personalismo* propuesto por **Mounier**.

El *personalismo* supuso, en todo caso, un enfrentamiento a todo totalitarismo, masificación y mecanicismo que conducen a la alienación y despersonalización de la existencia humana. El ser humano, ser de carne y hueso, que nace, vive, sufre y muere, siguiendo el proceso biológico de su vida, es, ante todo, un *ser encarnado*. Es mucho más que simple racionalidad desprovista de espíritu. Ni el planteamiento cartesiano de “pienso, luego existo”, o el aristotélico de “el hombre, animal racional”, le sirven al *personalismo*. En esta misma línea del personalismo apuntan autores allegados de distintos campos ideológicos: **Ferdinand Ebner**, maestro tirolés y excelente teólogo católico; **Karl Barth** y **Eduard Thuerneysen**, teólogos protestantes y creadores de la llamada teología dialéctica; **Romano Guardini**, teólogo y filósofo de élite, defensor de lo concreto como expresión filosófica y profundo analista del cristianismo, y también uno de los precursores del Concilio

Vaticano II; **Karl Rahner**, jesuita, gran teólogo católico y una de las mentes más lúcidas del mundo teológico del pasado siglo XX, perteneciente a la *Nouvelle Théologie*; y **Dietrich Bonhoeffer**, el célebre teólogo protestante iniciador de la llamada *teología secular*. A estos habría que añadir la figura de **Marcel Légaut**, gran matemático allegado al mundo del pensamiento e investigación cristianas y que si bien su línea de pensamiento no es propiamente personalista, no obstante, a mi entender, tiene mucho de personalista al reivindicar los valores existenciales de la persona y la búsqueda de una nueva espiritualidad desde la esencia misma del cristianismo.

Desarrollo del personalismo

Como hemos visto, el *personalismo* como movimiento filosófico tuvo sus antecedentes. Su posterior desarrollo se ha caracterizado por una evolución permanente y constante en muchas de sus premisas. Y es que, como bien apuntaba **Mounier**, el *personalismo* ha de estar en permanente evolución. No es algo estático e inmovilista, y, por lo tanto, carece de dogmatismos. No es tampoco un sistema donde la estructuración de ideas es el *alma mater* del mismo. De todos modos, no reniega tampoco de una cierta sistematización de ideas. Toda argumentación filosófica ha de tener inexcusablemente una base teórica y sistemática en la que apoyar sus esquemas y planteamientos, pero sin caer en el dogmatismo de sus aseveraciones.

Pero llegados a este punto, podemos ya plantearnos las siguientes preguntas: ¿qué es en realidad el *personalismo*? ¿Cuál es su esencia? ¿Podemos hablar, en efecto, de un *personalismo* de orientación cristiana al margen de otros

personalismos? Bueno, primeramente decir que no cabe una definición única y excluyente de lo que significa el *personalismo*. Así lo entendió desde un principio el mismo **Mounier** y demás personalistas de la época, como **Maritain** o **Nedoncelle**, principalmente. Como bien expresa **Mounier**, el *personalismo* es más que una simple definición de términos. Es más, él nunca pretendió dar una definición concreta y exhaustiva del término *personalismo* o *personalista*. **Mounier** nunca se definió como un filósofo de profesión ni un definidor de términos. Renunció incluso, como sabemos, a su cátedra de Filosofía en la universidad ya que lo veía como un obstáculo a su compromiso con la lucha personalista. Si alguna definición podemos encontrar al *personalismo* que proponía **Mounier** es la de ser un movimiento cuya esencia estaba en la afirmación de la existencia de personas libres y creativas, capaces de descubrir su propia identidad como personas en el mundo y alcanzando así la realización plena de sus vidas. Pero la clave de ese logro estaba en lo que él denominaba “el ser encarnado”. Desde su visión cristiana de la vida siempre entendió que había que superar y erradicar la dualidad antropológica *cuerpo-alma*, base del platonismo clásico: el hombre, como espíritu, condenado a vivir en un cuerpo pero capacitado para salvar un alma. El dualismo preconizaba una visión opuesta y no integradora del ser humano como unidad. Sería **Gabriel Marcel**, convencido personalista, quien primero se opondría a ese dualismo antropológico exponiendo su visión integral e integradora a la vez del ser humano. Y **Mounier** en una de sus obras básicas, *Le Personnalisme*, lo ratificaría de manera contundente y precisa a la vez: “*Yo soy persona desde mi existencia más elemental; lejos de despersonalizarme, mi existencia encarnada es un factor esencial de mi ser personal. Mi cuerpo no es un objeto entre los objetos, ni siquiera el más*

próximo de los objetos...”. Y más adelante añadiría: “*No puedo pensar sin ser, ni ser sin mi cuerpo. Por él –refiriéndose al cuerpo– estoy expuesto a mí mismo, al mundo y a los demás*” Y un poco más adelante concreta diciendo: “*El cuerpo es el mediador omnipresente de la vida del espíritu*”. (*Le Personalisme. cap. I*). Estas palabras del ideólogo francés demuestran de manera categórica su visión *integradora del ser humano*, razón de ser, dicho sea de paso, de toda filosofía personalista. Podríamos resumir y esquematizar el personalismo con pocas palabras: *método, perspectiva y compromiso que conducen a la acción*. Todo ello derivaría hacia lo que **Mounier** denominaría el *realismo integral*. Sería en sus obras fundamentales donde esquematizaría de manera magistral su concepción del personalismo: *El Personalismo, Manifiesto al servicio del personalismo, Introducción a los existencialismos y El tratado sobre el carácter*. Sobre esta última, *El tratado sobre el carácter*, cabe añadir que fue escrita por **Mounier** durante una de sus estancias en prisión. Obra voluminosa, escrita por el gran ideólogo francés sin notas y sin libros de consulta. Algo que demuestra el gran genio del **Mounier** filósofo y pensador de altura. El resultado fue una obra excepcional, llena de agudeza e ingenio fuera de lo común. Según **Feliciano Blázquez**, uno de los mejores intérpretes, en mi opinión, de la obra de **Mounier**, *El tratado sobre el carácter* pone de manifiesto el gran poder especulativo del autor, así como sus grandes conocimientos en disciplinas tan complejas como la Psicología y el psicoanálisis, tan en boga en aquellos tiempos. El análisis que hace **Mounier** del hombre es certero, profundo e incisivo, a la vez que alentador por las potencialidades que alberga en su interior. Sobre su concepción del pensamiento humano comenta que este nunca debería ser impersonal. Y sobre la ciencia y el conocimiento científico puntualiza que

nunca deberían prescindir de la visión humana. Después de todo, el conocimiento científico es fruto del pensamiento humano y su captación se haya en su intelecto. Remarca también en su excelente obra sobre el carácter su concepto de “misterio de la persona”, puntualizando algo que, a mi juicio y tras estudiar la obra en conjunto del genial pensador francés, es determinante: *el hecho de que el “misterio del hombre” no puede ser estudiado ni manipulado desde el exterior*. En esto rompe esquemas con la psicología convencional, tan dada a encasillar a los sujetos en función de sus acciones o comportamientos. El ser humano, cada ser humano, es único, singular e irrepetible. Puede estar condicionado por sus circunstancias personales o del entorno en que vive, como diría **Ortega**, el gran filósofo español contemporáneo, pero su vida y su misterio es propio, tan solo, de él y nadie más. Su vida interior es sagrada y es la que configurará su actuar en el mundo.

En otra de sus grandes obras, *Introducción a los existencialismos*, **Mounier** analiza con una visión penetrante su concepción de la filosofía existencialista, tan en boga en la primera mitad del pasado siglo. Habla de existencialismos, en plural, y lo hace muy acertadamente, pues para los estudiosos de esta corriente filosófica bien sabemos que existieron, en efecto, varias formas o varios enfoques del pensamiento existencialista. Consideraba que no existía una filosofía que no fuera existencial ya que la filosofía implica un análisis, una investigación, sobre la existencia misma de la persona desde su particular y subjetivo prisma. En esta importante obra sobre los existencialismos **Mounier** cree firmemente que la filosofía existencialista plantea el reto al ser humano de enfrentarse valientemente con el drama de su vida. En realidad, el

existencialismo surge ya con el advenimiento del pensamiento filosófico con el mismo **Sócrates**, continuando con filósofos cristianos como **San Agustín** y **San Bernardo**, hasta llegar a **Kierkegaard**, el conocido como el padre del existencialismo moderno. Continuadores de la línea existencialista serían luego **Martin Buber**, **Gabriel Marcel** y desde la vertiente de un existencialismo ateo a **Nietzsche**, **Heidegger** y el propio **Sartre**. Todos ellos, desde concepciones bien distintas sobre el existencialismo dejaron su impronta, su sello. Como ya comentaba anteriormente existencialismo y personalismo tienen puntos en común. El principal quizá sea el de que ambos se opusieron a todo idealismo, por encontrar a éste ficticio y desconectado de la realidad concreta y específica que tanto preconizaba el *personalismo*. Frente al plácido devenir del burgués acomodado en su propia individualidad, el existencialismo –consideraba **Mounier**–, le encaraba con la dramática realidad de su existencia, de su vida, incitándole a tomar conciencia de su propia realidad y la de los otros. El existencialismo enfrenta al hombre con su propia finitud, con lo que los existencialistas denominaban “el ser para la muerte”, la soledad, el aislamiento del ser, y, en expresión de **Sartre**, “*la náusea*”. Este enfoque tan catastrofista sobre la existencia humana tiene, según **Mounier**, su parte positiva: demuestra la impotencia e incapacidad del ser humano de salir de su propia inercia, del absurdo de su existencia. Se precisaba un enfoque nuevo y renovador a la vez. Algo que inquietara a su espíritu alicaído y consiguiera levantarle el ánimo. Ante el pensamiento negativo de aquellos que **Mounier** denominaba “luteranos del ateísmo”, defensores de la “filosofía de la nada”, se alzaba una concepción nueva y optimista que despertara las conciencias adormecidas de aquellos que vivían sumidos en la desesperación ante su propia situación personal y social del

momento. Y este despertar llegaría, según **Mounier** –y también **Buber** y **Marcel**, entre otros– por medio de la comunicación, de la empatía. Cuando el *yo* toma conciencia del *otro* es cuando, verdaderamente, se establece la comunicación real entre dos seres sumidos en el aislamiento. Por eso, el mérito del existencialismo estriba, principalmente, en el hecho de que el sujeto toma conciencia de su situación de aislamiento y soledad en el mundo y busca salida a esa angustiosa sensación por medio del diálogo, la comunicación y la empatía, como decía antes. El existencialismo supuso para **Mounier**, a mi juicio, el punto de inflexión de su concepción del mundo y de la vida, y, por supuesto, el punto de arranque de su concepción de la filosofía personalista. El camino estaba ya allanado. Solo había que transitarlo, y el gran ideólogo francés lo hizo con paso firme y seguro, con la firmeza que otorga una fe inquebrantable: fe en su caminar y fe en Dios que le daba fuerzas para no desalentar y continuar adelante, pese a los inconvenientes que encontró en el camino.

Persona y personalismo

El *personalismo*, en sus distintas variantes, se fundamenta, como sabemos, en su concepción de la *persona*. Frente al concepto de *individuo* se opone el de *persona*. El individualismo es el verdadero mal que azota al ser humano y el desencadenante de todos los conflictos humanos. Y lo es porque conduce al egoísmo y al egocentrismo que impiden el “encuentro” entre las almas. Pero no solamente esto. Conduce también a la hipocresía, al fingimiento de emociones. Y esta hipocresía se da en todos los estamentos sociales. **Mounier** denuncia valientemente la situación del espíritu burgués, individualista y egoísta por excelencia, que vive al margen de

las necesidades de los otros. Y cuando no vive al margen, frecuentemente finge interesarse por los otros, cuando no es así en realidad. Esto lleva a vivir en un mundo de apariencias, donde nada es real en las conductas humanas. Se cae así en lo que podríamos denominar la *mercantilización de los comportamientos*. En la sociedad burguesa y mercantilista en la que vivimos existe, aparentemente, el amor, pero no es real. Es una deformación del amor verdadero. Es el amor chantajista, del “te doy si me das”. Se pone precio a casi todo. El amor auténtico cada vez es más una *rara avis*, un espécimen, desgraciadamente, en vías de extinción. Desde la dimensión que nos ofrece el *personalismo* bien podemos asentir que la inmensa mayoría de los hombres y mujeres viven como individuos y no como personas. Este es el verdadero drama de la existencia humana, tal y como lo intuyó sabiamente **Mounier** en su análisis de la persona. Aquellos que nos sentimos personalistas luchamos por un mundo mejor, reivindicando los auténticos valores del ser humano que dignifican su condición de tal, más allá de la visión que cada uno tenga del *personalismo*, a lo cual me referiré en el apartado siguiente de este ensayo.

La comparación que hace **Mounier** entre *individuo* y *persona* es bien aleccionadora y significativa. El *individuo* está inserto en lo que se podría denominar la “metafísica de la soledad”, como ente que vive sumido en su propio ego, incapaz de establecer empatía con sus semejantes. La *persona*, en cambio, vive ya en lo que se llamaría la “metafísica de la comunidad”, donde el diálogo y la interacción comunicativa son una realidad permanente y constante. Mientras que el *individuo* vive dentro de sí y para sí, la persona vive de dentro hacia fuera, hacia los otros. Esta es la diferencia sustancial entre

individuo y persona. Por otra parte, la definición que **Mounier** hace de comunidad es bien explícita. La comunidad no es, en absoluto, una colectividad. En *Revolución personalista* viene a decir que “*una comunidad es una persona que une a las personas por el corazón de ellas mismas*” (Pág. 152). Puede existir una colectividad de individuos y no existir conexión auténtica entre ellos. Esto no es vivir en comunidad. En el seno de las comunidades eclesiales, por ejemplo, con frecuencia se da esta curiosa circunstancia. Pero esta cuestión será analizada en el apartado referente al *personalismo cristiano* propiamente.

Pero podríamos ahora preguntarnos qué es en realidad la *persona* y qué riquezas y matices encierra. En primer lugar la persona es singularidad y excelencia. Cada persona es única y diferente a las demás. Esto es precisamente lo que le da esa aureola de riqueza interior. Y la *comunicación* debe ser la guía de orientación de toda persona. Los pedagogos bien sabemos esto. Sin comunicación e interacción personal nada tendría sentido en la relación humana. La vida humana cobra valor y riqueza en la medida en que seamos capaces de comunicarnos efectivamente con los *otros*. Cuando tomamos conciencia de que los otros son algo valioso para nosotros y no un infierno, como diría **Sartre**, es cuando la persona adquiere su verdadera dimensión humana y espiritual. Esa percepción negativa de **Sartre** acerca de los otros, como la “mirada que nos vacía de nosotros mismos”, en expresión del mismo **Sartre**, no tiene cabida en la percepción personalista. Pero, entonces, ¿por qué existe tanta incomunicación en el mundo? ¿Por qué tantos individuos fracasan en sus relaciones personales? Mounier lo clarifica diciendo que la incomunicación es un problema de indisponibilidad. Y así se ve al otro como un intruso, como un invasor de la propia intimidad. La persona ha de saber velar por

su intimidad sin que ello suponga merma en su apertura a los otros, a los demás. Todo es cuestión de simple ejercicio de equilibrio en las relaciones. Uno ha de saber mirar hacia dentro sin cerrar la puerta hacia lo de afuera. La *introspección* no debe estar reñida con la *extroversión*. Particularmente creo que el problema radica en no saber posicionar adecuadamente nuestra visión del *yo* y de los *otros*. Con frecuencia vemos antagonismo entre ambos, cuando, en realidad, son elementos complementarios, o al menos deberían serlo. Tememos, con frecuencia, que al ofrecernos a los demás nos estemos vaciando en parte de lo que atesoramos. Y este es, a mi juicio, el error. No hemos sabido apreciar aquella célebre sentencia evangélica de que “*hay más felicidad en dar que en recibir*” (*Hechos de los Apóstoles, 20:35*). La crispación en las relaciones viene, en muchas ocasiones, por no saber adecuar convenientemente nuestro *yo* con el de los *otros*.

Pero la *persona*, además de su singularidad es también, como bien argumenta **Mounier** en su visión del personalismo, *conversión*. Y es también un ser llamado a la *libertad*. Pero, ¿convertirse a qué? Pues la conversión del *tener* al *ser*. El hombre contemporáneo vive en constante persecución de logros materiales que le alienan y despersonalizan, que le deshumanizan. Debe producirse su conversión al *ser*; *ser persona* en su más amplia concepción. Pero la conversión es una vocación, un llamamiento interior. Y esa vocación le conducirá asimismo a la libertad interior y espiritual. Y la libertad humana consiste en vivir sin ataduras de ningún tipo, algo tan solo al alcance de unos pocos privilegiados. Tan solo los auténticos sabios y santos habidos en el mundo gozaron de este privilegio. Pero todos ellos fraguaron su libertad interior por medio de lo que los franceses denominan *engagement*, que

traducido a nuestro vocablo es algo así como *compromiso*. *Compromiso y acción* son, como sabemos, los dos conceptos básicos del personalismo y la filosofía personalista. Pero, ¿qué implican el compromiso y la acción? Compromiso no significa la adhesión inquebrantable a una causa, por muy loable que esta sea. El compromiso supone un acto de entrega hacia algo o alguien. Así, por ejemplo, cuando se habla del *compromiso cristiano* se da por hecho que eso conlleva plena sumisión al estamento eclesial, el que sea, cuando en realidad lo que implica el compromiso cristiano es algo bien distinto: entrega a **Cristo** y todo lo que ello significa. Este acto de entrega implica luego la libre aceptación de las normas establecidas por el estamento eclesial, las cuales no deben ser, en absoluto, coercitivas o alienantes para la persona y que pudieran limitar su libertad espiritual. Pero, por desgracia, veremos y demostraremos desde el personalismo como esto no suele ser así, con la tara que ello supone para el desarrollo de una vida espiritual auténtica.

El *personalismo* adquiere su verdadera dimensión desde el momento en que se toma conciencia de ser *persona*, con su singularidad y excelencia, como decíamos antes. Y esto se consigue desde el compromiso libremente aceptado y la acción pragmática que conducen hacia un sentir comunitario pleno de valor y contenido. Libertad, comunidad y valores, son elementos esenciales del sentir personalista. Y todo ello desde la *conversión del tener al ser*, que es la clave de todo el entramado de la filosofía personalista. Esto es algo que caracteriza a todos los personalismos. De entre todos los elementos que sustentan al movimiento personalista quizá sea la *libertad* el prioritario, en mi opinión. Pero, ¿de qué libertad estamos hablando? **Mounier** consideraba que la libertad no se

posee, como el que posee cualquier objeto material. La verdadera libertad o se siente y experimenta o no es auténtica libertad. Por eso en *El personalismo* viene a decir “*En ninguna parte encuentra la persona la libertad dada y constituida. Nada en el mundo le asegura que ella es libre si no penetra audazmente en la experiencia de la libertad*” (Pág. 36). Pero la aspiración de libertad no es exclusiva del *personalismo*. El existencialismo y el liberalismo soñaron con una libertad plena y absoluta. En la misma obra de *El personalismo*, en referencia al liberalismo y a los liberales en concreto llega a afirmar “*ellos han llegado a anteponer la indeterminación por encima de la adhesión, el capricho por encima de la fidelidad, el acto inmotivado por encima del acto lleno de sentido*” (Pág. 36). Sin embargo, la libertad total y absoluta no deja de ser un mito, un sueño irrealizable, una utopía. Y esto ¿por qué? Pues por el simple hecho de que la libertad del yo se ve condicionada por la libertad de los *otros*. La libertad de uno finaliza donde empieza la de los demás. Por eso inteligentemente podemos deducir que ser libre supone e implica aceptar nuestra condición de ser humanos imperfectos, con todas las limitaciones que impone esa imperfección y con el cortejo de condicionantes de carácter social, económico y político, así como las limitaciones que impone nuestra propia biología. Ser libre implica también un supremo acto de humildad y renuncia, en ocasiones, a nuestro yo, condicionado por el egoísmo interno que impide que amemos con intensidad. Con frecuencia llamamos amor a aquello que no lo es en absoluto, o al menos no lo es en plenitud. El amor auténtico implica, como decía, además de renuncia a nuestro egoísmo, un acto de humildad y reconocimiento de nuestras propias limitaciones como humanos, inherentes a nuestra naturaleza, para así estar en buena disposición de ir creciendo y desarrollando nuestra

potenciales capacidades innatas. Pero esto, obviamente, como todo en la vida, requiere un aprendizaje. Desde el personalismo se ofrecen vías de capacitación y desarrollo que iremos viendo posteriormente en la parte final de este ensayo.



La esencia del personalismo

La acción gratuita no existe. Ya estamos comprometidos por nuestra misma condición humana. Rechazar, por tanto, el compromiso, es rechazar la condición humana.

E. Mounier. Antología.

En este apartado abordamos la cuestión primordial de la esencia del mismo *personalismo*, sus raíces y derivaciones. Nos enfrentamos pues con la realidad del compromiso personalista, más allá de cualquier ideología condicionadora. El *personalismo* no es, propiamente, ninguna ideología en concreto, ni ningún eclecticismo peculiar, por más que algunos así lo consideren. El *personalismo*, como ya dijimos y analizamos, busca la reivindicación de lo humano y personal. Como bien decía **Mounier**, se puede ser cristiano y personalista, socialista y personalista, e incluso comunista y personalista, pese a su negación del marxismo. No entender o comprender que el *personalismo*, como filosofía, está por encima de cualquier ideología, es no haber entendido apenas nada del mismo. Existen muchos “charlatanes” del *personalismo*, como existen dentro del cristianismo, del socialismo o del comunismo, y como los hay o ha habido dentro del fascismo y totalitarismo político e ideológico. Por

desgracia, de todo hay en este mundo. Por eso el *personalismo* no es ni doctrinario ni moralista. El *personalismo* es apostar por la persona y su condición humana. Es apostar también por la libertad de espíritu y de elección en el camino de la vida sin falsos “guías moralizantes” o “apóstoles de la intolerancia”. Es, sencillamente, seguir el camino en la vida que en conciencia uno cree que debe seguir. Sobrado está el mundo de doctrinarios y moralizantes, a los cuales **Mounier** denominaba “*extraños a la realidad viva de la historia a la que oponen no un sistema de razón, sino unas exigencia morales tomadas en su más amplia generalidad*” (*Manifiesto al servicio del personalismo, pág. 11*). Bien es cierto que el *personalismo* se fundamenta en unos principios de carácter espiritual, inherentes a la persona misma, pero que en absoluto deben condicionar su existencia y compromiso moral.

Otro aspecto prioritario en el *personalismo* es su rechazo a todo determinismo. El *determinismo*, como concepción filosófica, viene a decir que todo acontecimiento resulta necesariamente de causas operantes según leyes pre-determinadas. Esto lo considera el pensador de Grenoble como un obstáculo a las libertades creadoras y una lacra para el desarrollo humano y espiritual de la persona. Otra lacra son las *ideologías*, que según **Mounier** impiden que las ideas fluyan con naturalidad, espontaneidad y libertad. Las ideas, de por sí estupendas porque canalizan nuestra actitud pensante, se ven estorbadas por las ideologías, que las encasillan, y por abstracciones que las inmovilizan. En esta misma línea de pensamiento acerca del mundo de las ideas se encontraba **Blay Fontcuberta**, psicólogo e investigador de las riquezas encontradas en el mundo oriental, así como aventajado analista del sentido de la vida, cuando al referirse a las ideas como

obstáculo para poder llegar a alcanzar la plenitud, expone en sus excelentes charlas sobre cómo alcanzar la plenitud en la existencia (y que luego fueron recogidas en un extraordinario libro, *Plenitud en la vida cotidiana*), llegando a decir que el ideal (forjado por un sinfín de ideas) fija un límite en el camino, levantando una muralla (pág. 26). Y si nos fijamos atentamente observamos que esto es así. Esta circunstancia se da de manera especial en el ámbito religioso. La ideología religiosa, al igual que otras ideologías, levanta barreras y engendra odios. Pero la religiosa, en particular. No hay más que echar un vistazo a toda una amalgama de literatura religiosa barata que pulula en el mercado del libro y que se presenta con la aureola de “conducir a la verdad”, ¡no faltaría más!, y que muchos de estos “apóstoles” pontifican desde una ignorancia tremenda en muchas ocasiones hacia la compleja materia que pretenden explicar a sus incondicionales lectores. Y todo ello desde el entramado de la manipulación ideológica, la cual analizaremos oportunamente. Es triste y lamentable constatar que algo tan excepcional y maravilloso, fruto de la intuición y especulación humana, como es el *fenómeno de lo religioso y espiritual*, se vea condicionado por individuos de oscuras pretensiones que no escatiman esfuerzo y dinero en propagar sus peregrinas ideas. Lamentable, como decía, pero cierto. El mundo de las ideas y las ideologías que acompañan es un mundo excelente siempre y cuando sea expuesto sin condicionantes ni imposiciones de ningún tipo, y sea respetuoso con la libertad individual de cada uno. Esta es la clave. Cuando surgieron, por ejemplo, las grandes religiones en el mundo (léase hinduismo, budismo, taoísmo, judeocristianismo e islam, por citar las más representativas), estas expusieron con simplicidad y honestidad sus supuestas verdades, admitidas por unos y rechazadas por otros. Los grandes maestros de estas religiones nunca

predicaron el odio y el rechazo hacia aquellos que no aceptaban sus ideas. Hubo alguna excepción, fruto, sin duda, del apasionamiento y vehemencia de sus exposiciones. Serían luego los seguidores de estos maestros los que distorsionando el mensaje de bienaventuranza y paz que los mismos transmitieron implantaron la intolerancia hacia aquellos que no pensaban o creían como ellos. Esto ha sido una constante en la historia de las religiones, desgraciadamente. Las ideologías han levantado y continúan levantando barreras entre los hombres hasta el extremo de culminar, en muchas ocasiones, en la violencia verbal y física. De esto saben bastante los fundamentalismos religiosos imperantes en el mundo. En fin...

Es por eso que el *personalismo* se levanta contra toda intransigencia, contra toda imposición que atente contra la dignidad de la persona. Por eso el *personalismo* no precisa ni doctrinarios ni moralistas, tan al uso, por ejemplo, en el campo religioso. Ni tampoco pseudopensadores tan extendidos en el mundo eclesial que pretenden pontificar sobre lo divino y lo humano, condicionando el comportamiento de sus incondicionales fieles, muchas veces sin escrúpulos de ningún tipo. **Mounier** califica igual de peligrosos a los doctrinarios como a los moralistas. Tampoco se libran los políticos, de los cuales viene a decir que “*se ríen de la verdad o del error y toman por realidad histórica los sucesos cotidianos, el resultado visible e inmediato, o el acontecimiento cargado de unas pasiones sin futuro (...)*” (*Manifiesto al servicio del personalismo*, págs. 10,11).



Pero si algo exacerbó más el espíritu del gran pensador de Grenoble fue la pasividad del mundo burgués, congeniando con el capitalismo más deshumanizado. Y también, es cierto, la pasividad y contemplación del mundo religioso y eclesial, sintonizando, asimismo, con el espíritu burgués. Rechaza **Mounier** el espíritu burgués por considerarlo un engendro del individualismo, tan contrario, como sabemos, al sentir personalista, y que ya analicé al hablar del *individuo versus persona*. El mundo burgués se mueve en el plano estrictamente material de intereses y egoísmos, donde el amor está prácticamente ausente, según **Mounier**. Y es cierto. Donde impera el egoísmo, el amor, el amor auténtico, no existe, ya que son dos conceptos, dos sentimientos contrarios. El egoísmo busca su propio asentamiento y el mirar por sí mismo. El amor, en cambio, es altruista, busca el bien de los otros, de los demás.

Ya decíamos que el personalismo se sustentaba en dos principios fundamentales: *compromiso y acción*. Ambos van unidos. **Mounier** considera que la acción es para el hombre de experiencia espiritual integral. Nuestras actuaciones no deben guiarse por un impulso momentáneo sino que deben de ser acciones humanas holísticas, totales. El hombre y la mujer se mueven en un terreno de permanente confrontación espíritu-materia, así como de inestabilidad permanente. Esto es connatural con la propia ontogénesis de la persona. La exigencia personal debe ser prioritaria en el acontecer humano. No caben medias tintas en su quehacer cotidiano. Pero, hemos de ser conscientes de que nuestra acción no está encaminada a la consecución del éxito sino del testimonio. Por lo que respecta al compromiso el ideólogo francés cree firmemente que la acción gratuita no existe. El *compromiso* deviene de nuestra propia condición humana. Estamos comprometidos con la vida,

de facto. Y matiza **Mounier** “*el compromiso comienza por la inquietud y se hace consciente por la toma de mala conciencia, traduciéndose luego en conversión*” (*Antología- El compromiso de la acción*). El ser humano debe responder a una vocación de permanente presencia en el mundo concreto en el que vive, siente y padece. Y todo esto implica un paso más en la acción personalista: *la revolución*. Y revolución conlleva rebeldía. Podríamos preguntarnos: ¿rebeldía ante qué? Pues ante muchas cosas, matiza **Mounier**: hacia uno mismo, frente a los mitos creados por el hombre, frente al dominio insultante de la tecnocracia alienante..., y rebeldía ante muchas cosas más. Pero **Mounier** concibe la rebeldía no como agitación, sino como toma de conciencia y “despertar” del letargo en que se encuentra sumido el ser humano. *Compromiso y acción* requieren unas directrices concretas para su buena realización posterior. Y ambas precisan del esfuerzo para su concreción. Y, desde luego, elección. Cuando uno elige un determinado camino en la vida debe hacerlo desde el compromiso con la causa que eligió y con la posterior acción a desarrollar. De lo contrario todo sería una pantomima, una farsa. Sería a través del *compromiso* y la *acción* desde donde se fraguaría el *sentir comunitario* de la persona y que encontraría su máxima expresión en el *sentir personalista*, en sus distintas variantes, para culminar con el *sentir cristiano* en la dialéctica de **Mounier**, el cual analizaremos con amplitud en la parte final de este ensayo.

Comunidad y compromiso

Como consecuencia de la despersonalización que se vive en el mundo moderno el sentir comunitario está bastante disminuido. **Mounier** asocia inteligentemente, en mi opinión, decadencia de la idea comunitaria y despersonalización. Ambos

forman una sola y única disgregación. Las dos crean un subproducto de la humanidad, asevera el filósofo francés: una sociedad opaca, sin rostro, formada por individuos sin rostro. Así surgen las masas sin identidad propia, vacías de contenido existencial. Las masas se ven así despersonalizadas en sus miembros y en su totalidad. Desde una dimensión política, **Mounier** ve en la despersonalización de las masas el caldo de cultivo ideal por el que se desliza la democracia liberal y parlamentaria, donde los intereses partidistas afloran con intensidad. Se trata de una democracia a la carta, donde el votante se convierte en un número más, con voto pero sin voz real, fiando esta a los políticos de turno que deudores con el pueblo se convierten en poco menos que mecenas y salvadores del mismo. Esto, obviamente, no es democracia plena ni por asomo. El verdadero sentimiento comunitario brilla por su ausencia. El sentir comunitario que propone el *personalismo* va en otra dirección muy distinta.

En el ámbito de lo religioso sucede algo parecido. Las distintas comunidades eclesiales fían su esperanza en los líderes salvadores que sintiéndose arropados por la masa (entiéndase la comunidad de fieles a la causa que defienden), esperan ser “guiados” hacia la salvación de sus almas y la plenitud de sus espíritus. Pero el verdadero sentir comunitario solo aflorará desde la libertad de espíritu que opera la gracia celestial que obra personalmente en cada fiel creyente, sin intermediarios ni mediadores humanos. En el ámbito del cristianismo tan solo se habla de un único mediador: **Cristo** mismo. En el judaísmo los mediadores entre Yahvé y el pueblo eran los profetas. Otras religiones ni tan siquiera hablan de mediadores. Por eso el cristianismo es tan original y cautivador. Pero de esto hablaré en otro apartado. Valga aquí y ahora como simple reseña.

El verdadero *sentir comunitario* se hace extensible desde lo personal hacia lo colectivo: el grupo de amigos, la camaradería, el equipo de trabajo, la pandilla entre jóvenes, etc., son ejemplos de un cierto sentir comunitario. Y, por supuesto, la comunidad eclesial, donde se entremezclan distintos intereses con demasiada frecuencia, no del todo nobles en muchos casos, como en los grupos de marcado carácter sectario, donde privan los intereses particulares de la organización o de los líderes carismáticos de turno.

El verdadero *sentir comunitario* se caracteriza por la nobleza de sus sanas intenciones, donde el yo se pone al servicio del *nosotros*. No busca el interés o beneficio propio sino el de la colectividad, el del grupo, y todo ello en un clima de verdadera y desinteresada amistad y fraternidad. Es por eso que el *personalismo*, en contra de lo que pudiera parecer a simple vista, busca la complementación con los otros, desde la propia dimensión de la persona. Se trata de un ejercicio de adecuación y simbiosis entre el *yo* y el *nosotros*, como indicaba anteriormente, donde el primero, consciente de su dimensión humana, se funde en un abrazo (dicho metafóricamente) con el segundo para formar una unidad que camina hacia la perfección y la realización de todos y cada uno de los miembros del grupo o comunidad. Así es como encuentra verdadero sentido el personalismo desde el quehacer comunitario. En esto, básicamente, consiste la esencia de la filosofía personalista que propugnó **Mounier**.

En su célebre *Adsum*, recogido en el *Manifiesto al servicio del personalismo*, **Mounier** hace alusión a **Pascal** (1623-1662), el gran filósofo, físico y matemático francés, cuando en su apologética se dirige más al indiferente que al pecador inconsciente, es decir, a aquellos que creen que pueden apostar

por el balanceo entre el sí y el no, conducente a lo que los antiguos latinos denominaban el *non serviam*. Por eso **Mounier** se dirige al irresponsable que se siente incapaz de asumir su destino en el mundo. Y así apostilla: “*Yo pecco contra la persona cada vez que me abandono a este anonimato y a esta irresponsabilidad*”. El indiferente que se mueve entre el sí y el no, difícilmente puede llegar a establecer compromiso con nada ni nadie. Es, sencillamente, inconsistente en su caminar. El sentir personalista debe ser comprometido con el inexcusable deber de atender y oír la voz de su propia conciencia que le marca su devenir en este caótico mundo. Pero el hombre también puede caer en la tentación de la evasión. Y la religión puede convertirse, en muchas ocasiones, en instrumento de evasión de los problemas que acontecen en el devenir diario. **Feuerbach** y **Marx** ya reprochaban a la Religión el ser elemento de evasión, hasta el punto que **Marx** la consideraba el “opio del pueblo”, como sabemos. Es indudable que para muchos la religión es como una especie de “adormidera” que aquietta sus conciencias alteradas por malos pensamientos. Pero esto supone un acercamiento distorsionado y malsano al mundo de los fenómenos religiosos. La religión, bien entendida y concebida no aliena –no tiene por qué alienar– el comportamiento y la conducta humana. Bien concebida y entendida, la religión es un poderoso vehículo o instrumento de ensanchamiento y fortalecimiento de la conciencia humana que ofrece sentido y orientación en medio de las tenebrosidades de la existencia. Como ya comentábamos en otras ocasiones, el concepto *religare* (religión) significa etimológicamente “unión sustancial con lo divino”. Cuando se produce esa simbiosis entre el ser divino o *demiurgo* con el ser humano, entonces es cuando se percibe la verdadera dimensión del sentir religioso, que libera y nunca oprime o aliena el comportamiento. Este

sentir es común a las distintas religiones o distintos enfoques que se tengan de la religión. No es patrimonio exclusivo de una o alguna de ellas. No comprender esto sí que puede conducir a la alienación, a la implantación de fenómenos externos que condicionan el comportamiento y la conducta humana. Otra cosa distinta es que las creencias que configuran todo entramado religioso marquen unas pautas de actuación que en todo caso uno debe asumir libremente, sin imposiciones. Este sería el enfoque correcto, a mi juicio, de lo que debe ser la religión. En el enfoque personalista se parte también de ese sentir de búsqueda, de indagación, de las verdades ocultas. En el siguiente y último apartado sobre el *personalismo* de orientación cristiana veremos, con la suficiente extensión, qué conlleva la dimensión personalista desde la percepción cristiana.

Pero antes de analizar el *personalismo cristiano* me gustaría referirme a una cuestión que creo que es clave para comprender bien el sentir de la esencia misma del *personalismo* y que analizó en profundidad **Mounier** en su dialéctica filosófica sobre el *personalismo*.

Una existencia encarnada

En el cap. I de una de sus obras principales, *El personalismo*, **Mounier** realiza una clara descripción de lo que supone e implica el sentir y la esencia misma del *personalismo*: *el ser persona desde la existencia más elemental*. Pero, podríamos preguntarnos, ¿qué implicaciones y consecuencias tiene esto? Como sabemos, el personalismo se opone a todo idealismo, por encontrar a este contrario a la verdadera y concreta dimensión humana. El idealismo absoluto, que ya preconizaría **Hegel** (1770-1831), es rechazado de plano por el

personalismo que defiende **Mounier**. Su argumento es bien sencillo: el idealismo reduce, a fin de cuentas, la materia y lo corporal a una apariencia externa del espíritu humano. Y el *personalismo* apuesta por lo concreto y real, más allá de cualquier fundamentación idealizada de la existencia. Por lo tanto, son dos enfoques bien distintos a nivel dialéctico y argumentativo. Es cierto que la dialéctica de **Hegel** acerca del idealismo es bastante oscura y difuminada en sus apreciaciones. Leyendo las argumentaciones del filósofo alemán uno difícilmente extrae conclusiones definitivas sobre sus postulados y posicionamiento ideológico. Sucede algo parecido con **Kant** (1724-1804), el cual es de difícil comprensión, incluso para los iniciados en el mundo de la filosofía. Sin embargo, en **Fichte** (1764-1814) su concepción del idealismo (tan proclive en la escuela filosófica alemana de la época) es más comprensible e incluso asumible desde una dimensión más concreta y específica como la que preconiza la filosofía personalista. Y me explico: al considerar **Fichte** que el mundo del pensamiento y su argumentación dialéctica es una forma de acción y no algo estático, viene entonces a ratificar la idea de que todo aquello que sustenta la concepción mental e inteligible del sujeto viene a estar inducido por la acción y la realización del acto de pensar, conducentes ambos a la libertad. El idealismo de **Fichte**, en mi opinión e interpretación, difiere del que preconizaría **Hegel**, aunque no tanto del de **Kant**. Este parece al menos dejar la cuestión zanjada en su *Crítica de la razón práctica* (1788).

Retomando de nuevo la cuestión personalista he de decir que, en mi opinión, no tiene por qué existir, a priori, confrontación entre una forma de concebir el pensamiento idealista y el enfoque personalista. Quizá la radicalidad de

Mounier en este punto no esté del todo justificada, pienso. Pero, centrándonos ya en el punto que nos ocupa, ¿a qué se refería **Mounier** cuando hablaba de una *existencia encarnada*? Pues, lisa y llanamente, a tener la *persona* percepción clara de su vida y su existencia, así como del destino último de sus acciones. **Mounier** viene a decir explícitamente en *El personalismo* “Yo soy persona desde mi existencia más elemental, y lejos de despersonalizarme, mi existencia encarnada es un factor esencial de mi fundamento” (...); “yo existo subjetivamente, yo existo corporalmente, son una sola y misma experiencia” (cap. I, p. 2). Observamos aquí la concepción de integralidad que mantiene la percepción que **Mounier** tenía del ser humano. Por eso también habla de encarnación, de tomar forma la persona de su verdadera dimensión humana integral como cuerpo, alma y espíritu, las tres unidades que conforman la persona. Cuando el hombre no es consciente de su verdadera dimensión integral es cuando se produce la disgregación de su personalidad, con las nefastas consecuencias que ello entraña. Se precisa una unificación para alcanzar el equilibrio personal y a esto tiende el *personalismo*: *la reivindicación de la persona como ente trascendente que vive en este mundo la aventura de la existencia*.

Desde la dimensión del *personalismo* de carácter cristiano, que abordaremos en el siguiente capítulo, analizaremos la verdadera dimensión humana desde la óptica que nos proporciona el cristianismo y profundizaremos en el pensamiento de **Mounier** en aspectos tan trascendentes como los de asumir la *realidad humana* desde cualquier contexto social que le permita proyectarse en una existencia llena de sentido y contenido.



Un acercamiento al personalismo cristiano

Hemos denunciado, y jamás lo denunciaremos bastante, las fechorías de estas ideologías rígidas y separadas de toda realidad que usurpan la representación de lo espiritual y oponen a la historia, creyendo servir a la verdad, unos discursos morales, unas recetas para todo o unos esquemas lógicos. Este rigorismo orgulloso no tiene nada que ver con el realismo espiritual.

Extracto de Manifiesto al servicio del Personalismo, pp. 109-113. E. Mounier.

Abordamos ya el personalismo desde una concepción cristiana, tal y como lo analizó **Mounier**, matizando previamente algunas cuestiones de interés para el lector.

En primer lugar comentar, como bien se puede deducir de los capítulos anteriores, que el *personalismo*, como movimiento filosófico, tiene distintas ópticas o vertientes que encontrarían su culminación en el personalismo de orientación cristiana y que ahora analizamos. Se hizo intencionadamente con la expresa finalidad de dar a entender que dentro de la filosofía personalista existen varias orientaciones y no una sola. Pero también hemos pretendido dejar claro que todas ellas tienen, en la práctica, una dimensión espiritual, que no precisamente religiosa, y que el lector atento habrá sabido captar. Y me

explico. Generalmente solemos vincular en todo caso, erróneamente, lo espiritual a lo religioso, y en cierta medida esto es correcto. Pero lo espiritual no es necesariamente vinculante con lo religioso o los fenómenos religiosos. Sabemos de personas con alta proyección espiritual que no son precisamente muy religiosas. Cuando hablamos de lo espiritual o de proyección espiritual, hemos de hacerlo, a mi entender, no vinculándolo necesariamente al fenómeno de lo religioso. En el ser humano la esfera de lo espiritual puede albergar una dimensión de acercamiento sensible a cualquier fenómeno, y no necesariamente religioso. Las personas agnósticas, es decir, aquellas que consideran que el intelecto humano no puede llegar tan siquiera a captar la esencia de lo divino, no están exentas, en absoluto, de percepción espiritual. Lo que sucede es que canalizan o subliman esa percepción hacia acontecimientos que no lindan con la abstracción religiosa, pero que pueden canalizar perfectamente su captación de lo espiritual que anidan el ser humano hacia otros quehaceres o menesteres, como por ejemplo, la música, la poesía, la misma ciencia, la filosofía, etc. Todas estas disciplinas del saber humano se pueden enfocar espiritualmente sin necesidad de recurrir a los planteamientos de carácter religioso, cualquiera que estos sean. Posiblemente esto suponga un sesgo en la percepción de lo espiritual. No sabemos a ciencia cierta. Pero lo que sí sabemos es que hay personas que sin tener predisposición para captar los acontecimientos de la vida religiosa, sí son personas de alta espiritualidad. Una espiritualidad quizá más asentada en los acontecimientos de lo estrictamente humano que muchas personas con una percepción espiritual de lo religioso más desarrollada. Es curioso, pero es así. Mas esto será digno de estudio y análisis en otro ensayo posterior.

Decir que el *personalismo* desde una perspectiva cristiana es el más alto grado de *personalismo* que se puede alcanzar quizá sería pretencioso, cuando otras formas, otros enfoques del personalismo, tienen la misma aspiración: *conseguir la plena dignificación de la persona en medio de un mundo deshumanizado y alienante*. **Mounier**, desde su honestidad, no lo hace por respeto hacia otras formas, hacia otros enfoques de la filosofía personalista que él encuentra tan válidas como la percepción cristiana de la misma. Sintiéndose cristiano y católico, **Mounier**, no obstante, analiza el *personalismo* desde distintas ópticas o vertientes con el mismo apasionamiento que lo hace, como hemos visto, desde una dimensión y enfoque cristiano del *personalismo*. Es decir, lejos de todo subjetivismo, el filósofo y pensador de Grenoble realiza un pleno ejercicio de objetividad, lo cual es de agradecer para todos aquellos que aun reconociendo la dimensión cristiana del *personalismo* como la forma más excelente de encuadrar la filosofía personalista, no obstante vemos que otras dimensiones de la misma inducen al mismo fin, pero por otras vías o caminos. La inferencia entre los distintos enfoques del personalismo es una realidad evidente que se sustenta en el meollo de la misma filosofía personalista.

Pero, llegados a este punto quizá sería interesante preguntarse cómo es posible armonizar la filosofía personalista de enfoque cristiano con otros enfoques, cuando, aparentemente, al menos, parece que no hay simbiosis posible. Pienso que la respuesta está en el hecho de que la dimensión espiritual del ser humano está más allá, como dejaba entrever anteriormente, de la dimensión religiosa. Esto parece más que evidente. Hay personas, en efecto, que parecen tener un cierto llamamiento hacia lo religioso y otras, en cambio, no estar

tocadas por esa disposición. Creo que la misma realidad humana así lo demuestra. Pero esto no significa que estas personas no vivan una realidad espiritual, aunque no religiosa propiamente, al menos de manera consciente. En fin, es otro de los misterios del ser humano.

Ya habíamos visto, de soslayo al menos, cómo la filosofía personalista linda con otro enfoque tan peculiar de la filosofía como es el *existencialismo*. **Mounier** reconoce, en su análisis de la existencia humana, la importancia del planteamiento existencialista. En una de sus obras de análisis más profundo, *Introducción a los existencialismos*, al analizar la temática y el problema de “el otro”, considera esencial el rol de la filosofía existencialista como necesaria para su análisis deductivo del *personalismo*. Menciona a **Heidegger** –según **Sartre**, el padre del existencialismo moderno–, cuando habla del *sein* (el ser) y lo unifica con el *mitsein* (ser-con) para referirse a que el ser humano no es un islote, no está solo en la aventura de la vida, de la existencia. **Mounier** va más lejos cuando dice que la existencia humana es heterónoma; esto es, que depende de los otros. Es decir, que aun considerando que el ser humano vive su existencia de manera individual, es también consciente de que los otros, los demás seres, compañeros en la aventura de la vida, caminan al unísono. Este sentir no aparece, por ejemplo, en **Sartre**, para el cual “los otros son un infierno”. Mounier, por el contrario, cree que el sentimiento comunitario anida en el sentir del ser humano, el cual le enriquece y ennoblece. Al hablar de los distintos grados de comunidad viene a decir que “*la unión reside en el hecho de llevar una vida en común y de organizarse para vivirla lo mejor posible*” (*Manifiesto al servicio del personalismo, o.c., págs. 96-101*). Por eso habla

también de revolución personalista y comunitaria a la vez. No concibe la una sin la otra.

La verdadera dimensión del pecado

El concepto que esgrime **Mounier** sobre el *pecado* y su verdadera dimensión no deja de ser aleccionador y curioso por su originalidad, y para los personalistas, certero y auténtico. Tradicionalmente se entiende por *pecado* como todo acto, hecho o pensamiento contrario a la ley divina o a los preceptos establecidos por la religión. Pero conviene que fijemos el sentido del término en sus distintas acepciones lingüísticas para tratar de encontrar el sentido más pleno del término y así situar correctamente el concepto dentro de la filosofía personalista esbozada por **Mounier**.

En el hebreo antiguo el concepto *pecado* (*hatá*) venía a significar algo así como “error o equivocación en la consecución de una meta, o también un fallo sustancial”. En el arameo antiguo el término era “*khata*”, con idéntico significado. El concepto griego de *pecado* (*amartia*) significaba “errar en el blanco o fallo en la consecución de algo concreto”. Como observamos, términos muy afines en su significado todos ellos. En la concepción judeocristiana el pecado estaba inmerso en el alejamiento del hombre de la voluntad divina, con las consecuencias morales que ello acarreaba. La Biblia misma deja entrever que el pecado tuvo sus raíces, sus orígenes, según el *mito de la caída* narrado en el libro del Génesis, en la desobediencia del ser humano al no atender las indicaciones divinas.



El *mito de la caída* que encontramos en el relato bíblico del Génesis, aun con su alegórica y simbólica interpretación, es todo un auténtico misterio, inexplicable a nuestra razón. El enigma de “la caída” es obvio que encierra algo sustancial aunque inexplicable a todo razonamiento, como decía. Puntualizar que al hablar de *mito* lo hacemos, en su sentido más profundo del mismo, como ficción alegórica de un acontecer que quedó impregnado en la mente colectiva de los pueblos, más allá de cualquier interpretación racional del hecho o acontecer. Todo *mito* está rodeado de la aureola del misterio inexplicable. En otras religiones el concepto de pecado tiene un significado bastante parecido al concepto judeocristiano. Tanto en el hinduismo, budismo, brahmanismo y el islam, el concepto de pecado también está claro, y así mientras en la religiosidad oriental el pecado es consecuencia del *karma* negativo, en el islam se ve e interpreta el *pecado* (thanb, en árabe) como una consecuencia directa de la actuación humana contra la voluntad de Dios (Allah, para los musulmanes). En el Corán se enseña claramente que el alma es propensa al mal y se requiere de la misericordia divina para superar el estado de *pecado*. En cualquiera de las grandes religiones observamos, curiosamente, una afinidad bastante clara en lo que respecta al *pecado* y su interpretación, con los matices propios de cada cultura en esa interpretación. Así, por ejemplo, dentro del hinduismo, las acciones que crea el *pecado* conducen a un *karma* negativo, como decía antes, que llega a condicionar el código ético del buen comportamiento; si bien es cierto que no existe una dependencia divina de ese código ético, sí se presupone su origen divino o sobrenatural. Pero, como decía, con las matizaciones propias de cada religión, las diversas interpretaciones son bastante coincidentes en las distintas religiones, estudiándolas y analizándolas en su contexto. Todas

ellas reconocen que existe un caminar desviado y un comportamiento erróneo en el actuar humano cuyo origen está en lo que denominamos *pecado*.

Concepción personalista sobre el pecado

La interpretación que **Mounier** hace de *pecado* es, en verdad, original y bien significativa. Así por ejemplo dice acerca del *pecado* que “*en lenguaje cristiano es muy necesario llegar a hablar de una especie central y grave de pecado contra la persona*” (*Adsum. Manifiesto al servicio del personalismo, o.c., págs. 295-300*), añadiendo a continuación “*Yo pecho contra la persona cada vez que me abandono a este anonimato y a esta irresponsabilidad (...) Yo pecho contra la persona cada vez que empujo a un hombre vivo a identificarse con una de sus funciones, o cuando me comporto con él si de hecho se redujese a esto*”. Es una realidad, por otra parte, que solemos calificar a las personas por sus atribuciones más que por lo que son como personas en esencia. A veces identificamos a los demás por algún rasgo profesional o de otra índole, sin pararnos a pensar que estamos omitiendo lo esencial: su cualidad intrínseca de personas más allá de su valoración externa. Y esto nos sucede, como bien apunta el mismo **Mounier**, cuando, por ejemplo, reducimos la condición de la mujer a ser exclusivamente ama de casa o a su función erótica, sin más, o creemos, erróneamente, de manera reduccionista, que el hombre debe ser calificado expresamente por su función o actividad profesional (como arquitecto, fontanero, abogado, albañil o profesor, pongamos por caso). Todo esto supone un reduccionismo de la condición de la persona que resulta hasta ofensiva. Esto genera un proceso alienatorio evidente. Citemos algún ejemplo bien significativo y real: el del empresario que solo ve a sus empleados como “herramienta” útil para la consecución de sus

fines, básicamente económicos, incapaz, por otra parte, de establecer una relación de empatía y verdadera afectuosidad con ellos. O el caso, desgraciadamente bastante extendido hoy en día en el mundo de la política, de aquellos líderes políticos que tan solo buscan el voto del electorado, pero que lo ven como una “herramienta” más en la consecución y logro de sus ambiciones políticas, sin preocuparse para nada de las necesidades reales de aquellos a los que aparentemente dicen servir, buscando solamente el beneficio propio, en ocasiones, por vías ilegales, llegando a caer en el pecado de la corrupción o prevaricación. El pecado, más allá de la interpretación que se le dé, parece ser consustancial a la ontogénesis humana. **Mounier** también habla en profundidad, con amplio sentido teológico, del *pecado de pensamiento*. Y así llega a afirmar: “*Podría creerse que la aportación de la antropología y de la teología cristianas al pensamiento occidental habían hecho imposible tal actitud de espíritu. Pero la impregnación de los modos de pensar heredados de la Antigüedad, más tarde la polarización de la reflexión moderna por las técnicas científicas, finalmente el racionalismo de las Luces, bastardo de estos dos impersonales, han constituido sólidos bastiones de resistencia al impulso cristiano hasta el mismo corazón de las filosofías de nombre cristiano*” (*Manifiesto al servicio del personalismo, o.c. Págs. 295-300*). Lo que **Mounier** quiere dar a entender es que el mismo pensamiento cristiano, en sus raíces, está también contaminado por una actitud anquilosada, estancada, en determinados contextos históricos que han venido desvirtuando permanentemente la visión cristiana de la vida. La percepción que el *personalismo* de signo cristiano tiene sobre el *pecado* es la de una captación errónea y equivocada sobre la persona misma. Visión errónea que se ha ido manteniendo desde tiempos antiguos y que ha condicionado, en algunos

casos, la misión misma del *kerigma*, del mensaje cristiano. Y esta percepción, como veremos más adelante, se ha visto alimentada por el divisionismo dentro del marco eclesial, en especial a raíz de la Reforma protestante.

Personalismo y personalismo cristiano

Antes de entrar a fondo en la verdadera dimensión del *personalismo* de signo cristiano sería interesante aunar conceptos en torno a las distintas variantes o posturas del *personalismo*. Como ya comentaba anteriormente no existe un enfoque único y longitudinal sobre la filosofía personalista. El mismo **Mounier** lo expresa claramente al inicio de su *Manifiesto* cuando dice expresamente que “*bajo la idea de personalismo se agrupan unas aspiraciones convergentes, que buscan hoy su camino por encima de los fascismos, del comunismo y del mundo burgués decadente, no se nos oculta la utilización desidiosa o brillante que muchos harán de esta etiqueta para disimular el vacío o la incertidumbre de su pensamiento...*” (*Manifiesto*, pág. 9). Y es que, en verdad, a lo largo de la corta historia que tiene el personalismo moderno, se han levantado sujetos y grupos políticos o religiosos con la aureola de defender el emblema del *personalismo*, desconociendo, en muchos casos, el verdadero sentir y la verdadera dimensión del mismo. Unas veces por auténtico esnobismo; otras de manera mal intencionada. No todos los caminos conducen a Roma, valga la expresión, y no todos los enfoques supuestamente de carácter personalista lo son. Hay que saber separar la paja del trigo. Es cierto que la filosofía personalista engloba un sistema de creencias o doctrinas distintas, pero con un denominador común: la reivindicación de la persona en su más alto sentido. Pero no todo es válido. Me atrevería a decir que las verdaderas señas de identidad de la

filosofía personalista son la acción y el compromiso, por encima de la ideología que uno profese. Por desgracia, la ideología, a veces, se antepone a los dos conceptos anteriores y desvirtúa el verdadero sentido del *personalismo*.

Ya comentaba al principio que se ha pretendido aunar el *personalismo* cristiano preconizado por **Mounier** con la democracia cristiana de signo liberal, lo cual no dejaría de ser contradictorio con la línea de pensamiento de **Mounier** que venimos desgranando en este ensayo. La democracia cristiana, como partido u organización política, es cierto que tiene su orientación en la doctrina social de la Iglesia, particularmente en asuntos morales, como los que tiene el *personalismo* de orientación cristiana que preconizarían **Mounier** y **Maritain** o **Marcel Légaut**, si bien este último desde otros planteamientos algo distintos al personalismo de los anteriores. No obstante, conociendo la vida y obra de **Légaut** no podemos negar su clara inclinación personalista. Pero **Légaut** fue un personalista a su aire, con esa peculiaridad y simplicidad del hombre que supo vivir desde su dimensión cristiana la experiencia de una vida entera consagrada al estudio e investigación de la esencia misma del cristianismo, que reflejó magistralmente en su propia vida y testimonio, así como en su incansable magisterio. Pero, decía que la línea de *personalismo cristiano* que enseñaron tanto **Mounier** como **Maritain** poco tiene que ver, a nivel político, con la democracia cristiana. Quizá en **Maritain** haya un mayor acercamiento a la democracia cristiana.

Convendría matizar algunas cuestiones sobre la democracia cristiana a nivel sociopolítico para cotejar con la obra de **Mounier** y poder así establecer las profundas diferencias habidas entre la democracia cristiana y el

personalismo de Mounier, por más que algunos hayan tratado de asociar ambas ideologías.

Comentar primeramente que la democracia cristiana, aun con las distintas variantes existentes en su ideología, se encuadra como un partido político de derecha o centro-derecha, mientras que la tendencia política de **Mounier** es claramente izquierdista. Esto para empezar. Estamos hablando pues de dos enfoques sociales y políticos dispares, de dos formas distintas de afrontar la realidad social y sus problemas, con aspiraciones distintas. Se ha dicho en ocasiones que la democracia cristiana tiene sus orígenes en el socialismo utópico, pero esto carece, en mi opinión, del mayor rigor puesto que los partidos socialdemócratas y las distintas variantes de la cristianodemocracia tienen pocos puntos en común. La cristianodemocracia es claramente conservadora, mientras que la socialdemocracia es plenamente progresista. Son pues, de entrada, dos concepciones, dos enfoques, distintos. No obstante, pese a su línea conservadora, en algunos casos la cristianodemocracia se ha mostrado escéptica con temas tan espinosos como el aborto o el matrimonio homosexual, algo que en la socialdemocracia se admite como un derecho real de los ciudadanos. La línea de pensamiento esgrimida por **Mounier** se desliga de ambas concepciones.

Los orígenes de la democracia cristiana como organización de carácter político están fundamentados, como decía, en la doctrina social de la Iglesia y más concretamente en la encíclica papal *Rerum Novarum* de **León XIII** como respuesta al socialismo y en defensa de la clase obrera, cosa que también pretendía el socialismo pero desde otra óptica distinta, claro está. El concepto de Estado que tenía la democracia cristiana era de apoyo claro al capitalismo, si bien un capitalismo, digamos,

humanizado, a diferencia del capitalismo posterior que degeneró hasta límites inconcebibles. La encíclica *Quadragesimo Anno*, publicada en 1931 por **Pío XI** es bastante aclaratoria al respecto. Pese a seguir en lo fundamental las consignas de la Iglesia católica en materia moral, los democristianos mantuvieron una postura aperturista en lo concerniente, por ejemplo, al tema del divorcio y el gobierno secular. El hecho de que **Mounier** se declarara reiteradamente católico y comulgante con la Iglesia oficial hizo pensar a muchos, probablemente, su filiación a la democracia cristiana, cosa que no es cierta en absoluto. Aun negando los errores y las inconveniencias del comunismo marxista, su ideología política es claramente de izquierdas y progresista. Si algo caracterizó a **Mounier** fue su honestidad intelectual, como ya vimos al reflejar su vida y trayectoria humana y política, así como religiosa. Precisamente fue eso lo que le acarreó tantas incomprensiones por parte de unos y de otros. Pero él siempre fue fiel a sus ideales y principios, claramente cristianos, a la vez que atrevidos por la denuncia social que hizo de un sistema que veía que conduciría a la ruina moral de Europa, como así sucedió en realidad; ruina moral que todavía estamos padeciendo en estos albores del siglo XXI. Aquella sentencia lapidaria de **Mounier** sigue resonando con fuerza a estas alturas de siglo, pasados ya más de sesenta años de su muerte: *“Redimir al hombre, hacerle salir de una miseria física y moral, a fin de que pueda acercarse, con un mínimo de disponibilidad, a los valores del espíritu, denunciar en todo momento el fariseísmo abierto y latente de una sociedad que se llama cristiana y que, sin embargo, oprime al hombre con sus estructuras alienantes”* (*Esprit*). Esa denuncia social que también haría la única constitución pastoral emitida por el Concilio Vaticano II y aprobada por los padres conciliares y

posteriormente promulgada en 1965 por el papa **Pablo VI** (*Gaudium et Spes*). **Mounier**, con ese espíritu profético que le caracterizó, se antepuso a la carta conciliar, denunciando la situación del hombre moderno y la miseria en el mundo.

La alternativa que ofrece el *personalismo* es bien diáfana y significativa: *renovar al hombre desde su interior a fin de que, consciente de su dimensión en el mundo, sea luz y esperanza en medio de un mundo caótico*. Desde el *personalismo cristiano* el camino viene trazado por el *Evangelio* mismo. La aspiración de **Mounier** es la de dar una respuesta al cristiano, cualquiera que sea su orientación religiosa, y que dotado a la vez de vocación o llamamiento político, no encuentre una salida satisfactoria a sus ideales en un mundo eclesial también alienado. La pobre disyuntiva que parece le queda al hombre moderno es, o bien militar en partidos u organizaciones cristianas confesionales, o por el contrario, alistarse en partidos enemigos del cristianismo, traicionando así sus ideales cristianos, lo cual le crearía, obviamente, un conflicto interior. Pero, nos preguntamos, ¿acaso no existe un camino intermedio? Particularmente pienso que sí: *el que nos dicta nuestra propia conciencia*. Ante las pobres perspectivas que ofrece el mundo religioso confesional (perdido entre el fundamentalismo más oprimente y un cristianismo light, carente de verdadera significación y compromiso) se alza una perspectiva nueva y creativa que es la que ofrece el *personalismo*: *una nueva espiritualidad de acción y compromiso con el mundo oprimido por un consumismo insatisfactorio, heredero directo del sistema capitalista, cuyos orígenes, aunque no exclusivos, curiosamente, están en una determinada concepción religiosa, y que bien intuyó Max Weber*.

El *personalismo* implica, en sus distintas variantes, un auténtico acto de fe al reafirmar el valor absoluto de la persona humana. Y si hay algo que mejor dignifique la condición de persona esa es su libertad. Libertad que el mismo Dios respeta – decía **Mounier**– en la doctrina cristiana y que **Karl Marx** la definía como “la eterna aristocracia de la naturaleza humana” (Rheinische Zeitung). Es más, podríamos añadir que toda la libertad que le fue conferida al hombre reposa sobre su dignidad como persona. Partiendo, efectivamente, del planteamiento de que el hombre, la criatura humana, fue creada a imagen y semejanza de Dios mismo, **Mounier** concibe al hombre como capaz de perfeccionamiento desde la inteligencia natural con la que fue dotado. Si bien el *pecado* arruinó muchas expectativas del hombre, su inteligencia, no obstante, le puede capacitar para salir de su penosa situación. No todo está perdido en la condición humana. El negativismo y pesimismo luterano carecen, objetivamente, de significación teológica real. De no ser así, la criatura humana sería incapaz de salir de su estado de inanición moral. Es por eso que la razón y su capacidad inteligible son las que le proporcionan al hombre las herramientas necesarias para ser consciente primero y con capacidad potencial suficiente después para abordar el camino de la recuperación y posterior superación de su estado de *pecado*.

Sobre los totalitarismos religiosos

Es indudable que una amenaza muy real al desarrollo de una vida en libertad que propone el personalismo en sus distintas variantes, y de una manera muy especial el personalismo de signo cristiano, es el totalitarismo de carácter religioso. Esto lo analizó con precisión **Mounier** en su *Manifiesto al servicio del personalismo*.

En efecto, de entre todos los totalitarismos posiblemente el religioso sea el más pernicioso de todos. Y lo es porque si algo ha caracterizado a los totalitarismos de cualquier signo ha sido el de coartar la libertad del ser humano. Serían las grandes religiones, las conocidas como religiones del Libro, las revelaciones de carácter sagrado, las que han implantado una forma de totalitarismo muy concreto y específico en su interpretación: el totalitarismo sagrado o religioso.

Tanto el judeocristianismo como más tarde el islam se han caracterizado a lo largo de su dilatada historia por imponer, en muchas ocasiones por la fuerza del fanatismo religioso, sus creencias, consideradas, en cada caso, las únicas verdaderas. El mundo del hinduismo y budismo, si bien en menor intensidad, también han impuesto sus creencias milenarias a través del sistema organizativo de castas, de alguna manera una cierta forma de totalitarismo igualmente.

Podríamos preguntarnos cuál es el verdadero problema que originan los totalitarismos en la vida de los seres humanos. Principalmente la imposición de sus creencias y la anulación de la personalidad de aquellos que se ven sometidos a sus sistemas. Amparados por una supuesta verdad que consideran incuestionable, por tener además origen divino, los totalitarismos religiosos se creen con la autoridad precisa para anular la individualidad humana, convirtiéndola en instrumento fácilmente manipulable. Es la manipulación ideológica una de sus principales señas de identidad, que no la única. Todos los totalitarismos han tenido sus guías, sus gurús, sus líderes carismáticos, capaces de imponer con su sola presencia las teorías –la mayoría de las veces totalmente inconsistentes– propias de la organización totalitaria en concreto. En otras ocasiones el totalitarismo religioso se enmascara de un

autoritarismo de carácter paternalista tan común en el ámbito eclesial y religioso. El totalitarismo religioso en el mundo moderno es común a todas las sectas religiosas que pululan en el mundo y que terminan por arruinar psicológica y moralmente las vidas de sus asociados y seguidores. Pero, el totalitarismo religioso tiene sus raíces. No ha surgido por generación espontánea.

Centrándonos en el ámbito judeocristiano, que es el que más nos interesa, en la misma revelación encontramos ya atisbos de totalitarismo en la medida en que se trata de imponer en el nombre del Altísimo las verdades divinas. No entramos aquí en la conveniencia o inconveniencia de tal totalitarismo al considerarlo como revelado. Otra cuestión a dirimir sería hasta qué punto es fiable el relato bíblico interpretándolo de una manera literal y no como un sentir religioso del pueblo escogido por Yavé y así transmitido en las páginas de la Biblia. Una interpretación literal y fundamentalista de toda revelación (y no solamente la revelación bíblica) lleva a un totalitarismo exacerbado y, con frecuencia a actos de fanatismo o apasionamiento exagerado. La historia está llena de acontecimientos así.

Pero retomando de nuevo el rol que el totalitarismo religioso ha asumido contra la individualidad y libertad humana, **Mounier** efectúa un análisis profundo sobre la verdadera dimensión de la libertad humana cuando afirma que *“si Dios puede bastarse a sí mismo porque Él es el Ser, y librarse de toda dependencia, porque es la interioridad pura, el hombre es capaz de librarse de todas las cosas salvo del Ser”* (*Manifiesto*, pág. 260). Es decir, que de quien tiene únicamente dependencia el ser humano es de Dios. Todo lo contrario que los totalitarismos religiosos que hacen depender la

condición humana de un credo determinado bajo la batuta del líder o líderes religiosos que supuestamente se convierten en elegidos de Dios e intérpretes exclusivos de su mensaje, implantando una forma de control alienante y manipulador con las consecuencias tan nefastas que ello tiene en lo que supone la supresión de la libertad de la persona que se convierte así en un títere instrumentalizado al servicio exclusivo de la causa totalitarista.

En el Antiguo Testamento de la Biblia la conocida como ley mosaica no dejó de ser un instrumento de control de todo un pueblo, quizá en parte justificado por la desorientación y desorden moral en el que vivía, pero de todo punto coercitivo con la libertad humana. Esa Ley quedó sobradamente superada en la nueva dispensación, en el Nuevo Testamento, donde se respeta y reivindica el derecho de la libertad como un bien inalienable del ser humano. Recordando aquellas palabras del apóstol **Pablo** de que *“Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad”*, o también aquellas otras: *“Si sois conducidos por el Espíritu, no estáis ya bajo la Ley”* (2ª Corintios 3:17; Gálatas 5:18, respectivamente), **Mounier** llega a decir al respecto *“Pero he aquí el Espíritu Santo inclina por amor la voluntad hacia el verdadero bien; por amor hace que la voluntad pase actualmente por completo hacia aquello mismo que está en la línea de su anhelo más profundo. Quitada, pues, a la vez esta doble esclavitud; la esclavitud en la que, siervo de la pasión y del pecado, el hombre obra contra la ordenación natural de su voluntad; y la esclavitud en la que, siervo de la Ley, y no su amigo, obra de acuerdo con la ley contra el movimiento de su voluntad”* (Manifiesto, pág. 262). Es decir, según **Mounier**, la gratuidad y la independencia han sido conquistadas mediante la previa renuncia a la propia gratuidad e independencia

reivindicadas. Pudiera parecer un contrasentido, pero no lo es en absoluto. Lo que **Mounier** quiere dar a entender, en mi interpretación, es que por medio de un acto de renuncia a la voluntad humana de libertad, ésta se logra por designio divino. Es Dios mismo quien otorga esa ansiada libertad que el hombre persigue por propia iniciativa y realmente nunca alcanza de manera plena. He aquí pues el sentido holístico, total, de aquellas palabras del apóstol **Pablo** sobre la libertad que se consigue por medio del Espíritu divino. Por eso el totalitarismo, disfrazado de religiosidad, conduce a una falsa “teología de la libertad”, ya que el totalitarismo está en las antípodas de la libertad del individuo. Y es aquí donde **Mounier** efectúa magistralmente una serena y profunda crítica al luteranismo, imbuido de pesimismo acerca de la condición humana de *pecado*.

En efecto, **Mounier** afirma que el enfoque que el luteranismo hace sobre el pecado está lleno de un pesimismo religioso tal que considera a la libertad humana prácticamente como inexistente y totalmente incompatible con la condición de *pecado*. No cabe, en la posición luterana, lugar para la libertad de elección. No queda lugar alguno para la libertad en el orden temporal. Tan solo una autoridad rigurosa, sigue diciendo **Mounier**, puede hacer conservar una cierta cohesión en la humanidad corrompida hasta la raíz. Desde este planteamiento, cualquier tipo de autoridad, incluso la tiránica, estaría justificada, e incluso sería hasta legítima y divina. Esto tendría unas consecuencias sociales y políticas tremendas. Anularía cualquier derecho a la insurrección, por muy justificada que esta estuviera, y justificaría, además, la actitud tiránica del Príncipe puesto que éste sería un instrumento divino contra el pecado del pueblo. Y esto, en la apreciación de **Mounier**, sería

justificar el totalitarismo religioso, algo totalmente incomprensible e inaceptable. Para **Lutero** los Estados son soberanos, material e interiormente, sobre la corrompida cristiandad. En idéntica línea de pensamiento se desarrolló el calvinismo en Suiza, donde implantó un férreo control autoritario y dictatorial sobre la población, y también esa idea del Estado soberano inspiraría a **Zuinglio**, el reformador de Zurich.

La crítica que realiza **Mounier** al protestantismo es plenamente coherente con el acontecer histórico de la Reforma protestante. Es cierto que la historia es interpretable según los propios intereses, pero la realidad de los hechos está ahí, y detrás de todo un movimiento religioso justificado por un entorno de deterioro social y religioso evidente, a la luz de la historia, no es menos cierto que la Reforma religiosa tuvo un sostenimiento político y social evidente, por más que se pretenda justificar únicamente desde una visión exclusivamente religiosa. Y las consecuencias posteriores de esa reforma fueron realmente devastadoras para el devenir de la misma Iglesia, como organización eclesial transmisora de las verdades que emanan del *Evangelio* de **Jesús**, a causa del cisma originado en el seno mismo de la Iglesia. Desde entonces el mundo de la cristiandad es un auténtico caos donde el divisionismo ha sido, desgraciadamente, el denominador común. La intolerancia de la Iglesia oficial ha tenido también bastante que ver en el cisma que se produjo. El problema fue la falta de diálogo y comunicación de la cristiandad. Pero, podríamos preguntarnos si la Iglesia católica oficial también apoyó esa forma de totalitarismo religioso en el que cayó erróneamente el protestantismo. En cierta medida también, en mi opinión. Si bien –y en esto coincido igualmente con la apreciación de

Mounier— la historia del catolicismo deja mucho que desear, no es menos cierto que reafirmó en su enfoque teológico una libertad positiva de la persona, tachando así de ilegítimas ciertas usurpaciones de Estado. Ya desde san **Agustín de Hipona**, la Iglesia tuvo una tendencia a absorber el derecho natural en la justicia sobrenatural, el derecho del Estado en el de la Iglesia. Se ha llegado a hablar, incluso, de un cierto *agustinismo político*, puesto que hay, en efecto, como se observa y desprende de sus apreciaciones, un desliz de lo teológico a lo político que muchos historiadores ven como intromisión de la Iglesia en los asuntos de Estado. Quizá esto se pueda ver como una forma de totalitarismo más, de carácter teocrático. Es posible. No obstante, la doctrina social de la Iglesia ha defendido la individualidad frente al poder del Estado. Y esto **Mounier** ha sabido verlo en la medida en que la Iglesia, en su doctrina social, ha ido conformando, con el paso del tiempo, una adaptación a la sociedad civil, que si bien le ha costado acomodarse a los tiempos, no es menos cierto que ha producido determinados ámbitos del pensamiento progresista, de los cuales **Mounier** y otros muchos son fiel exponente. El mundo del protestantismo más progresista también ha sabido ser crítico con sus propios errores, lo cual es digno de aprecio. De los errores históricos se puede y debe aprender. El futuro se labra de los errores del pasado y de esto las distintas religiones saben bastante.



Los radicalismos religiosos

“Finalmente, se piensa que si el poder llega a caer en manos de los ideólogos, o de sus discípulos, no dejarán de hacer de él una especie de teocracia o de clericalismo espiritual, traducción en las instituciones de la primacía de lo espiritual que gobierna sus doctrinas”.

*(Extracto de **Manifiesto al servicio del Personalismo**, o.c., pp. 109-113).
E. Mounier.*

Al referirme anteriormente a los totalitarismos de carácter religioso y de manera específica a los provenientes del campo de la cristiandad (que tan espléndidamente estudiaría **Mounier** en su *Manifiesto*) lo hacía con la idea de que analizáramos cómo los totalitarismos han derivado hacia posturas radicalizadas en el mundo de las creencias.

Habíamos visto, en efecto, cómo el mundo del protestantismo incipiente en forma de luteranismo (y que luego derivaría hacia otros totalitarismos como el calvinismo en Suiza, por ejemplo) exponía una visión del hombre totalmente pesimista y negativa, lo cual vino a justificar cualquier intervención estatal de carácter autoritario. Esta visión luterana de la condición humana anula, tal y como lo intuyó **Mounier**,

todo sentimiento de libertad. El hombre estaba supeditado al poder estatal de esta manera. Al ser incapaz de salir de su penosa situación pecaminosa que anulaba hasta su voluntad y su intelecto, no podría sin el auxilio del poder estatal liberarse de tal condición. **Mounier**, en su análisis del protestantismo, observó que la actitud teológica que esgrimía el luteranismo conduciría, inequívocamente, al pesimismo más radical y al escepticismo sobre las masas, así como a un cierto providencialismo de carácter político donde la intervención del Estado se hacía necesaria. Y es más, bastaría –añade **Mounier**– con hacer laicas estas fórmulas para derivar hacia el totalitarismo religioso, que concluirían posteriormente en el totalitarismo moderno y sus secuelas de radicalismos, como veremos. **Mounier** considera que, por contra, el catolicismo se vio liberado de esas aberraciones en su ortodoxia al considerar ilegítimas ciertas usurpaciones del Estado (que el protestantismo consintió y justificó) y por el equilibrio que aportaba a la fuerza expansiva de los poderes temporales de la Iglesia. No obstante, tampoco la Iglesia católica se ha visto libre, en la práctica, de comportamientos totalitarios, congeniando en muchas ocasiones con el poder político establecido desde la institucionalización de la Iglesia dentro del Imperio romano –ya en claro declive– a raíz del famoso *Edicto de Milán* del año 313. Como bien argumenta **Henry-Xavier Arquillière** en su excelente obra de investigación *L'Augustinisme politique*, una concepción ministerial del poder secular, era extraña a la época apostólica, que no se ocupaba de otra cosa que de la justicia sobrenatural pero que para nada se inmiscuía en asuntos del poder estatal.

La idea de la soberanía de la Iglesia sobre los poderes temporales del Estado partió ya en el siglo VI de **Gregorio**

Magno (*uno de los cuatro Padres de la Iglesia latina junto a san Jerónimo de Estridón, san Ambrosio de Milán y san Agustín de Hipona, y proclamado luego Papa de la Iglesia católica*). La idea de un Imperio cristiano, en la que el Emperador sería el encargado de velar por la Iglesia y difundir la fe cristiana surgió de **Gregorio Magno**. La idea del totalitarismo religioso, como bien reconoce **Mounier**, tuvo en esa época de la historia sus antecedentes, así como una pretendida instauración del gobierno teocrático. Pero ya en aquella época se alzaron voces contra tal pretensión. **San Isidoro** de Sevilla fue uno de ellos. Sería más tarde **Carlomagno** quien unificaría los dos poderes: el estatal y el eclesiástico. El luteranismo vino a rescatar, desde otra concepción eclesial, la antigua idea del totalitarismo religioso que ya estaba bastante difuminada por el poder feudal primero y el estatal y comunal después. El luteranismo (según **Mounier**, y creo que muy acertadamente), hizo resurgir con sus planteamientos sobre la concepción de Estado el totalitarismo religioso, que tan nefastas consecuencias le acarreó al mismo protestantismo. Y no solo esto, sino que también su *corpus* teológico, poco unificado por el principio del *libre examen* de las Sagradas Escrituras, desencadenaría el advenimiento de una serie interminable de sectas y denominaciones que si bien guardan una cierta afinidad doctrinal, existen claras discrepancias de interpretación teológica entre ellas. Y lo peor de todo ello: el totalitarismo heredado de la Reforma religiosa condujo a un sinfín de radicalismos de los que todavía muchos de ellos están en pleno apogeo, unos en forma de fundamentalismo religioso y otros, paradójicamente, en forma de anarquía religiosa. Los primeros anclados en un rancia y exclusiva interpretación literalista y exaltada de los textos revelados en las Escrituras, sin discernimiento contextual e

histórico; y los segundos, en el extremo opuesto, como bien apuntó **Mounier**, desde una concepción también exaltada de la libertad soberana del hombre rescatado que no es capaz de discernir entre libertad de espíritu y libertad condicionada por el Estado soberano. Esta tendencia anarquista la atribuye el pensador de Grenoble a un incipiente erasmismo y profetismo asocial que ha dejado su impronta en la cristiandad europea, como bien analizó el citado **Arquillière** o el mismo **Mesnard** al hablar sobre la incidencia política de determinados grupos derivados del protestantismo más radical, como los begardos, los anabaptistas o los hermanos moravos.

Los *radicalismos* religiosos modernos también tienen en muchos casos connotaciones políticas más allá de las estrictamente religiosas. Pero, en cualquier caso subyace el sentimiento de libertad tan común a la condición humana. El pecado, como sabemos, ha condicionado ese sentimiento de libertad, distorsionándolo en muchos aspectos. El concepto de libertad de la persona, en la que tanto ahondó **Mounier** y otros personalistas, difiere según se conciba desde la versión católica o protestante. Para el catolicismo la libertad de la persona está limitada en su naturaleza por la creación y tocada por el *pecado original*. La concepción jansenista del pecado, por ejemplo, es bien significativa: el hombre antes de la caída y del pecado gozaba de plena libertad, anulada ésta desde el mismo momento de la desobediencia, según el relato bíblico. Anulación de libertad para todas sus acciones. Es en este sentido que las tesis jansenistas guardan cierta similitud con los planteamientos teológicos del luteranismo. Sin embargo, **Mounier** considera que ambas percepciones e interpretaciones son erradas. La libertad no es anulada en absoluto. El hombre puede conquistarla de nuevo con el pleno ejercicio de su intelecto, que

es el que le persuade realmente de su condición de pecado y le incita a cambiar esa situación. Es la *conversión* (*metanoia*, en la concepción de los griegos). Para **Mounier** la libertad es un logro espiritual posible y alcanzable. La verdadera libertad, política y socialmente hablando, se fragua en el sentir humano. Es decir, que no puede haber auténtica libertad social y política si antes no se ha cambiado el sentir de la humanidad. Cualquier otro intento sería en balde.

Los *radicalismos religiosos* son expresión de los totalitarismos que han venido empañando de manera más que significativa la dimensión religiosa y espiritual del ser humano. Radicalismos y extremismos que todavía hoy subsisten en distintas formas y variantes en las religiones. Radicalismos que van desde unas maneras más atenuadas en forma de integristismo o fundamentalismo religioso a otras extremadamente virulentas y hasta violentas, especialmente en el mundo islámico.

Pero también dentro de la cristiandad actual existen numerosos brotes de radicalismo e intransigencia, seguramente derivados de ese talante autoritario emanado de posturas adquiridas en un pasado que, indefectiblemente, ha dejado huella en el mundo moderno de la cristiandad. El mundo religioso mueve pasiones y cuando estas son encontradas se origina, irremediablemente, el conflicto, el desorden. La historia de las religiones así lo atestigua.

EL VERDADERO PERSONALISMO CRISTIANO

Abordamos ya ahora el enfoque cristiano del *personalismo* y lo hacemos desde el convencimiento de que la derivación cristiana del movimiento personalista armoniza plenamente con

el sentir cristiano en su más amplia expresión. Hablo de “verdadero” *personalismo* para diferenciarlo de sucedáneos que poco o nada tienen que ver con el enfoque que, al menos, **Mounier** le dio. Con esto no pretendo, en absoluto, decir que el único enfoque posible sobre personalismo cristiano es el que trazó Mounier. Nada más lejos de la realidad. Es más, pienso que ni el mismo **Mounier** tuvo tal pretensión. Creo que quedó claro que el personalismo como filosofía no sigue unas pautas fijas y predeterminadas. La prueba está en los distintos esquemas y planteamientos habidos. Dentro del marco del cristianismo ocurre otro tanto. No hay un enfoque único sobre el personalismo cristiano. No obstante, la intención de este ensayo es la de exponer y ahondar en el enfoque mouneriano del *personalismo cristiano*. Y en ello estamos.

Matizar que al hablar de *personalismo cristiano* lo hacemos con la idea de referirnos a una forma de entender la filosofía personalista desde una dimensión sustentada en las buenas nuevas del *Evangelio* de **Jesús de Nazaret**. El personalismo aporta al



cristianismo aspectos muy importantes que quizá pasen, en buena medida, desapercibidos para muchos creyentes en ese *Evangelio*. Pero podríamos preguntarnos qué es, en realidad, lo que aporta el personalismo al cristianismo. **Mounier** lo matiza de manera bastante clara, entiendo yo. Desde la afirmación de cierto absoluto de la existencia humana, hasta la independencia inalienable, pasando por el inestimable valor de la singularidad. Todo esto hace que el cristianismo reivindique el valor del pensamiento humano y la riqueza del mundo espiritual de Occidente. Por eso el pensamiento cristiano vino a romper

moldes con respecto a otros enfoques religiosos sobre la vida y el destino último de la muerte.

Así, por ejemplo, la concepción que tenían los antiguos griegos sobre la aparición de lo singular en el cosmos de la razón universal se entendía casi como una desgracia irreparable. El mismo **Platón** consideraba un auténtico “riesgo” el que el hombre se interrogara acerca de la muerte y el destino final. El cristianismo, por el contrario, considera de capital importancia el destino último de la criatura humana. La vida va, de manera irremediable, unida a la muerte, y este sentir es algo generalizado en todas las épocas y culturas, incluso las más primitivas y ancestrales.

Pero volviendo de nuevo a la filosofía helénica (que dicho sea de paso tanto marcó e influyó en el desarrollo del pensamiento cristiano de los primeros siglos de nuestra era), decir que en el pensamiento del gran **Aristóteles** se elimina todo valor personal del universo. El Dios que plantea el gran filósofo ateniense es un Ser infinito, inabarcable para la mente humana, que ni conoce la singularidad humana ni sus voluntades particulares. Por lo tanto no cabe hablar, en su esquema, de providencia ni de intervención sobrenatural alguna. El caso de **Plotino** (205-270), el excelso pensador alejandrino e iniciador del neoplatonismo, es bien significativo. Lo recoge **Mounier** en su *Manifiesto*. En efecto, **Plotino** es un antecedente de la filosofía personalista cuando viene a dar una fundamentación racional a la individualidad personal, llegando a admitir tantas ideas como seres singulares hay en el mundo. En el gran pensador alejandrino la conciencia individual no es más que relajación de la contemplación impersonal. Por eso **Plotino** fue, además de filósofo, un contemplativo de la

realidad que le rodeaba. Pero ni en el caso de **Aristóteles** ni en el de **Plotino** se vislumbra la idea de un Dios cercano, perceptible al hombre. Sería con el advenimiento del cristianismo cuando Dios mismo se hace presente en cada persona, en cada ser, capaz de percibir su presencia. Y el vehículo de transmisión son las buenas nuevas, el *Evangelio*. El *kerigma*, el mensaje cristiano, va dirigido, a diferencia de las escuelas morales de la antigüedad, no solo a los doctos y entendidos, sino también a cada hombre y mujer en particular, indistintamente de su condición moral, social e intelectual. Ante la infinitud inalcanzable del dios o dioses helénicos se alzaba, con la llegada del cristianismo, el Dios pródigo en amor y misericordia ante la condición humana de indefensión. Es el Dios que predicaba **san Buenaventura**, lleno de un amor que se multiplicaba hasta el infinito y que también anunciarían los grandes poetas del cristianismo. La gran diferencia que nos ofrece el Dios del cristianismo con respecto a otros enfoques estriba precisamente, a mi juicio, en la aceptación de multiplicidad de personas, con su particular singularidad. El Dios del cristianismo manifiesta su gracia superabundante para con todas las criaturas, indistintamente de la condición de ellas. De ahí que se hable de un Dios que es Amor, pero no como simple formulación retórica o filosófica, sino como algo que va más allá del simple formulismo de las palabras. Lo que para **Averroes** no encontraba justificación ante la razón humana, al hablar de la pluralidad de las almas ante lo que él entendía como eternidad del mundo (algo que el gran pensador musulmán no llegó a admitir en sus argumentaciones filosóficas), el cristianismo vino a descubrir que sí es posible tal pluralidad, lo cual da riqueza y contenido a la obra creadora del Dios eterno y singularidad a su obra más perfecta: la criatura humana.

Sería esa concepción cristiana del Dios que es Amor, entre otras muchas atribuciones, lo que alejaría la idea aristotélica del Dios infinito y ajeno a toda inclusión en lo humano. Ya lo recordarían así los Padres de la Iglesia griega, como el Dios que manifiesta su incondicional caridad hacia las criaturas sumidas en su soledad y aislamiento. Esta concepción del *demiurgo*, del Ser divino, aun sin ser racionalmente demostrable, confiere un margen de esperanza y asistencia a la fragilidad de lo humano. Sería **Péguy**, el gran maestro y filósofo francés, que tanto influiría en el pensamiento de **Mounier**, quien hablaría de la vinculación de la caridad divina como una gracia anunciadora de la exquisitez espiritual. Así, lejos de empobrecer la condición humana, como argumentarían **Proudhon** y **Bakunin** desde su filosofía anarquista y libertaria, lejos de empobrecerla, como digo, más bien la enriquecen. Tan solo desde el radicalismo religioso se anula la persona, se la aliena, pero nunca desde una aceptación libre y sin condicionantes de lo religioso. Es cierto que las religiones, mal entendidas y concebidas, pueden convertirse en instrumentos alienantes, del mismo modo que una concepción exclusivamente materialista del mundo. A mi entender, todo es cuestión de captación y percepción razonada más allá de cualquier ideología manipuladora, sea del signo que sea. La ideología, como ya decía en otro apartado de este ensayo, puede ser un instrumento excelente que nos ayude en la captación del mundo suprasensible, pero, por contra, se puede convertir en un elemento manipulador y alienante, extraño a la persona, cuando no pasa por el tamiz del intelecto y la razón humanas. Y es por eso que la filosofía personalista se enfrenta y opone a todo vínculo manipulador que condicione el devenir de la existencia humana. El ser humano fue creado para vivir en libertad (bien entendida y encauzada ésta, claro está). **Jesús** ya anunciaba en

su *Evangelio* que la verdad, la auténtica verdad, conducía a la libertad (S. Juan 8:32).

Una cuestión importante que me gustaría analizar ahora es el asunto del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Esta es una cuestión determinante en el *personalismo*, a mi parecer, pues de la interpretación que se le dé a esta cuestión va a depender en buena medida el sentido y la razón de ser de la singularidad humana. Ser “imagen de Dios” implica, tal y como **Mounier** lo detalla de manera magistral, no un azar ni un refinamiento de la evolución humana, sino un acto volitivo de Dios mismo. Él es quien rescata intencionadamente al hombre de su triste condición dotándole de los instrumentos posibles para tal acto, especialmente su potencial capacidad intelectual y razonadora. Es por medio de la *gracia divina* que la criatura humana puede llegar a alcanzar un mayor grado de perfeccionamiento espiritual. Y nada se interpone en esta acción divina. No caben cortocircuitos que impidan la relación entre el Creador y la criatura creada. Aquella antigua reflexión de **san Agustín** de “nulla interposita natura” habla bien a las claras de que no cabe interposición alguna en este proceso. Cada persona está llamada por añadidura a recibir mediante la *gracia divina* una participación viva y activa en su devenir humano. Sin embargo, hubo detractores de esta interpretación de la gracia divina, como **Orígenes**, conocido teólogo y exégeta del siglo III, y más tarde **Averroes**, el filósofo y sabio musulmán, en el siglo XII. Ambos, en sus teofanías, como manifestaciones genuinas de la divinidad, se sintieron inclinados a colocar entre Dios y la criatura creada lo que se ha dado en llamar en el mundo de la filosofía el *intelecto agente*, que en realidad es un concepto ideado originalmente por **Aristóteles** para referirse a la parte del alma capaz de percibir el conocimiento superior, epistemológico. **Mounier** cree que el llamado *intelecto agente*

no deja de ser una especie de mediador innecesario puesto que Dios ha dotado al ser humano de un poder decisorio de actuación por lo que no es menester tal *intelecto agente*, el cual considera una especie de tapón o tapadera que oculta en realidad la comunicación directa con el Creador de la vida. Es la propia persona, cuando toma conciencia de su verdadera dimensión en el mundo y ante el Creador, quien actúa en libertad de acción, sin restricciones posibles. Particularmente no me atrevería a negar que exista tal intelecto agente, pero sí a afirmar que, entiendo, no es preciso para la correcta relación Creador-criatura la mediación de este ente superior de conocimiento que es el *intelecto agente*. Si entendemos, a nivel teológico, que la *gracia divina* es más que suficiente para que la persona tome conciencia de su condición y situación en el mundo, entonces ¿qué aportación hace el *intelecto agente* en la captación del conocimiento de lo espiritual? En fin...

Un aspecto interesante que me gustaría analizar ahora, releyendo de nuevo la obra de **Mounier**, es la perspectiva cristiana de la persona. La persona, en la concepción del pensador de Grenoble, es, ante todo, presencia. Pero, ¿qué significa esto? **Mounier** afirma que es presencia en el sentido de afirmación y equipara ésta a respuesta. En efecto, ser cristiano y persona a la vez implica una *respuesta* al llamamiento del Evangelio. Y además es *compromiso* ante esa respuesta. Y ambas, afirmación y respuesta, configuran la razón de ser del llamamiento evangélico que se sustenta en la *acción* y el *compromiso*, como ya dijimos. La vivencia cristiana, indistintamente de su enfoque, es un permanente actuar en consonancia con la propia conciencia de la persona. Es así como todos los rituales externos que conlleva la vida transformada a la luz del *Evangelio* adquieren su trascendencia.

Así, por ejemplo, los distintos rituales sacramentales adquieren particular relevancia para la persona que vive esa experiencia. Hay sectores de la cristiandad que niegan o ignoran el verdadero valor del ritual como manifestación externa de la gracia divina. Sin embargo, tiene su indudable valor para las personas que viven la experiencia de la *transformación interior* o *conversión*. Todo ritual tiene su valor y significación siempre y cuando obedezca a un sentir interior, pues de lo contrario carecería de ese valor, transformándose en un acto externo más sin significación alguna. Desde el planteamiento personalista cristiano el proceso es bien claro y preciso: ante el llamamiento que el cristiano percibe por obra de la gracia divina, su compromiso le induce a la acción y la utilización del ritual o signo externo es una manifestación y componente a la vez del proceso de interiorización de la fe. Cuando se vive y percibe el llamamiento de la gracia divina es cuando todo (hasta lo aparentemente más insignificante) adquiere su valor para la persona transformada a la luz del Espíritu divino.

Si la primera acción del *personalismo cristiano* es ser consciente de la recepción de la gracia divina, la segunda es, estima **Mounier**, la desposesión, el despertar a la plena disponibilidad. Pero, ¿qué es esto de la desposesión y el despertar? La desposesión es algo así como una especie de expropiación total de sí mismo por sí mismo, bajo la influencia permanente de la gracia divina y viene a constituir el núcleo central de la espiritualidad cristiana.

Hablar de desposesión, incluso dentro del mundo de la cristiandad contemporánea, no deja de ser extraño ante la vivencia de un cristianismo desnaturalizado y desviado en muchos aspectos como el que se vive en la actualidad. En

efecto, hoy en día se vive, en determinados ámbitos del marco eclesial, como algo “normal” compaginar vida cristiana con abundancia de bienes materiales. La conocida como “teología de la prosperidad”, tan extendida en especial en el mundo evangélico/protestante, preconiza la asunción de la prosperidad material como santo y seña de prosperidad espiritual. Los “nuevos apóstoles” de esta corriente teológica enfatizan en sus alocuciones, de manera insistente, cómo recibir “bendiciones espirituales” por medio de las posesiones materiales. Verdaderamente alucinante, pero cierto. Aparte de la tremenda ignorancia de estos enfoques, que tanto desvirtúan el verdadero mensaje evangélico, está la gran desfachatez con que se anuncian tales “beneficios espirituales”. Y lo peor es que muchos incautos se ven atrapados en estos comportamientos sectarios y desnaturalizados. En fin...

La *desposesión* de la que hablaba **Mounier** significa no tener apego por lo material. El ideal de la vida cristiana auténtica viene marcada por aquellas sabias palabras del gran santo de la cristiandad del *Siglo de Oro* de las letras castellanas que fue **san Juan de la Cruz**, cuando en uno de sus más célebres poemas recitaba —y que recoge **Mounier** en su *Manifiesto*, como gran lector y amante de la literatura española que fue—:

*Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.*

*Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.*

*Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.*

*Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.*

*Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al todo.*

*Para venir del todo al todo,
has de dejarte del todo en todo.*

*Y cuando lo vengas del todo a tener,
has de tenerlo sin querer nada.*

San Juan de la Cruz, el *profeta de la Nada*, como se le conoce, viene a retratar de manera exquisita la realidad de una vida auténticamente cristiana. *Desposesión* significa, en última instancia, llenarse de la presencia de Dios, abandonarse a Él y a su Providencia e implica, asimismo, como bien apuntaba **Mounier**, tener plena disponibilidad y entrega a Él. Es también esa entrega de la que ya hablaba el mismo **san Pablo** en el Nuevo Testamento de “no teniendo nada y poseyéndolo todo” (2ª Corintios 6:10).



Del tener al ser

Desde el momento en que transforma el Ser vivo en un dato inerte que coloco y expongo frente a mí como una cosa despiritualizada o desvitalizada, exteriormente captable e inventariable, y, por tanto, a mi disposición, manipulante y regulable por mí, en ese momento salgo del reino luminoso del Ser y me coloco, mediante un acto responsable de abandono espiritual, en el reino ciego del Tener.

*Nihil habentes et omnia possidentes. Pág. 248.
(Manifiesto al servicio del Personalismo). E. Mounier*

No cabe la menor duda que tratar de vivir la experiencia de la vida cristiana supone todo un reto en los tiempos modernos. Entre otras razones porque es cuestión de descontextualizar una vivencia original y, ciertamente, arcaica, y contextualizarla en la realidad del mundo moderno, tan distinto y dispar del entorno en el que se vivió el cristianismo primitivo. Es por eso que la literalidad de los textos llevada hasta sus últimas consecuencias induce a toda una serie de sinsentidos que no conducen a ninguna parte. Nos planteamos entonces cómo vivir —si es que cabe hablar de auténtica vivencia cristiana— la realidad de una vida cristiana contextualizada a los tiempos que corren. La respuesta, obviamente, no es nada fácil. Incluso nos podríamos plantear si tal pretensión no es ilusoria.

Mounier, en su análisis del cristianismo desde una

vertiente personalista, llega a la conclusión de que tan solo desde el trasvase del *tener* al *ser* se puede, en verdad, llevar una vida en consonancia con los valores que transmite el *Evangelio*. No cabe, para él, otra alternativa posible. Quizá nos pudiera parecer excesiva la apreciación del filósofo francés, pero, creo que no va descaminado. Y razones daremos para ello en este capítulo que hemos ahora iniciado.

Cuando **Mounier** habla de la “expansión” de la persona lo hace para referirse al deseo explícito de oposición a los endurecimientos sórdidos, como él dice, del mundo moderno. Pero, ¿a qué se puede referir con esto? Lo explica en el mismo capítulo del *Manifiesto* cuando viene a decir que al estar “protegido” por sus posesiones materiales, la persona se impermeabiliza ante la gracia divina que se le ofrece. Es decir, que es tal el apego que tiene a lo material que la gracia divina, o la rechaza sin más, o bien la supedita a un segundo plano. Es en este segundo caso o supuesto que pretende conciliar el aferrarse a lo material y, al mismo tiempo, a lo espiritual. Cosa realmente imposible a la luz del mismo *Evangelio*. En realidad este es el drama que vive el hombre de fe moderno. Y muchas veces de manera imperceptible para él mismo. Por eso vive desde la búsqueda de su reputación del ser, pero tan solo es algo aparente y no real y verdadero. Hemos de tomar conciencia que el sistema capitalista actual en el que estamos inmersos no facilita en absoluto el poder gozar de una vida cristiana auténtica. Más bien todo lo contrario: es un obstáculo casi insalvable. Por eso **Mounier** hablaba de un cristianismo que apenas tiene nada que ver con el sentir original del mismo. Y es que parece que todo está confabulado para impedir la realización plena de una vida cristiana en plenitud: sistema capitalista deshumanizante y alienante, corrientes democráticas

que son más aparentes que reales, tiranías en forma de trabajo deshumanizante con salarios de miseria, corrupciones de todo tipo, búsqueda desesperada de dinero con tal de vivir en un *status* de comodidad y abundancia material, etc. Todo esto y mucho más ha contribuido a desestabilizar la vivencia de un cristianismo auténtico, donde lo espiritual sea el denominador común. Y por si fuera poco, la moderna presentación de un “Evangelio de la prosperidad”, predicado y anunciado por determinados sectores del protestantismo más fundamentalista que pronostican “abundancia de bienes” para aquellos que “fían” plenamente en el Señor y aportan religiosamente su contribución económica a estas organizaciones eclesiales en la espera de conseguir los tan ansiados “bienes”. Y ante esta situación está la tentación de pensar, decía **Gabriel Marcel**, que no tener ya nada es sinónimo de no ser nada. Y esta es, por desgracia, la imagen que ofrece un cristianismo desvitalizado ante su fracaso social. Sin embargo, sigue diciendo **Mounier**, el Ser absoluto se define como el que es, completamente, y no tiene nada. *Sum cui sum* (soy el que soy), recuerdan los teólogos latinos para referirse al Creador, en alusión a la definición que Dios hace de sí mismo a **Moisés** en la alegoría bíblica de la zarza ardiente (Éxodo 3).

En el capítulo IV del *Manifiesto*, hablando de una economía para la persona, **Mounier** realiza todo un ejercicio de clarividencia cuando afirma que “*la exorbitante importancia que hoy posee el problema económico en las preocupaciones de todos es signo de una enfermedad social. El organismo económico ha proliferado bruscamente a finales del siglo XVIII y, como un cáncer, ha cambiado o ahogado el resto del organismo humano*” (...). (*Una economía para la persona. Manifiesto...*, pág. 131). Pero lo peor de todo, puntualiza

también el filósofo francés, es que incluso los mismos críticos han considerado este estado como normal dentro del proceso evolutivo social. La soberanía de la economía es, ciertamente, un hecho incontestable a nivel social, lo cual no quiere decir que sea lo deseable. Más bien todo lo contrario. La historia moderna se sustenta sobre los falsos pilares de una economía despiadada y esclavizante para las sociedades tildadas de capitalistas. Este acontecimiento (que **Mounier** califica de accidente histórico) ha afectado de manera tan maligna a las sociedades modernas que la persona, a nivel individual, se ha visto, lógicamente, envuelta en esta situación. El desorden provocado es de tal calibre que ha terminado por afectar la dimensión espiritual de lo humano, distorsionándola. Es evidente que existe una clara interferencia de lo económico con lo espiritual. Y quien lleva todas las de ganar es, obviamente, la cuestión económica. La cuna de todo este malévolo proceso arranca ya del individualismo e idealismo social del siglo XVIII. El desorden ocasionado por este sistema capitalista despiadado es una amenaza constante para la integridad de la persona ya que conduce, como decía **Mounier**, al individualismo más exacerbado. Para los defensores de la moral individual se trata de asumir las estructuras sociales como “buenas” o “malas” simplemente. Pero lo que está en juego es algo más que un simple compromiso moral por muy importante que este sea. Y es que este planteamiento de carácter exclusivamente moralista conduce a dos posicionamientos encontrados, que antagonizan entre ellos: el discurso moral que eleva la raíz verdadera del problema hasta erradicarle sus servidumbres al sistema o bien una cierta sensibilización ante el desorden establecido intentando aislar el problema social por medio de una especie de reino moral que trate de solventar la embarazosa situación. Pero, como decía antes, creo (y en esto

coincido también con el pensamiento de **Mounier**) que el problema es más de fondo. El problema no es tan solo de carácter moral. Existe un claro componente espiritual en el mismo. Con actitudes morales (por muy loables que sean estas) no se cambia un sistema anquilosado en su propia inercia. Se requiere un proceso distinto, interior, renovador, que sea capaz de transformar al individuo desde dentro. Y esto es lo que propone el *personalismo* de carácter cristiano. Ante el “desorden” en el que vive inmerso el hombre de la posmodernidad se impone un plan de acción sólidamente estructurado. Y este plan de acción, para la persona que sigue el cristianismo y está involucrada moralmente con esta forma de entender la vida desde las pautas que traza el *Evangelio*, consiste, ni más ni menos, que ser coherente con la esencia misma que proponen las enseñanzas evangélicas. Hay que saber discernir, como decía **Mounier**, los problemas que genera una vida desconectada de todo entorno espiritual por más que esté sustentada, al menos aparentemente, en un pseudomoralismo totalmente ineficaz para la persona. El mundo de la cristiandad actual se sustenta más en las apariencias que en otra cosa. Mientras unos discuten con otros sobre cuestiones teológicas, generalmente de poca o escasa enjundia, el cristianismo subyace víctima de la intolerancia e incomprensión de unos y la desilusión y el desencanto de otros. Los fundamentalismos religiosos de distinto tipo terminan por asfixiar todo intento de creatividad espiritual en un amago de religiosidad más aparente que real.

Pero, si el fundamentalismo religioso es un enemigo directo de la espiritualidad auténtica, el sistema socio-económico que mueve y sustenta el mundo moderno y posmoderno, el capitalismo, es una pesada losa difícil de

sobrellevar. **Mounier** considera (al igual que **Max Weber**) que fue el capitalismo subyacente a una realidad religiosa como la que desencadenó la Reforma protestante la que originó, paradójicamente, el conocido como *mito del anticapitalismo* allá por el año 1930. Existen variadas formas de anticapitalismo: la oposición artesanal de los gremios, la mística de un nuevo feudalismo desfasado en el tiempo, un cierto anticapitalismo bucólico que acuñaría el poeta y académico francés **Georges Duhamel**, y, en fin, otras variantes de anticapitalismo más reales en el mundo actual, como el anticapitalismo de los que se sienten dominados por el sistema (pequeños comerciantes, pequeños industriales, etc.), pero que aún en contra de su voluntad viven dentro del sistema capitalista y consumista actual. Pero existe también otro tipo de anticapitalismo: el de los especuladores y el de los ahorradores, así como el anticapitalismo de los industriales contra el de los financieros. En fin... Y son estas luchas intestinas entre los que integran el sistema y los que se oponen a él (y que curiosamente en muchas ocasiones viven de él), las que terminan por ahogar las inquietudes espirituales de los individuos. **Mounier** hablaría también de otras formas de capitalismo y anticapitalismo más sutiles como, por ejemplo, ciertas formas de oposición al capitalismo que proponen determinadas soluciones económicas que incidan directamente sobre la colectividad, contribuyendo a modificar el sistema económico en el que se sustenta el capitalismo. Y aquí entraríamos de lleno en proposiciones de carácter político que fuesen capaces de cambiar o modificar el sistema capitalista. Particularmente no creo, a estas alturas, que ningún sistema revolucionario sea ya capaz de cambiar nada. Intentos ha habido en la historia reciente (el sistema comunista ha sido uno de ellos) y nada ha cambiado hasta ahora. Y posiblemente nada cambiará. El sistema capitalista reinante no

conoce ni límites ni fronteras. Ni las alertas del ecologismo que habla del peligro potencial en el que está el planeta como consecuencia de un desarrollo tecnológico desmesurado e incontrolado, movido exclusivamente por intereses económicos, ni las tremendas desigualdades sociales y económicas en las que vive la Humanidad parecen incomodar al sistema actual. Y entretanto el sistema nos está abocando al precipicio, según consideran muchos analistas. Nada, absolutamente nada, parece detener a un sistema que si bien ha generado riqueza en el mundo, la misma está mal distribuida, y así mientras unos pocos, sirviéndose del sistema, nadan en la abundancia, otros muchos carecen de lo básico para vivir dignamente, y, en fin, muchos más que viven en el umbral de la pobreza. Son las incongruencias de un sistema que, en su origen, está desviado y cuyos antecedentes, están, aunque supuestamente no todos (según los análisis efectuados por **Weber** y otros analistas especializados, como el maestro **Péguy**, **Mounier** y **Maritain**, entre otros consumados personalistas), en una forma de entender la religiosidad aplicada a lo social, tal y como lo propuso la Reforma protestante. Conviene saber que la Reforma religiosa iniciada en el siglo XVI no solo dio origen al establecimiento de nuevas organizaciones eclesiásticas, con sus nuevas ordenanzas, sino que también supuso el inicio de una forma nueva de entender e interpretar el fenómeno social. Incluso siendo uno observador imparcial de los acontecimientos históricos no se puede obviar la influencia que la Reforma tuvo en los acontecimientos políticos y sociales de la época, los cuales dejaron su impronta, tanto en lo positivo como en lo negativo. Otra cuestión fue el cisma que originó dentro del estamento eclesial, del cual muchos protestantes se ufanan sin conocimiento de causa. El cisma tuvo unas consecuencias catastróficas para la vida de la Iglesia en su conjunto, de esto no

cabe la menor duda. No reconocerlo sería dejarse llevar por un apasionamiento sin mayor sentido. La finalidad última de la Iglesia es la de mantener la unidad del pueblo de Dios. Además de conducir a las almas por el camino del bien y de la salvación, la *Iglesia de Jesucristo* ha de mantener la unidad, la uniformidad, aun dentro de la diversidad. Una cosa no impide la otra. No entender esto es lo que ha generado todo tipo de intransigencias e intolerancias, y no solamente en lo religioso, sino también en lo político y social. Los fundamentalismos modernos son secuelas de la intolerancia religiosa.

Pero, ante la situación social en la que nos encontramos en la posmodernidad, donde el *tener* priva sobre el *ser*, ¿qué rol podría desempeñar una visión personalista y cristiana de la existencia?

En primer lugar conviene matizar que reconociendo que el sistema capitalista que **Mounier** conoció y denunció por inmoral y del cual la posmodernidad en la que estamos inmersos participa sin mayores escrúpulos, no podemos dejar de ver y analizar las consecuencias nefastas que este sistema (tan elogiado por unos y denostado por otros) trajo al mundo actual. Y hemos de percatarnos de que el mundo de la cristiandad actual bebe también en las mismas fuentes que lo hace el sistema capitalista en el mundo occidental desarrollado. Y lo hace, al menos aparentemente, sin pestañear lo más mínimo. Si el sistema capitalista se opone frontalmente a la dignidad de la persona, como analizó **Mounier**, entonces, ¿qué sentido tiene una vida



tildada de cristiana dentro del sistema en el que vive y subsiste? Quizá no tengamos una respuesta clara al respecto. Varias encíclicas papales ya denunciaron el potencial riesgo del capitalismo. Y pensadores cristianos, además de los personalistas como **Mounier**, denunciaron también las maldades del sistema y los riesgos de convivencia con el cristianismo. ¿Qué hacer entonces? Pienso que tan solo ser honestos con nuestros principios y tratar de vivir con dignidad las enseñanzas del *Evangelio* en la lucha por un mundo más humano y fraterno, donde las desigualdades que vivimos actualmente encuentren difícil aposento. Es por eso que la Iglesia ha de ser fiel a los principios éticos y espirituales de su fundador, **Jesús de Nazaret**, y tratar de aplicarlos en el mundo actual, más allá de literalismos de carácter doctrinario que carecerían de total sentido en el entorno actual en el que vivimos. Si algo le da sentido a este mundo en el que vivimos y nos movemos debería ser la lucha pacífica por una sociedad más justa y equitativa, y esto conlleva, necesariamente, implicaciones políticas que se ajusten a las verdades evangélicas. Con esto no queremos decir que un cristiano deba necesariamente tener filiación política. En absoluto. Pero sí que tenga una visión y un compromiso social con el mundo en el que vive y el afán por transformarlo con las armas que le otorgan sus creencias, que no han de ser otras que el *compromiso* y la acción dirigidos hacia la renovación social. Empresa nada fácil, por cierto.

En efecto, *transformar* el mundo significa primero transformarse uno interiormente. En esto radica la filosofía personalista en general y la cristiana en particular. No podemos ni tan siquiera intentar luchar por un mundo mejor si antes no mejoramos cada uno interiormente. Todo radica, efectivamente,

en la *conversión* interior, sin la cual nada tendría sentido. Y esto es posible que no lo hayan interpretado bien las distintas iglesias o comunidades eclesiales, afanadas como están en ganar fieles a su causa, la de cada iglesia en particular. Con estas expectativas en poco o más bien nada se cambiará la situación social. Esta situación ya fue denunciada por ese excelente teólogo jesuita español, **José M^a Castillo** (Granada, 1929), de ideas cercanas a la *Teología de la Liberación*, cuando hablaba de la doble moral eclesiástica, que por una parte es implacable con el sexto mandamiento y por otra es tolerante con el sistema capitalista, entronizador del dinero. Como bien puntualiza en su excelente libro de pensamiento cristiano *La humanidad de Dios* (Edt. Trotta, Madrid. 2012, pág. 79), el proyecto cristiano no consiste en ser un proyecto de divinización, sino, más bien, de humanización. La visión personalista de **Mounier** apunta también en esa misma dirección: acercar el *Evangelio* y sus buenas nuevas presentando a un **Jesús** más humano, más cercano al dolor y sufrimiento humanos, comulgante con los más pobres y desheredados y comprometiéndose moral y espiritualmente con su causa. Y es por eso que la filosofía personalista (y no ya simplemente la de signo cristiano) se caracteriza por el *compromiso* y la *acción* hacia toda situación de injusticia.

Se ha tildado, y con razón, al *personalismo* como una ideología progresista. Pero, el progresismo no garantiza un sistema más justo e igualatorio. Como argumenta **Mounier** en el *Manifiesto* “*el hombre no está automáticamente purificado por el progreso de la civilización material, sino que se sirve de él según su doble naturaleza, y según las condiciones sociales que tolera, para el bien y para el mal*” (*Manifiesto... Una economía para la persona. Pág.137*). Es decir, que progreso y

avance tecnológico no garantizan necesariamente un sistema social más justo e igualitario, como el que reclaman las democracias modernas. El desarrollo tecnológico ha de estar siempre al servicio de la persona y no al revés. De lo contrario se produce el tan temido proceso alienatorio, que ya de manera sarcástica parodiaría el genial **Charles Chaplin**, el gran cineasta cómico británico, en aquel excelente largometraje (*Tiempos Modernos*) que él dirigió e interpretó de manera magistral en 1936, en plena efervescencia de dominio industrial y tecnológico. En un sistema marcadamente dominado por el materialismo al que conduce una tecnocracia despersonalizada, es la persona precisamente la que sufre las consecuencias directas del sistema. En realidad, la tecnocracia es una forma o variante de idolatría moderna. Pero, el reproche no ha de dirigirse hacia la tecnología en sí, como bien continúa **Mounier** en su análisis, porque *“lo que es preciso reprochar a la civilización técnica, por tanto, no es el ser inhumana en sí, sino el hecho de no estar aún humanizada y de servir a un régimen inhumano”* (*Ibidem. Pág.137*). Confundir lo concreto, como es lo tecnológico, con lo sensible, conduciría a una negación misma de la persona. Pero ya no solamente es esto, sino que también, puntualiza el pensador de Grenoble, conduciría igualmente a una forma de idolatría muy común en el mundo moderno y posmoderno: el entronizamiento de lo tecnológico y material. Y es ahí donde el *tener* se convierte en pasión en detrimento del *ser*. Pero la raíz del problema no está propiamente en la tecnología, sino en ser esta servidora exclusiva de un sistema alienante y manipulador que da prioridad al tener sobre el ser. La tecnología no deja de ser un instrumento, muy útil y eficaz, cuando se pone al servicio de la persona. En realidad es el sistema capitalista reinante quien dirige los entresijos sociales el que ha viciado la situación.

Según **Mounier**, las críticas que de ordinario se dirigen a la tecnología sería preciso dirigirlas hacia una organización de trabajo sometida al capitalismo más despiadado. **Mounier** recoge aquella célebre frase de **Taylor** cuando decía: *“No se os pide que penséis, para eso hay aquí otros que están pagados por ello”*. El hombre de nuestro tiempo está acostumbrado a establecer una restricción, una limitación, de lo real con lo sensible, supeditando de este modo el valor a la utilidad; la inteligencia a la productividad; la acción a la táctica especulativa, etc. Con esto lo que consigue es la hipertrofia de sus capacidades sensibles. Pero esto, en realidad, es la visión del mundo capitalista actual. La clave de todo estaría, como bien analizó **Mounier**, en que la persona debería ir por delante del progreso tecnológico y no al revés. El capitalismo reinante no debería bajo ningún concepto organizar la vida económica de la persona, sino ser esta quien establezca sus pautas de actuación. De lo que se trata es de reencauzar un sistema que está mal confeccionado en la base y que si bien genera riqueza, esta, generalmente, está muy mal distribuida. De ahí que hablemos del sistema capitalista como un sistema socialmente injusto, que crea tremendas desigualdades entre los seres humanos. El sistema en sí es tachado por **Mounier** de subversivo en el orden económico. Y es aquí donde está el meollo del problema que genera el capitalismo: *su planteamiento económico tiende a estructurarse y organizarse fuera de la dimensión personal, con un único y exclusivo fin, que es la ganancia*. Lo que llamamos el *ser* queda fuera de sus esquemas. En realidad no cuenta para nada. Su fin único es la productividad. Por eso **Mounier** habla de economía subvertida para referirse a la economía capitalista, en la que la persona está sometida al consumo y este, a su vez, a la productividad y a la ganancia especulativa.

Sin embargo, una economía de corte personalista se encarga de regular convenientemente la ganancia y el consumo, el cual se acomodará a las necesidades reales. En todo caso, la persona es la que debe dominar el sistema y no al revés.

Si en el sistema capitalista occidental del mundo actual priva el *tener* sobre el *ser*, la visión personalista, como podemos deducir, es al revés. El *tener* (y tener solo lo necesario y suficiente para el desenvolvimiento en la vida diaria) debe estar supeditado plenamente al *ser*, con todas sus capacidades y potencialidades. Máxime en una visión cristiana del *personalismo* donde deben imperar los valores promulgados por el mismo: desprendimiento, falta de apego a lo material, primacía de lo espiritual, etc. Dentro de la antropología cristiana no caben escisiones o separaciones entre lo individual y lo personal, entre individuo y persona. Eso es una perversión del idealismo que secciona a la persona misma en dos partes bien diferenciadas. Por una parte, la individual, para hacer referencia a todo lo mundano y temporal, y por otra la personal, con sus carga de trascendencia y eternidad. Pero esta dualidad no deja de ser falsa y equívoca. La persona ha de verse en su dimensión integral. La persona es una unidad dividida en tres partes diferenciadas: *soma* o cuerpo, *psique* o alma y *pneuma* o espíritu. Pero las tres forman una unidad integral. Es cierto, por otra parte, que se habla de “*hombre animal*” y “*hombre espiritual*”, en la terminología de **san Pablo**, como si existiese una dualidad en la persona (1^a Corintios, 2:14-15; Rom. 8:9; Gálatas 6:1). Pero no hemos de ver esa diferenciación como una dualidad existente en el ser humano. La alegoría que emplea el *Apóstol* más bien era para referirse a esa transformación necesaria de una mente carnal a una mente espiritual, y ello por medio del proceso de la *conversión*. Esa transformación interior implica lo que san Agustín denominaba en latín “*solidabor in*

te, Deus meus”, esto es, “a ti me soldaré interiormente, Dios mío”. Ese sentido de unidad interior es lo que luego asentaría en el mismo cuerpo que es la Iglesia o comunidad de fieles creyentes y que fue rota en innumerables ocasiones a lo largo de la Historia de la Iglesia, pero de manera más determinante a raíz de la Reforma. La verdadera transformación del tener al ser se produce cuando se es consciente de la condición humana, de la situación real en que esta se encuentra. De lo contrario no se avanzaría en ese proceso transformador necesario para ennoblecer a la persona. Cuando nuestro ser, con todas sus capacidades y potencialidades, es capaz de sintonizar con el Ser supremo, entonces se produce esa “transformación” de la que hablamos y que en el vocablo evangélico se denomina *conversión*. Esta transformación implica, del mismo modo, una creación nueva, una persona nueva a la luz del nuevo *ser*. **Paul Tillich** (1886-1965), el gran teólogo y filósofo protestante, hablaría, para referirse a este acontecer, de un “nuevo estado de cosas”, de una nueva realidad, que es, en suma, lo que conlleva el cristianismo. El cristianismo, sigue diciendo **Tillich**, es el mensaje de la *nueva creación*, del Nuevo Ser (*El Nuevo Ser*, Ediciones Ariel. Pág. 24).

LA CONDICIÓN HUMANA

En el capítulo VII del *Manifiesto* (pág. 277) **Mounier** se pregunta si el *personalismo cristiano* ha de reducirse a un mero quijotismo, a un iluminismo al estilo de antiguas sectas con este sello. **Mounier**, pese a su temperamento apasionado, nunca se ha dejado llevar por entusiasmos engañosos que no conducían a nada efectivo. Consideraba que el *personalismo* como tal es algo en continua expansión ya que de lo contrario carecería de valor y significación. Ya comentaba yo en otro capítulo anterior

que el que crea que el *personalismo* está formado por un *corpus* de creencias se equivoca por completo. Como movimiento filosófico que es tiene una base sustentatoria en sus planteamientos, pero luego se ofrece a la especulación y a la creatividad. El *personalismo* no es ni será nunca, algo estático e inamovible en sus planteamientos. Si partimos del presupuesto de que la persona es un *ente* en permanente extensión y expansión, como decía, entonces no cabe hablar de inmovilismo en los planteamientos personalistas. Sin embargo, la persona debe ser plenamente conocedora de su propia *condición humana* que la posiciona convenientemente en el mundo, en el entorno en el que vive y se mueve. Ahora bien, podríamos plantearnos la condición de absoluto en la persona. ¿Es la persona un ser absoluto?, se planteaba el filósofo francés. Y consideraba que sí, que por la voluntad creadora de Dios, por su perfección y su modelo ontológico, la persona es un ser absoluto. Pero, a la vez, es un ser llamado a realizarse en el tiempo. Si existe un proceso biológico que culmina en su madurez, en el plano existencial ocurre algo parecido. Los humanos no somos seres acabados. Más bien todo lo contrario. Estamos en permanente proceso de expansión y de inacabamiento permanente. En el mundo de las ideas debería ocurrir otro tanto. Y digo *debería* porque en muchos casos no sucede así. En las mentalidades de corte integrista y fundamentalista no existe, lamentablemente, tal proceso de expansión, de creatividad. Pero esto es, a mi juicio, un problema estructural que va más allá de las ideologías. Es, básicamente, un problema de mentalidad y que en su momento abordaremos convenientemente en otro ensayo.

Pero, abundando en la trascendental importancia de la condición de *absoluto* en la persona, tendríamos que matizar y conceptualizar algunas cuestiones al respecto.

Como sabemos, en filosofía lo absoluto se opone a lo relativo. Mientras que lo relativo hace alusión a algo que lleva el sello de lo limitado y que, consecuentemente, está condicionado por algo, en cambio, lo absoluto implica aquello que existe por sí y que es incondicionado. Cuando hablamos de lo absoluto en el ser humano lo hacemos en virtud de su capacidad de plenitud potencial. Como decía, la persona está llamada a la expansión y a la creatividad en su pensamiento y en su capacidad intelectual. Por lo tanto, nacemos con capacidad de alcanzar la plenitud en el transcurso de nuestra aventura existencial. Otra cuestión es que se alcance o no la plenitud, donde intervienen, en ocasiones, una serie de condicionantes, generalmente de carácter mental, que imposibilitan el logro de la plenitud. Pero esto sería otra historia. Sintiendo pues la necesidad de alcanzar el desarrollo pleno de nuestras capacidades facultativas es por eso que podemos asentir que el ser humano, como persona, es un ser ontológicamente absoluto. Y lo absoluto está en estrecha conexión con lo *trascendente*. Y esto, desde una visión de la antropología cristiana, implica una elección libre de las condiciones de carácter empírico de la persona. **Mounier** considera que el pensamiento cristiano no es monolítico. Y, la verdad que acierta de pleno. Una prueba de esto son las distintas teologías existentes. Tenemos, por ejemplo, la escuela teológica de los Padres de la Iglesia; la escuela agustiniana; la suareziana, de corriente escolástica; la tomista, con la que la escolástica llegó a su máxima expresión, etc. Modernamente, dentro del mundo católico, tenemos como una de las figuras más destacadas a **Hans Küng**, el controvertido teólogo progresista y que tanta controversia tuvo en los últimos tiempos con los planteamientos teológicos de **Joseph Ratzinger** Con el advenimiento de la Reforma religiosa del siglo XVI pronto

surgieron, igualmente nuevas tendencias teológicas, hasta culminar con la teología modernista de hombres de la talla de **Karl Barth**, **Paul Tillich**, **Karl Bultmann**, **Dietrich Bonhoeffer** y **Oscar Cullmann**, máximo representante este último del ecumenismo reformado en diálogo con el catolicismo. Y tendríamos que añadir más recientemente las distintas teologías (y sus posteriores interpretaciones) de la conocida como Teología de la Liberación que tanto impactó en América Latina, principalmente. En fin, todo un amplio abanico de interpretaciones teológicas acerca de lo divino y su trascendencia. Unas escuelas teológicas son más abiertas y progresistas que otras, como no podía ser de otra manera. En cualquier caso suponen, a mi juicio, una expresión de la extremada complejidad que conlleva el mundo de las creencias religiosas. Si abundantes son las tendencias dentro del ámbito de la filosofía, el mundo de la teología no se queda atrás, ciertamente. Esto implica que lo *absoluto* y *trascendente* que hay en el ser humano, en la persona, no es insustancial ni mucho menos.

La filosofía personalista, en sus distintas variantes, es optimista por naturaleza. Está en las antípodas, pues, de determinados esquemas teológicos como los planteados por el luteranismo, por ejemplo, con su pesimismo recalcitrante. La condición humana no es tan negativa como la pintan el luteranismo en su interpretación del cristianismo, tratando de justificar así el autoritarismo político, o la filosofía pesimista de **Hobbes**. Es cierto que el mal y el pecado, con frecuencia, acechan la condición humana, pero esta es una situación salvable. También está el polo opuesto, el de aquellos que creen que ignorando el pecado se preserva así la condición humana. Destilan un optimismo desmesurado contrario también a los

designios que traza el cristianismo. Sería **Condorcet** (1743-1794), científico, filósofo y politólogo francés, uno de los hombres más versados en el conocimiento en la época de la *Ilustración* francesa y que **Voltaire** le llamaría “filósofo universal”, quien mejor encarnaría ese espíritu excesivamente optimista sobre la condición humana. Pienso que ni el pesimismo más obsoleto ni el desmesurado optimismo acerca de la condición humana son muy objetivos sobre la realidad que envuelve al ser humano. Ese maniqueísmo dicotómico tan extendido en el mundo de la cristiandad no me parece nada objetivo. Es cierto que el ser humano puede estar cerca de ser ángel o caer en lo más vil y ruin de su condición humana. Pero, sea cual fuere su situación, esta se puede modificar, transformar y regenerar, en este último caso, para bien. El ser humano es cambiante por naturaleza. La misma biología humana es cambiante, pasando por distintos estadios desde el nacimiento hasta la muerte. La vida misma es permanente cambio y renovación constante. Sin embargo, algo en lo que el ser humano puede estancarse y anquilosarse es en lo concerniente al mundo de las ideas y del pensamiento, para su desgracia. Y este anquilosamiento en el mundo de las ideas es verdaderamente nefasto para su evolución intelectual. Y esto ocurre con frecuencia en el mundo religioso. El fundamentalismo e integrismo religiosos llevan esta impronta del estancamiento espiritual e ideológico. No cambian, no evolucionan, no avanzan en sus indagaciones teológicas o espirituales. Permanecen imperturbables con el paso del tiempo. El mundo de lo espiritual languidece a causa de estas posturas retrógradas e involucionistas.

Una de las cuestiones fundamentales en el análisis del fenómeno de lo religioso sería, a mi entender, el hacer buen uso

de la reflexión religiosa. Autores de la talla intelectual de **Kierkegaard**, **Heidegger**, **Jaspers** o **Frankl** son buen ejemplo de ello. Las posturas apasionadas en el mundo de lo religioso no son buenas consejeras. Y **Mounier** aconseja el análisis y la reflexión, que él define como ontológica, para poner límite a la expresión indefinida de la persona. El personalismo, desde su visión cristiana, pretende asentar lo espiritual de la persona en el orden temporal. Pero, ¿qué quiere decir esto? Pues, lisa y llanamente, que siendo la criatura humana consciente de su dimensión espiritual, debe saber implementar esta en su vivencia temporal. La persona vive en un entorno espacio-temporal que puede condicionar su existencia, en medio de situaciones variables y circunstanciales, que diría **Ortega y Gasset**, en su concepción filosófica que se denominaría *raciovitalismo*, y debe, en estas circunstancias temporales, saber adaptarse a las mismas. El *personalismo cristiano* se sustenta en una visión moderadamente optimista del hombre, condicionado por el entorno en el que vive y se mueve y, a la vez, es capaz de elevarse por encima de situaciones complicadas de su existencia. La idea del *pecado original* está subyacente en la persona, pero no es mortificante sino que la incita a la superación de ese estado por medio de la *metanoia*, de la conversión, de una transformación profunda y sustancial.

Es así como en el enfoque de la teología y antropología cristianas, desde una óptica católica, **Mounier** divisa la verdadera dimensión de la condición humana, lejos del caótico pesimismo luterano y de la utópica visión de un optimismo desmesurado sobre la condición del hombre que visionaría **Condorcet**, como comentaba antes. Ambos enfoques antitéticos no se ajustan a la realidad existencial del ser humano como persona. Por eso la filosofía personalista de **Mounier** reniega

de ambos por considerarlas “aberraciones divergentes”, en su expresión (*Ibidem*, pág.280). Siendo objetivos con la realidad histórica de la Humanidad creo que no tienen justificación ambas posturas extremas. La interpretación histórica del luteranismo podría tener justificación dentro de un contexto histórico-social determinado, pero carente de la más mínima objetividad sobre la condición humana. Una visión tan negativista de esa condición creemos que no se ajusta a la verdadera dimensión que plantea la revelación sobre el ser humano. Pero todo esto, claro, es perfectamente discutible a nivel teológico. No obstante (y aquí creo que es donde está el exceso del luteranismo), no podemos evitar analizar la condición antropológica del ser humano. Y esta no parece tan pesimista. Es cierto que las páginas de la historia están llenas de sucesos lamentables, pero también conviene ver la otra cara de la moneda. Hay en la historia humana claros ejemplos de abnegación, de suprema bondad, de auténtica humanidad. Creo que hemos de ser equitativos a la hora de enjuiciar la *condición humana*. Y esta, ciertamente, no es tan negativa y pesimista como algunos enfoques teológicos y antropológicos nos la presentan. Sería un sesgo hablar de lo malo de la especie humana y no querer ver lo bueno que esta tiene. En fin... La criatura humana es dada, parece, a posicionamientos maniqueístas. Pero la realidad, cuando no aparece distorsionada por intereses de diversa índole, o simplemente por error sin más, siempre sale a la luz.



La educación en el personalismo

Abordamos este capítulo con el firme convencimiento de que la educación es uno de los pilares básicos de los planteamientos personalistas. Especialmente los pedagogos somos plenamente conscientes de la gran importancia que tiene en el devenir de una sociedad los esquemas educativos que se tengan.

En efecto, nadie pone en duda la importancia que los planteamientos educativos tienen en la vida social y familiar de los pueblos. Así ha sido siempre en las distintas civilizaciones y culturas habidas a lo largo de la historia. El verdadero progreso de los pueblos marcha parejo con la educación que los ciudadanos han recibido. El problema surge cuando la educación se convierte en un instrumento mediatizador y alienante a nivel ideológico, con las nefastas consecuencias que ello pudiera acarrear a los receptores del proceso educativo, es decir, a los educandos.

Los distintos planteamientos políticos e ideológicos son determinantes a la hora de marcar las pautas del proceso educativo. No es lo mismo un sistema político autoritario y dictatorial que un sistema democrático, obviamente, y en consecuencia los esquemas educativos a transmitir también serán distintos, como es lógico pensar. Mientras que en los esquemas autoritarios (como es el caso de los fascismos, o

del comunismo, por ejemplo) se impone un tipo de educación bajo las directrices de tal enfoque político (manipulación histórica, sesgos importantes sobre el desarrollo y evolución del propio nacionalismo, etc.) hasta el punto de caer en el adoctrinamiento desmedido que impone un seguimiento tal del sistema que condicionará inequívocamente el comportamiento de los educandos, que a fin de cuentas es el fin de los adoctrinamientos de carácter autoritario y dictatorial (como ha sido el caso de numerosos ejemplos a lo largo de la historia, algunos bien recientes todavía) y que dejan su impronta, su huella, en pueblos enteros sometidos a regímenes que ni respetan la libertad de expresión ni permiten la libre circulación de las ideas. Muchos de estos regímenes tenían también un indudable sustrato religioso, además de político.

Dentro del marco de la educación de carácter personalista, que es la que nos ocupa ahora, hay que decir, como bien argumentaba **Mounier**, que la misma ha de basarse en principios tan opuestos como la neutralidad impersonal y el dominio alienante de la colectividad (tan propios de los sistemas rígidos y autoritarios en este último caso y que el filósofo francés combatió ardorosamente desde las páginas de *Esprit*). **Mounier** consideraba que la educación y todo proceso educativo colindante no debe tener por finalidad condicionar al niño al conformismo de un medio social ni ser tampoco una doctrina de Estado (Manifiesto... *La educación de la persona, cap. I. Principios de una educación personalista, pág. 93*). Otra cuestión es la educación religiosa y a la que me referiré al final del capítulo.

Pero, podríamos plantearnos ya cuáles son los principios básicos de una educación personalista y la forma

de aplicarlos en el ámbito educativo, cuestión esta de gran importancia para los pedagogos que seguimos los esquemas educativos del *personalismo* y su filosofía.

En primer lugar tendríamos que referirnos a la adaptabilidad del individuo al proceso educativo personalista, cuestión esta de capital importancia. Para ello tendríamos que matizar algunas cuestiones que todos los pedagogos deberíamos plantearnos, tales como el escrupuloso respeto a la condición del educando para evitar caer así en el adoctrinamiento alienante y manipulador tan frecuente en distintos ámbitos educativos y en particular en el ámbito religioso, como analizaremos luego. Por ello todos los educadores (y en particular los educadores personalistas) deberíamos tener claro aquella premisa que **Mounier** de manera tan magistral esgrimió acerca del rol de la educación en la sociedad democrática: la educación no debe mirar en esencia ni al ciudadano, ni al profesional, ni al personaje social (*Íbidem*, pág. 93). Y es que, efectivamente, el fin de la educación no ha de ser el de hacer ciudadanos conscientes, buenos patriotas, ni tan siquiera buenos políticos. La misión y, por ende, la función básica de la educación, han de ser despertar la capacidad innata que todos los individuos tienen dentro y llevar a cabo ese proceso de transformación interior (*metanoia*, en el concepto de los antiguos filósofos griegos) que a modo de mayéutica, que diría **Sócrates**, de parto mental y alumbramiento interior, capacite el acceso a ser verdaderas personas, con todo un potencial por descubrir paso a paso. Este es el verdadero fin de la educación en última instancia.

Todo proceso educativo auténtico conlleva dos conceptos muy claros y que vienen definidos por los términos latinos *educare* y *educere*. El primero de ellos, el

término verbal *educare*, se traduce por “criar, alimentar, amamantar, guiar, conducir...”, haciendo alusión a todo proceso que contribuye a instruir en el camino del conocimiento. El segundo, *educere*, dentro de las distintas acepciones del término, se traduce, principalmente, por “extraer, sacar fuera”, en referencia a aprovechar todas las potencialidades que la persona atesora y que son innatas, es decir, propias de la persona misma. La conjugación de ambos términos da lugar a lo que los pedagogos y psicopedagogos denominamos técnicamente como un proceso de adecuación, de interacción entre el conocimiento recibido por parte de la instrucción y la asimilación personal del educando o receptor de la educación, del conocimiento adquirido. Ha de quedar claro que la educación es mucho más que un simple proceso instructivo por el que la persona adquiere unas determinadas habilidades que le capacitan para el desenvolvimiento de una actividad profesional. Se trata, más bien, de que cada uno sepa descubrir sus potencialidades y las desarrolle al máximo. Es en esta labor que el pedagogo ha de desempeñar una función directiva, pero nunca impositiva ni manipuladora. El pedagogo se convierte así en una especie de mediador del proceso educativo que permita el desarrollo de las capacidades de los educandos. El proceso requiere interacción entre el pedagogo y los educandos, sin la cual se desvirtuaría el mismo. Y es aquí donde cabe valorar en su justa medida el rol que la libertad individual juega en todo el entramado educativo.

Efectuadas estas matizaciones sobre el proceso y el contenido educativo apuntar ahora que el esquema en el que se mueve la educación personalista se fundamenta en el respeto a la libertad individual y de ideas, sin la cual no cabe hablar de un proceso educativo auténtico. Y aquí analizo ya una cuestión nada baladí cual es el adoctrinamiento que

conlleva en muchas ocasiones la educación despersonalizada y alienante que frecuentemente se imparte, en especial la educación religiosa.

En efecto, el adoctrinamiento implica, con relativa frecuencia, manipulación e intromisión ideológica que coarta, cuando menos, la libertad individual de los educandos o receptores del mensaje transmitido por el proceso educativo. De todas formas no se debe creer que toda forma de adoctrinamiento es necesariamente negativa, como argumentaría **Iván Illich** (1926-2002), el conocido pensador polifacético anarquista austriaco, partidario de la desescolarización de la sociedad, por considerar la educación, tal y como está concebida, como instrumento alienante y desestabilizador. Sus ideas claramente radicales sobre la educación abrieron en su día el debate social sobre la influencia negativa del adoctrinamiento en las aulas escolares. Leyendo *La sociedad desescolarizada* de **Illich** se tiene la impresión, ciertamente, de que todo es negativo en el proceso educativo social, y creo que tal afirmación es, cuando menos, excesiva. Sin llegar a este negativismo y pesimismo, el *personalismo* aboga por un sistema educativo (necesario, por otra parte, en todo esquema social democrático) sustentado, como bien afirma **Mounier**, en la *libertad* y en la *conversión interior*. Y es por ello que aboga por la *neutralidad* en el proceso educativo. Pero conviene matizar y aclarar esto de la neutralidad ya que podría dar lugar a equívocos.

Para algunos (como el caso de **Illich** y sus seguidores) *neutralidad* implica una ausencia y una abstención de la escuela en la vida pública. El *personalismo* rechaza tal opción por considerarla equivocada y además radicalmente opuesta a los intereses de la educación. La escuela se torna

necesaria como instrumento clave en la formación integral de los educandos. El problema estriba en saber ver qué tipo de escuela sería la ideal y qué esquemas educativos debería seguir. **Mounier** aboga por una escuela laica pese a su filiación católica. La educación religiosa debería circunscribirse al área familiar y eclesial. Y creo que este tipo de enfoque educativo es, además de correcto, el ideal.

El rol que juega la escuela es, en verdad, complicado, y más en los tiempos convulsos y cambiantes de las sociedades actuales. Ya no es solo el dilema de escuela laica o no. Se trata del rol, del papel que la escuela tiene en la vida de la persona en desarrollo y esto no es algo insustancial. Al estilo que implantaría **John Dewey** (1859-1952), el gran filósofo y pedagogo estadounidense, encuadrado dentro del pensamiento filosófico pragmatista y creador de la conocida como *Escuela Nueva* o *Pedagogía progresista*, **Mounier** considera que la escuela, desde la más tierna infancia, tiene como función básica y prioritaria enseñar a vivir y no expresamente la acumulación de conocimientos o saberes exactos o el desenvolvimiento de ciertas habilidades. La *Escuela Nueva* se centra en la consecución de unos valores que dignifiquen la condición de la persona en sí. La *Escuela Nueva* propuesta por **Dewey** y de la que participa también el *personalismo* es claramente antagónica a la escuela tradicional. Se centra principalmente en el autodescubrimiento por parte de los educandos de sus propias capacidades cognitivas, a modo de *meta-cognición*, que contribuyan a un desarrollo pleno e integral de todas sus potencialidades. La escuela se transforma así en una especie de “laboratorio”, de auténtico centro de desarrollo de facultades y capacidades individuales. La escuela se convierte de este modo en un aprendizaje continuo para la vida. Y es aquí donde la escuela, considera **Mounier**, ha de

ser neutral, ya que de lo contrario se convertiría en un instrumento político en busca de sus propios intereses que no son otros, en las sociedades consumistas de la actualidad, que “crear” individuos productivos que mantengan el sistema capitalista actual, carente, en buena medida, de valores éticos adecuados que dignifiquen la condición de la persona. En esto, como en tantas otras cosas, **Mounier** fue un adelantado y profeta de su tiempo.

Si entendemos que la escuela ha de ser neutral, más allá de cualquier condicionamiento de carácter político, entonces estaríamos hablando de una escuela abierta a todos, a todo el estamento social. Pero la cosa, entiendo, no es tan sencilla. Esto bien lo intuyó **Mounier** también. Si partimos de la neutralidad en el marco escolar

entonces podemos encontrarnos con el problema de que la escuela se va a mover en los vaivenes de una sociedad, que como la actual, se fija solamente en la productividad futura de los



educandos, en prepararles para una competitividad despiadada donde los mejores y más capacitados serán los privilegiados del sistema en detrimento de aquellos otros que no gocen de las mismas capacidades, instaurándose el germen de las desigualdades sociales. Es decir, que la sociedad será, en última instancia, la que marque y dirija las pautas de actuación de la escuela. Ya no es cuestión de un ordenamiento de carácter político, sino de seguir las pautas y los dictámenes de un patrón, de un esquema social, de signo claramente capitalista, como el actual en las sociedades consideradas desarrolladas, en detrimento de esas otras sociedades consideradas tercermundistas donde ni tan

siquiera la educación es un derecho y tan solo unos pocos “privilegiados” pueden acceder a ella. El problema central del sistema capitalista está en que es tremendamente desigualitario, y, en consecuencia, injusto. Por eso **Mounier** llega a afirmar que la práctica de la neutralidad en el ámbito de lo educativo se ve abocada a una serie de callejones sin salida, donde más allá de unos esquemas políticos determinados (sean estos progresistas o conservadores) se verá inducida a una especie de proselitismo de distinto signo, de carácter político o religioso incluso, llegando a hablarse, por ejemplo, de escuela pública o privada, burguesa o marxista..., o si es de signo religioso, católica, protestante, anglicana, etc... En resumidas cuentas, que la escuela se verá (y se ve) inmersa en un confusionismo social de tal calibre que los que salen peor parados son, obviamente, los educandos. Por todo ello, aquellos que nos movemos dentro del marco de la pedagogía de signo personalista no podemos admitir tal tipo de neutralidad. ¿Qué solución, pues, puede haber?

Entendemos, desde el esquema personalista, que la escuela ha de ser aséptica en cierta medida, pues de lo contrario estaría llamada a ser un centro de adoctrinamiento condicionador del comportamiento de los educandos. Como decía anteriormente, no todo adoctrinamiento es negativo, pero sí que es, cuando menos, condicionador de comportamientos y actitudes. Pudiéramos pensar, y con razón, que si tal condicionamiento tiene por finalidad inculcar buenos principios ético-morales y educar en valores, pues nada negativo supondría en el proceso educativo. Y es cierto. Es más, desde una óptica cristiana sería hasta deseable, podemos entender. Pero, la cuestión no es tan fácil de resolver. Y no lo es porque aquí entra en juego el sentido de la *libertad interior* y la *libre elección*. Desde la visión

personalista la *libertad interior* es sagrada y siempre debe prevalecer sobre otros valores, por muy dignos de consideración que sean estos. Uno de los fundamentos esenciales de la pedagogía personalista es la libertad de enseñanza y la libre elección del tipo de educación que uno quiera recibir. Es por eso que el mismo **Mounier** argumenta que una ciudad que tome como base fundamental la libertad de enseñanza no puede bajo ningún concepto encubrir o justificar, por ejemplo, la explotación del hombre por el hombre o la prevalencia del conformismo social, o ni tan siquiera la desigualdad moral en función de la raza, el sexo o la religión. Es por eso, sigue argumentando el filósofo francés, que no caben determinados tipos de neutralidad. Neutralidad de la escuela, sí, pero nunca a cualquier precio. No olvidemos que uno de los elementos básicos de la filosofía personalista es el *compromiso*. Compromiso ético con todo aquello que dignifique la justicia y la conducta humana. Desde una óptica personalista cristiana el enfoque ha de ser claro al respecto. Partiendo del hecho de que el creyente cristiano cree en una verdad holística, total, el concepto de libertad no debe dejarle indiferente. Antes bien debe percatarse de que es esa libertad individual la que le capacita para elegir y diversificar. Y me explico. El cristiano debe ser consciente de su vocación personal y de su compromiso con los valores morales que conlleva su creencia, pero, por otra parte, debe ser consciente también de que es portador de un mensaje salvador, en el sentido más pleno del término, y su deseo de compartir la “buena nueva” es, asimismo, determinante. Pero, al mismo tiempo, aun consciente de su misión y vocación en el mundo, debe ser respetuoso con otro tipo de creencias e incluso estar dispuesto a convivir con ellas. Este es, además, uno de los principios de todo buen ecumenismo religioso.

Cuando la escuela se ve libre de cualquier condicionamiento (incluso el de signo cristiano), entonces se puede hablar de escuela libre. Y es que ni tan siquiera la escuela pública garantiza tal libertad. Esta se puede ver condicionada por un profesorado de distintas ideologías políticas y religiosas y fácilmente se podría caer en la tentación del adoctrinamiento por uno u otro camino. Es por eso que decía que el problema de la educación en las sociedades pluralistas actuales es tan complejo. En fin...

Por otra parte, se puede caer también en lo que **Mounier** denominaba la “mística de la neutralidad”, consistente en una especie de deseo de liberar a la enseñanza de cualquier afirmación partidista o de proteger la verdad ante desviaciones polémicas, etc; es decir, un intento por eliminar todos los sectarismos y sus secuelas de la enseñanza. Pero esto, obviamente, es prácticamente inviable por el hecho, como comentaba antes, de que vivimos en una sociedad multicultural y pluralista. De todas formas bien merece la pena luchar contra todo partidismo o sectarismo que enturbie y entorpezca la libertad escolar y el derecho a la educación libre de condicionantes de cualquier tipo.

La educación es, como bien decía ese otro gran personalista que fue **Maritain**, un proceso de humanización, es decir un proceso de carácter progresivo tendente a la realización plena de los educandos. Pero el *humanismo* que propone **Maritain** (al igual que **Mounier**) tiene carácter integral, tendente a descubrir el sentido más pleno y más profundo de la dignidad humana. La educación se convierte así en el soporte clave para alcanzar tal realización. Mas de la misma manera que una educación bien encauzada, según los esquemas personalistas, puede conducir a este logro, en cambio, una desvirtuación sectaria de la misma terminaría

por arruinarla. De ahí la importancia que el *personalismo* concede a la pedagogía adecuada para la consecución de la realización plena de la persona, una pedagogía libre de todo condicionamiento y sectarismo tan comunes, por desgracia, en el mundo actual.

Por todo ello, la *educación personalista* exige acción concreta, honestidad en sus esquemas y planteamientos y, especialmente, compromiso. Pero es precisamente esto lo que conlleva riesgos y tentaciones, como decía **Mounier**. Y añade también en *El compromiso de la acción* que atravesando valientemente las contradicciones de la acción, necesitamos seguir una línea tendente a que la persona se realice plenamente. Y el vehículo ideal para alcanzar este logro es la educación, sin duda alguna. No en vano en todos los gobiernos, indistintamente del color político que tengan, el tema de la educación es cuestión prioritaria. Tanto en los regímenes autoritarios y dictatoriales como en los democráticos, la educación es un tema esencial que preocupa a los gobernantes. Y es que la educación, según el encauzamiento que se le dé, por medio del adoctrinamiento, puede llegar a dirigir los destinos de una nación, de un país.

Pero, si la educación laica mueve pasiones, no digamos la educación religiosa, donde las tradiciones desempeñan un rol determinante a la hora de establecer pautas de acción y en donde el adoctrinamiento de los distintos grupos religiosos juega un papel preponderante, como veremos. Sin embargo, esto lo analizaremos con precisión en el apartado que sigue al hablar de la educación religiosa.

Ahora, y para finalizar este apartado, analizamos el aspecto nada trivial de la educación del niño dentro del marco de la *pedagogía personalista* trazada por **Mounier**.

proceso de aprendizaje viene de las personas que acompañan al niño en su trayectoria, es decir, padres y tutores escolares, principalmente, como decía. Como bien puntualiza también **Mounier**, no es el Estado el forjador del carácter y del comportamiento del niño, puesto que no se inmiscuye en su vida personal como tal. Mientras el joven no alcance la mayoría de edad, su comunidad natural es la familia y la escuela. Por lo tanto, el *personalismo* rechaza todo monopolio estatal en el proceso de aprendizaje del niño. Otra cosa es que trace unas pautas orientativas para el encauzamiento del aprendizaje eficaz, pero, como digo, es a la familia y a la escuela a quienes compete, en conjunta armonía, la educación del niño. La función estatal sobre la educación ha de ser la de protector de la persona y, al mismo tiempo, como dice el filósofo francés, organizador del bien común (*Íbidem*, pág. 98).

El *personalismo* aboga por la creación de un estatuto pluralista para la escuela, el cual establezca que el Estado no tiene derecho de imponer de manera monopolizadora una doctrina y un sistema educativo concreto. De este modo cada familia espiritual de la hipotética “ciudad personalista”, que localice un número determinado de niños cuyos padres y tutores deseen un determinado tipo de educación, la obtengan. Al Estado le compete asegurar tal pretensión, según los dictámenes de la educación personalista. La función de los maestros en estas escuelas sería, a modo de las directrices trazadas por la Escuela Nueva, a la que ya me referí antes, la de simple canalización de las potencialidades de los educandos. En consecuencia, se aboga por una escuela pluralista y libre, lejos de los condicionamientos impuestos por la escuela tradicional. Pero, **Mounier**, advierte de un peligro real: ¿no se correrá el riesgo, ausente el dogmatismo estatal, de caer en un dogmatismo impuesto por los maestros

en función de sus propios intereses y, en consecuencia, causar división en el seno mismo de la escuela? Es evidente que ese peligro existe. Como también añade el filósofo francés: “*¿No se corre el riesgo de suscitar la aparición de varias escuelas totalitarias o, si se quiere, de legalizar, bajo el pretexto de la libertad, su dominio sobre el niño?*” (*Íbidem*, pág. 100).

La solución que propone **Mounier** al problema es la del trabajo unido entre padres, tutores y el Estado, como reguladores del proceso educativo, que desde la imparcialidad mantengan un nivel educativo que preserve la libertad individual de los educandos, que, a fin de cuentas, es el estado ideal para el desarrollo de las potencialidades personales.



Educación religiosa y personalismo

Sentadas las bases de la pedagogía personalista, analizamos ahora una parcela importante y relevante de la filosofía personalista (y no exclusivamente mouneriana) cual es la educación de carácter religioso.

La *pedagogía religiosa* que propone **Mounier** es, ciertamente, de signo católico, como lo es en la mayoría de los personalistas cristianos. Pero no exclusivamente. Hubo autores dentro del judaísmo y del protestantismo defensores de la filosofía personalista.

Pero, centrándonos en la concepción religiosa cristiana de Mounier y el rol que la *educación religiosa* desempeña en el ámbito de la filosofía personalista por él propuesta, creo que es obligado comenzar diciendo que quien espere un credo de doctrinas dentro del *personalismo* se equivoca por completo. Para eso está la comunidad eclesial que es la encargada de trazar las pautas teológicas y de orientación moral a la feligresía. Cuando en el *personalismo* se habla de *pedagogía* o educación religiosa se hace en base a unos principios filosófico-morales que son los que han caracterizado al movimiento personalista de distintos signos religiosos pero con una base en común que no es otra que el *kerygma*, el mensaje cristiano de salvación.

Así pues, la *educación religiosa* dentro de la filosofía personalista se centra, principalmente, en los valores que se desprenden de la misma: dignidad humana, compromiso social, acción vinculante con la propia filosofía y servicio a la causa de los más desfavorecidos socialmente. Todos estos valores se desprenden de la misma visión cristiana que emana del *Evangelio* de **Jesús**.

Por lo tanto, el cristiano personalista seguirá los preceptos trazados, en cuestión de comportamiento ético, por el mismo *Evangelio*.

Pero, al mismo tiempo, ya habíamos visto como **Mounier** se mostraba muy crítico con la actitud de un cristianismo acomodado al entorno social, cuando, en realidad, el compromiso cristiano siempre debe de conducir a lo contrario, es decir, al inconformismo. Es por eso que la pedagogía cristiana que propone el pensador de Grenoble apunta hacia una actitud vital y comprometida con los sectores sociales más desfavorecidos. No puede ser que la Iglesia, en su conjunto, se vea escindida entre la iglesia de los pobres y la iglesia de los ricos. Esa dicotomía no es posible en el auténtico cristianismo. Y, sin embargo, esa realidad la vivió el propio **Mounier** en su época. Criticó, por eso, la actitud de un sector de la Iglesia que le había dado la espalda a los pobres y se había aliado con el poder y la opulencia. Denunció también el escándalo intolerable de una sociedad tildada de cristiana pero que estaba muy lejos del verdadero mensaje evangélico. Esa situación fue denunciada también tiempo después por **Pablo VI** en su excelente encíclica *Populorum Progressio*, donde realiza un ejercicio de análisis de la situación social en el mundo capitalista. La misma encíclica añade: “*Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria, cuando*

tantos hombres viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de este hombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamento se convierte en un escándalo intolerable... La hora de la acción ha sonado ya. La supervivencia de tantos años inocentes, el acceso a una condición humana de tantas familias desgraciadas, la paz del mundo, el porvenir de la civilización está en juego” (Núms. 21, 53-55, 80). Años antes a esta encíclica **Mounier** ya había denunciado la situación social que se vivía en el mundo occidental. Por eso el filósofo francés abogó siempre por un evangelio en sintonía con los pobres y oprimidos.

Cristianismo personalista y comunitario

La visión cristiana que presenta el enfoque de **Mounier** está delimitado por una realidad existencial bien clara: existe un Dios como ser trascendente, aunque no podamos presentar “pruebas” de su existencia, que se revela u oculta en la experiencia humana. Es cierto que lo trascendente carece de objetividad empírica, pero, la percepción de lo espiritual explicita la presencia de Dios aun en el silencio. El *kerygma* cristiano se convierte de esta forma en elemento esencial para cambiar y mejorar una sociedad desestructurada como la que se vivía en aquellos años prebélicos. **Mounier** aspira, desde su concepción pedagógica cristiana, a establecer una sociedad auténticamente comunitaria, donde lo social prevalezca sobre lo privado. Contrario pues al idealismo burgués, donde priva la actitud egocéntrica, el filósofo francés opone un verdadero sentir comunitario. Es totalmente contrario al sentir de **Sartre**, quien consideraba a los otros como “avasalladores de la

intimidad humana”. Ser *persona* significa abrirse a los demás, en comunión íntima con ellos, desde la propia intimidad. Los “otros” no deben en ningún caso ser un obstáculo al desarrollo personal propio, sino todo lo contrario. El primer acto de la persona, propone **Mounier** en su ideario pedagógico, debe ser suscitar con los otros una auténtica sociedad de personas, donde desde el respeto a las ideas propias se luche armónicamente por un mundo mejor, más humano y fraterno y que, finalmente, las instituciones estén marcadas por su naturaleza de personas, con todo lo que ello implica (EP. Pág. 53). Esto le confiere a la persona, en su dimensión cristiana, el carácter de absoluto, pero, como bien matiza en el *Manifiesto*, “*Nosotros no decimos que la persona, que el hombre, sea el Absoluto, aunque para el creyente el Absoluto sea Persona, y en el rigor del término no sea más espiritual que personal (...). (Pág. 60)*. La persona es un absoluto respecto de otra persona, deducimos pues. Pero, ¿qué significa esto? Sencillamente, que cada persona, cada ser humano, debe ser respetado desde su absoluto, desde su dimensión integral como persona, más allá de sus ideas convencionales. El cristiano, desde su dimensión absoluta es un ser libre y su libertad debe ser respetada, como la de cualquier ser humano que se mueva en otros parámetros. Sería el mismo **Kant** (1724-1804) como uno de los más relevantes predecesores del personalismo moderno y creador de la conocida como filosofía trascendental, quien reivindicaría la condición de libertad de la persona humana cuando afirma que “*el hombre, y con él toda criatura racional, es fin en sí mismo. Él es, efectivamente, el sujeto de la ley moral, que es santa gracias a la autonomía de su libertad*” (I. Kant. *Crítica de la razón práctica*. Espasa-Calpe. Madrid. 1975. 1D, 127). Es decir, lo que el gran filósofo de Königsberg (antigua Prusia) quería

darnos a entender era que cada persona en sí misma tiene un fin en la vida, concebida esta desde la dimensión trascendente de su libertad.

Desde la visión que ofrece el *personalismo cristiano* cabe decir que tres son las raíces en que se sustenta: la experiencia trascendente de la vida de fe, un proyecto ético sustentado en la idea de la fraternidad universal y la percepción metafísica de la bondad amorosa del Creador. **Mounier** llega a afirmar que “*ser espiritual significa que la persona es irreductible a lo puramente material, su realidad es transmaterial y su vocación la eternidad*” (*El Personalismo*, pág. 687). Por eso afirma también a continuación que la persona es “*totalmente cuerpo y totalmente espíritu*”.

La *educación personalista* de signo cristiano se fundamenta, además, en el establecimiento de una escala de *valores* centrados en la persona y que son los que le vayan a dar la dignidad de su condición humana, donde lo espiritual tenga supremacía sobre lo material. Y es que la persona es, como sabemos, la matriz esencial en el devenir del ser humano. Ese concepto de persona ya había sido establecido en la antigua Grecia y también en Roma antes del advenimiento del cristianismo. Serían, en efecto, los estoicos griegos y latinos los primeros en establecer con claridad el concepto de persona desde su dimensión antropológica antes que metafísica. Colindante con el cristianismo, **Séneca**, el gran filósofo de ascendencia cordobesa, definiría también la condición de la persona desde sus raíces antropológicas. El cristianismo se serviría



de estos moldes para reivindicar la percepción no solo antropológica de la persona, sino también su dimensión metafísica. Es en esta dimensión donde el cristianismo es auténticamente innovador. Posiblemente sea la cultura personalista la que más ha profundizado en la verdadera dimensión del sentir cristiano a lo largo de su ya dilatada historia. Y es que el *personalismo* jamás ha eludido su herencia cultural. Como diría **Mounier**: “*No hay más cultura que la metafísica y personal*” (*Manifiesto... La cultura de la persona. III. Pág. 129*). Por eso la pedagogía personalista de signo cristiano tiende siempre a mirar al hombre y a la mujer, a la criatura humana, por encima de sus sensaciones de placer, comodidad o utilidad. El ser humano no es mercancía con la que se trafica. El sistema capitalista actual, auspiciado por el materialismo reinante, considera al ser humano una cosa más, un número más de su engranaje sustentado en la productividad. Tan solo lo utilitario es servible al sistema capitalista y burgués. Es por eso también que los intelectuales personalistas se deben esforzar en alejar y arrinconar el opulento sistema que tan solo atiende las necesidades materiales de la persona pero que la esclaviza de por vida a través de un engranaje alienante que para nada cuenta con la verdadera dimensión de la persona que es su percepción metafísica y trascendente. El marxismo reivindicaba el recurso de la cultura en manos del pueblo. Pero esto también lo reivindicaron pensadores de la talla de **Rabelais**, **Montaigne** o el maestro **Péguy**, situados también en un esquema social comunitario. Pero, claro, se trata de ver qué tipo de cultura se está transmitiendo realmente al pueblo. Si la cultura capitalista y burguesa está, como vimos hasta la saciedad, contaminada por el exclusivo afán de la productividad deshumanizante, el marxismo tampoco ha ofrecido soluciones viables al respecto. Así, por ejemplo, en

la antigua URSS y demás países del bloque comunista, la cultura se puso de manera casi exclusiva al servicio de la tecnología, encerrada esta bajo las consignas dictadas por el Partido Comunista soviético. Desde los planteamientos personalistas se aboga por el establecimiento de grupos, que **Mounier** denominaría “*grupos de iniciativa cultural*”, no contaminados por ideas políticas de uno u otro signo que podrían enturbiar la concepción del sentir personalista (*Íbidem*, pág. 130). Pero esto no sería suficiente desde una percepción cristiana del *personalismo*. Faltaría la dimensión metafísica y trascendente de la que hablaba antes. Cuando la cultura se pone al servicio de lo metafísico, sin desmerecer, por supuesto, su visión inmanente de la realidad, entonces sí que podemos hablar de *totalidad*, que no totalitarismo. Totalidad, en el sentido que lo entendemos los personalistas, es decir, concepción plena y absoluta de la dimensión real de lo humano, física y espiritualmente; esto es, de manera integral, donde no caben posturas alienantes y despersonalizadoras y donde la persona es tal no por lo que tiene sino por lo que realmente es: *ser humano inmanente y trascendente a la vez*. Desde la *pedagogía personalista* se aboga pues por la reivindicación de los valores eternos del alma que dignifican la condición de la persona en medio de sus contingencias.

Como es sabido, la *educación religiosa* es un tema escabroso y complejo. Y lo es por la sencilla razón de que los asuntos religiosos o colindantes con la religión son susceptibles de mala interpretación, cuando no de sutil manipulación. Limitar, por ejemplo, la *educación religiosa* a una serie de preceptos y dogmas (los propios de cada religión en particular) no deja de ser una actitud recurrente en el ámbito religioso cuando se carecen de otro tipo de argumentos más sustanciosos, como la cuestión ético-moral

del componente religioso. Los preceptos, dogmas y demás rituales propios de los distintos esquemas religiosos deberían circunscribirse a la esfera exclusivamente eclesial. Y esto, obviamente, forma parte también de la *educación religiosa*. Pero, en absoluto debería ser lo más determinante. Parece que ciertas comunidades eclesiales están más preocupadas de adoctrinar y aleccionar a sus feligreses que de transmitir auténticos valores que desde la libertad individual contribuyan a la reivindicación del verdadero sentir cristiano. Por otra parte, como decía antes, la religión se convierte con relativa frecuencia en un instrumento que lejos de conducir a la libertad individual, la condiciona y la arrincona por medio de dogmas e imposiciones que terminan por coartar, ciertamente, la libertad de la persona. Y esto, indudablemente, no conduce al enriquecimiento personal, sino a todo lo contrario: a un empobrecimiento de valores tal que hasta resulta degradante.

Generalmente se atribuye a la religión el rol exclusivo de predeterminar el comportamiento de las personas, cuando en realidad en dicho comportamiento intervienen una serie de condicionantes (además del religioso) que van a delimitar su devenir existencial. Incluso en personas con vocación política también este elemento va a condicionar su actitud y comportamiento en la vida social. El *personalismo cristiano* puede implicar, a mi entender, asimismo, una determinada forma de actuación política, especialmente para aquellas personas que sientan el compromiso de lo social. Es obvio que uno puede ver la esencia del *personalismo* sin involucrarse en actitudes políticas y esto es totalmente legítimo. El personalismo cristiano está comprometido únicamente con la persona y con el *Evangelio*. Sin embargo, esto puede tener implicaciones de acción política en la persona comprometida

con el entorno social. Este fue el compromiso de muchos personalistas en general y cristianos en particular. **Maritain**, **Berdiayev** y el mismo **Mounier** son ejemplos claros de personalistas cristianos comprometidos con la acción política. Otros, sin embargo, como **Nedoncelle**, **Marcel** o **Paul Ricoeur** (de ascendencia protestante este último), comprometidos también con la causa personalista, prefirieron mantenerse al margen de cuestiones políticas. Pero, en fin, indistintamente de los planteamientos que uno adopte, la verdadera razón de ser del *personalismo cristiano* está, como comentaba, en la percepción y transmisión de los valores cristianos encontrados en el *kerygma*, en las *buenas nuevas* de **Jesús de Nazaret**. La cuestión política no deja de ser una determinación personal de compromiso social con el entorno, cuestión perfectamente legítima también. Ya comenté en otro capítulo anterior de este ensayo que dentro de los distintos matices políticos del *personalismo*, estos encuadrarían más bien con una ideología que políticamente definiríamos de izquierdas, especialmente comprometida con los sectores más desfavorecidos de la sociedad, en opción preferencial por los pobres y oprimidos de la tierra. En consonancia con la actuación del mismo **Jesús**, vemos en el *Evangelio* cómo **Cristo** siempre estuvo al lado de los sectores sociales más oprimidos y marginados. El evangelio de Jesús, el verdadero evangelio, siempre se decanta por los pobres y oprimidos. Cuando echamos un vistazo al panorama evangélico actual en determinados sectores eclesiales (aunque solo sea de soslayo) no podemos por menos que escandalizarnos de la situación en el que se encuentra. **Mounier** denunció en su tiempo esta escandalosa situación, llegando incluso a hablar de dos iglesias bien diferenciadas: la de los pobres y la de los ricos. No se trata de tener una u otra filiación religiosa (católica, protestante,

anglicana, etc...). No. No es cuestión de filiación. Es cuestión de compromiso ético y social con aquellos a los que más amó y por los que se preocupó **Jesús**. Y estos fueron, sin duda, los pobres y desheredados. Algunos, sutilmente, pretenden, como bien argumentaba Jesús, “servir a dos señores a la vez” (Mateo 6:24; Lucas 16:13), lo cual no es posible. En otras ocasiones se hace ostentación de lo que se posee, como si eso fuera determinante en la vida religiosa y espiritual. Precisamente es el desprendimiento, el desapego a lo material, lo que realmente tiene valor a los ojos de Dios. El *Evangelio* es bien claro al respecto. En fin... Toda esta situación forma parte de lo que **Mounier** denominaba el “desorden establecido” que había llegado inclusive al estamento religioso y eclesial, fruto del desmoronamiento de los grandes ideales y valores sociales como consecuencia de la intromisión del sistema capitalista reinante. Se trata de una sociedad que aun tildándose de cristiana, sin embargo, vive como si no lo fuera. Mucho ha cambiado (y para mal) las cosas desde los tiempos de **Mounier** hasta ahora. Ya escribía **Berdiayev** en *Les sens de la creation* que la religión cristiana era incompatible con el reconocimiento de los valores burgueses y con las genuflexiones ante la riqueza y el poder (Pág. 326). Y es totalmente cierto. Esta situación terminó por convencer a **Mounier** de que un Estado social donde existen masas oprimidas no es sino un *desorden establecido*. Y este *desorden establecido* se alimenta en la competitividad social, que ya **Thomas Hobbes** acuñaría con aquella célebre sentencia de “*homo homini lupus*” (el hombre es un lobo para el hombre).

El *personalismo* de signo cristiano ha de abogar por un sentir comunitario sustentado en la igualdad y la justicia social. De lo contrario carecería de valor y significación. Toda su pedagogía social se sustenta en estos principios:

valores emanados del cristianismo y lucha por la justicia social derivada de esos valores. Las distintas iglesias con frecuencia se han convertido en instrumentos de poder al aliarse con los más fuertes y poderosos. Como bien afirma **Mounier**, la Iglesia, dentro de los regímenes fascistas, se ha convertido, ciertamente, en instrumento de Poder. Y también es cierto que el poder establecido en estos regímenes autoritarios se ha servido de la Iglesia. Con el calvinismo ha sucedido otro tanto en Suiza con la implantación de una auténtica dictadura religiosa. Son los “pecados” de las iglesias, que lejos de dar ejemplo de fidelidad a los designios de su fundador, **Jesús de Nazaret**, en ocasiones se han convertido en elementos aliados con los más poderosos en detrimento de los más débiles y necesitados. La relación Iglesia-Estado, en muchas ocasiones a lo largo de la historia, ha sido verdaderamente nefasta para la propia Iglesia.

Con el capitalismo burgués (extendido y acrecentado hasta nuestros días) ha sucedido otro tanto, como ya analizamos al hablar del capitalismo reinante. El verdadero problema del capitalismo, como comentaba también, es la mala distribución del capital, el cual se mantiene en manos de unos pocos que manejan grandes fortunas en detrimento de muchos que solo perciben las migajas por medio de paupérrimos salarios y trabajos alienantes. Determinados sectores del cristianismo han denunciado esta situación hasta la saciedad. Especialmente sectores allegados al catolicismo más progresista. El protestantismo siempre ha sido (por sus concomitancias con el capitalismo muy posiblemente, como bien argumentaba **Weber**) más reacio a la denuncia social. Lo cierto es que el capitalismo también ha penetrado, con el paso del tiempo, en los sectores eclesiales y hasta teológicos. Especialmente en el mundo evangélico/protestante, menos cuidadoso en este aspecto que el mundo católico. Hoy día se

habla de toda una “teología o evangelio de la prosperidad”, donde miles y miles de fieles incautos son “adoctrinados” por estos sectores eclesiales sin escrúpulos que solo buscan lo que **Mounier** denominaría la “ganancia fácil” y esto a costa de sus ingenuos prosélitos. Sectores que amasan grandes fortunas en el nombre del Altísimo. Delirante, pero cierto.

Finalizar este apartado referente a la *pedagogía personalista* de signo cristiano remarcando algunas ideas principales.

La auténtica *educación personalista* comienza y termina en la persona. La persona es su razón de ser. En el ámbito de la pedagogía cristiana decir que las buenas nuevas del *Evangelio* marcan toda una pauta a seguir. Los valores que emanan de la enseñanza cristiana serán santo y seña de su acontecer. Valores que contribuyen a dignificar a la persona misma, como ser único por su singularidad. Es **Jesús** mismo y su *Evangelio* quien verdaderamente marca las pautas de la persona en este caótico mundo tan lleno de contradicciones y tan carente de auténticos valores tanto humanos como cristianos. Los personalistas de ayer y de hoy reivindicamos la esencia de esos valores que pueden hacer de este mundo un espacio más habitable donde el amor, la paz y la justicia social sean el denominador común. La doctrina personalista, aun con sus distintos enfoques, consiste, como decía **Mounier** “*en buscar el camino propio del hombre*” (*El compromiso de la acción*. Ed. Zyx, Madrid, 1967). Y este camino se hace, parafraseando al gran poeta sevillano **Antonio Machado**, al andar.



El personalismo cristiano en la dialéctica de Emmanuel Mounier

*Por abundante y sutil que sea la luz que el
espíritu puede deslizar hasta en las articulaciones más
finas del universo, la materialidad existe con una existencia
irreductible
autónoma, hostil a la conciencia.*

*(La existencia encarnada. El Personalismo,
cap. I. Emmanuel Mounier).*

SOBRE EL SENTIR COMUNITARIO

Al afrontar la parte final de este ensayo lo hago con el sentir de no concluir nada sino con iniciar todo. Y me explico. El movimiento filosófico personalista parte de unos presupuestos bien claros y definidos: *creatividad, compromiso y acción*. En efecto, estos tres elementos (a los que podríamos añadir alguno más perfectamente) vienen a configurar la línea de acción y de pensamiento de la filosofía personalista en la versión de **Emmanuel Mounier**.

Pudiera pensarse erróneamente que la filosofía personalista se centra de manera casi exclusiva en la persona por las connotaciones de su mismo nombre, pero esto no es así en absoluto. El *sentir comunitario* es la derivación esencial y prioritaria de la filosofía personalista.

Ciertamente, el *sentir comunitario* que emana directamente de la concepción de persona que tiene el movimiento personalista iniciado por **Mounier** y continuado luego por otros pensadores y filósofos de renombre, se fundamenta en el cultivo de una vida interior rica y afectiva, compartida a la vez con el resto de personas que configuran ese universo peculiar que es la vida de cada ser humano. Hablando **Mounier** sobre las estructuras fundamentales de un régimen personalista, en el capítulo segundo, refiriéndose a la vida privada, viene a decir que el lenguaje suele identificar con relativa frecuencia vida personal con vida interior (*Manifiesto...Pág. 103*). Es cierto. Cuando nos referimos a “vida interior” queremos dar a entender que necesitamos de nuestro propio mundo interior, al cual accedemos por medio de la meditación y el aislamiento voluntario. Esto solemos asociarlo, igualmente, con tener una vida espiritual abundante. Es lo que **Ortega y Gasset**, el gran filósofo español contemporáneo denominaba el *ensimismamiento*. Quizá esto pudiera llegar a hacer pensar a algunos que tal aislamiento interior es un comportamiento egoísta y poco dado a la comunicación exterior. Y no es así. Es más, es gracias a ese cultivo de la vida interior o espiritual que podemos llegar a ser instrumentos de enriquecimiento espiritual para otros. Una cosa es incuestionable: no podemos dar aquello de lo que se carece. No podemos, en consecuencia, ser instrumentos enriquecedores para los demás si antes no nos enriquecemos

interiormente nosotros. La vida privada es, en verdad, sagrada, como fuente de inspiración personal. En contra de las alegaciones del marxismo de que la vida privada es la fortaleza principal de la vida burguesa y acomodada, estigmatizándola, resulta, por el contrario, enriquecedora y fuente de espiritualidad cuando está bien encauzada.

La vida privada se convierte también, en la visión que de ella hace el marxismo, una resistencia del empirismo a la racionalización social, a la vez que se impermeabiliza ante el poder del Estado. Consecuentemente, la vida privada, tal y como la visualiza el marxismo, es nefasta para la sociedad ya que además fomenta la individualidad y la insolidaridad. **Mounier** consideraba que en parte la percepción que el marxismo tenía sobre la vida privada no iba muy descaminada. Es cierto, como considera el marxismo, que la vida privada va, en ocasiones, arropada por un “aggiornamento” (que se dice en italiano y que fue empleada en el transcurso del Concilio Vaticano II) para referirse a una puesta al día, de una actualización, por medio de toda una parafernalia exterior que rodea todo hecho o acontecimiento en torno a la vida privada y que forma parte de todo el entramado burgués. Y esto es lo censurable de la vida privada: pretender dar una imagen que no se tiene en ocasiones, lo cual no deja de ser hipocresía. La vida privada ha de estar en permanente “aggiornamento”, es verdad, en continua renovación, para que sea verdaderamente enriquecedora más allá de la imagen que pueda dar.

Mounier realiza toda una apología sobre la vida privada como fuente de enriquecimiento interior y espiritual. Pero también es cierto que la deformación política de la vida privada ha contribuido a desvalorizarla, falseándola incluso.

El rol de la mujer en la vida privada y social

El rol de la mujer en la vida privada y sus posterior influencia en el sentir comunitario también interesó al *personalismo* y en particular al concepto de **Mounier** sobre la mujer y su importancia en la dinámica social. Habla de la mujer como de un “proletariado espiritual” de gran calado social. Pero, lamentablemente, el papel desempeñado por la mujer en las distintas culturas patriarcales ha sido de sometimiento, más o menos solapado, e incompreensión sobre su importante rol social. Una de las sociedades patriarcales más arraigadas, como sabemos, fue el judaísmo, donde la mujer apenas podía tener protagonismo de cualquier tipo. Lo mismo sucedió en otras culturas ancestrales hasta nuestro tiempo. **Mounier** analiza también de manera magistral el rol que la mujer ha venido teniendo a lo largo de los tiempos. En el *Manifiesto* retrata de manera excepcional, en mi opinión, la condición de subordinación de la mujer a lo largo de la historia, salvo honrosas excepciones. Dice el pensador de Grenoble acerca de la condición de la mujer: *“La mayoría (refiriéndose a las mujeres) no encontrará nunca la salida. Desde ese momento viven en la imaginación, no como los muchachos, una vida de conquista, una vida abierta, sino un destino de vencidas, un destino cerrado, fuera del juego. Se las ha instalado en la sumisión: no la que puede coronar el más allá de la persona, el don de sí mismo hecho por un ser libre, sino la que es, por debajo de la persona, renuncia anticipada a su vocación espiritual”* (Íbidem, pág. 106). ¡Qué gran verdad propugna aquí el filósofo francés! Cuando observamos el papel de la mujer no ya solo en la vida privada y social, sino también en el marco de la comunidad eclesial, no podemos por menos que escandalizarnos de tal situación a lo largo de la historia. ¿Acaso

no se ha entendido que la mujer (ser creado a imagen y semejanza de Dios, igual que el hombre) debe gozar exactamente de los mismos derechos y privilegios que el hombre? ¿Quién es el hombre para subordinar a un rol inferior a la mujer, su compañera de existencia? Que el hombre y la mujer son diferentes es una obviedad, física y anímicamente. Pero, ¿acaso esto puede marcar diferencias en lo concerniente a su igualdad de derechos y privilegios. ¿Quién marca esas diferencias sino el hombre mismo? Si cabe algo por lo que escandalizarse a estas alturas de la historia es la situación social de la mujer dentro del rol que los hombres, egoístamente, le han asignado de por vida. Continúa diciendo **Mounier**, al respecto: *“Los hombres saben lo que se les va a pedir en la vida: ser buenos técnicos de algo, y buenos ciudadanos. Los que no piensan o no pueden pensar en su persona, al menos tienen desde la adolescencia algunos puntales en que asentar las líneas generales de su porvenir. Siglos de experiencia y de endurecimiento en los puestos de mando han determinado el tipo viril. ¿Quién habla del misterio masculino? Ellas, ellas son las errantes. Errantes en sí mismas, a la búsqueda de una desconocida naturaleza (...)”* (Íbidem, pág. 106). Soberbia descripción que realiza **Mounier**, una vez más, sobre la condición degradante de la mujer en la vida social. Por desgracia, es la triste realidad social que viven las mujeres en la actualidad también. Siglos y milenios de ostracismo en referencia al rol de la mujer en la vida privada y social no se borran de un plumazo. Pero si lamentable es la situación social de la mujer, más lamentable es todavía que las distintas religiones la subyuguen y la condenen de por vida a esa situación de sumisión injustificada, aduciendo que es “voluntad divina” y que, además, tengan que creérselo. ¡Alucinante, pero cierto! En fin...

Afortunadamente, algo ha cambiado para bien la situación de la mujer en las últimas décadas, en parte debido a los movimientos feministas y de liberación de las mujeres (surgido este último en 1970 en Francia, país pionero en tantas causas). Es posible que estos grupos hayan cometido algunos excesos, pero la realidad es que gracias a ellos se han conseguido importantes logros en la vida de las mujeres, desde el simple derecho al sufragio femenino (constituido hoy en derecho humano universal) hasta la emancipación de la mujer por medio del trabajo fuera de casa. Pero no es suficiente ni mucho menos. De las distintas comunidades eclesiales no cabe esperar que se muevan al respecto. Tiempo han tenido para hacerlo y no lo han hecho, posiblemente de manera sincera en algunos casos, en aras de una supuesta “voluntad divina”, como decía antes, pero en otros, hemos de creer que de manera interesada contra los derechos de la mujer. Las pruebas son más que evidentes a lo largo de siglos de historia de aislamiento y marginación femenina por parte de los varones en las más variadas etnias y culturas.

El judeocristianismo no ha sido una excepción ni mucho menos. Basta con echar un vistazo a la realidad social de la mujer, no ya solo en su vida privada y familiar, sino también dentro del marco eclesial, para percatarse de su papel secundario y desvalorizado ante el rol del varón por el simple hecho de haber nacido mujer. Incluso dentro del marco de muchas comunidades evangélico-protestantes de corte integrista, de apariencia más democráticas que otras organizaciones de estructura eclesial piramidal, la mujer no



goza, en absoluto, de los mismos derechos y privilegios que el varón. Y digo bien, de apariencia democrática, cuando realmente estas comunidades eclesiales son desconocedoras en muchas ocasiones lo que significa el término “democrático” en sí y el alcance real que tiene en la vida comunitaria. Son todavía bastantes las organizaciones religiosas de carácter integrista y fundamentalista las que privan a las mujeres de ejercer en público un ministerio como el de la predicación o la enseñanza por el mero hecho de ser mujeres. Estos grupos radicales, ciñéndose al literalismo de ciertos textos bíblicos impiden que las mujeres testifiquen por medio de la predicación o el simple uso de la palabra en estas comunidades. La mujer ha de ser mera comparsa del hombre, dentro y fuera de la congregación o comunidad eclesial, según estos grupos radicales, cada vez más abundantes, por cierto. Y lo lamentable del caso es que muchas mujeres lo tienen asumido con resignación. Afortunadamente no en todos los casos sucede así. Hay organizaciones eclesiales más progresistas donde la mujer sí va tomando el protagonismo al que tiene derecho. Pero toda esta situación, ¿qué viene a expresarnos? ¿Qué mal encierra? Una vez más, el genio de **Mounier** lo retrata casi a la perfección. Hablando de *la vida privada* de la mujer en el *Manifiesto* dice con claridad meridiana: “De este milagro del amor que tiene su sede en la mujer, en lugar de desarrollarlo, de realizarlo en cada una para que ella pueda a continuación darlo a la comunidad, se ha hecho una mercancía cualquiera, una fuerza cualquiera en el juego de las mercancías y de las fuerzas” (*Íbidem*, pág. 107). Y se pregunta a continuación: “¿Qué necesitan para convertirse en personas? ¿No es este precisamente el síntoma del mal? Lo cierto es que sobre el “eterno femenino” poco se sabe a ciencia cierta. Lo femenino es una rama de estudio en la que unos pocos se han tomado la molestia de aplicarse. A lo largo de la

ya dilatada historia de la humanidad, la mujer, por su condición, ha sido apartada durante milenios de la vida pública, intelectual y artística. Al parecer, su única y exclusiva función era la de procrear y dar satisfacción sexual a su marido, debiendo acomodarse a este rol, en muchos casos asumido por ella., de manera voluntaria o a la fuerza. Los casos, cada vez más abundantes, de violencia de género contra las mujeres, son un claro efecto del machismo del varón sobre la indefensa mujer. Por eso las mujeres están fuertemente condicionadas por el único rol que erróneamente se les ha atribuido a lo largo de la historia en las distintas culturas y civilizaciones: la concepción y su vocación maternal. Pero, todo se queda en eso en la mentalidad de muchas culturas. Como dice **Mounier**, “*el resto de nuestras afirmaciones sobre la mujer son una mezcla de ignorancia desordenada y mucha presunción*”. Por no saber, no sabemos ni el trasfondo de la misma feminidad. En fin..., ¡dura tarea la que les queda a las mujeres en sus legítimas reivindicaciones! Pero el camino para ellas, afortunadamente, ya está trazado, aunque quedan muchas cosas por alcanzar. En esta como en tantas otras cosas, como diría el controvertido obispo progresista episcopaliano **John Shelby Spong**, al final se impondrá la sensatez, la racionalidad y el sentido común ante la radicalidad e insolvencia de ciertas interpretaciones bíblicas por parte de aquellos grupos más integristas y radicales del mundo de la cristiandad.

Pero es que una concepción estrecha sobre el rol de la mujer en el seno de la familia y la comunidad eclesial conduce a que, en palabras del mismo **Mounier**, “*los paladines de lo eterno han pecado siempre de defecto de imaginación*” (*Íbidem*, pág.110). Es decir, que aquellos que se autoproclaman “mensajeros de la verdad” están contribuyendo

(quizá, en algunos casos, sin quererlo y ni tan siquiera intuirlo) a un arraigo de las viejas formas, ya caducas, del artesanado familiar. **Mounier** ve en esa radicalidad en defender los antiguos postulados de la familia como un símbolo de la decadencia burguesa, donde queda poco o escaso lugar para el verdadero amor. Y en este asunto, como en tantos otros, la mujer es la que sale más perjudicada. Cuando **Mounier** dice claramente que “*la familia no se reduce a una asociación comercial ni a una asociación biológica o funcional*” (*Íbidem*, pág.112), ¿qué quiere dar a entender con esto? Pues, simplemente, a mi entender, que lo que debe privar en el seno de la familia, por encima de cualquier tipo de intereses o convencionalismos, es el amor, el verdadero amor, donde el hombre no es más que la mujer (ni viceversa), sino que son, sencillamente, distintos, pero complementarios a la vez, donde el uno debe respetar la singularidad del otro. El juridicismo avaro del que hablaba el filósofo de Grenoble, totalitario y rastrero, como lo calificaba él, es quien regula los asuntos exteriores de la familia burguesa, y en esto la comunidad eclesial también se ha visto contagiada, tratando de “regular” por medio de pautas orientativas la vida familiar, interfiriendo en ocasiones en la misma por medio de una interpretación decimonónica de determinados pasajes bíblicos concernientes a la familia, extraídos fuera de su contexto social y aplicándolos a la situación de la familia nuclear actual, tan distinta a la de entonces.

Finalizar ya este apartado diciendo que la familia está formada por personas con su propia singularidad y con dos funciones básicas complementarias: *función biológica* y *función social*. Tal y como se entiende en el *personalismo* (y así tratamos de aplicarlo los educadores personalistas), la familia es

un instrumento al servicio de la persona/s que la componen, conducente a la realización plena de todos sus integrantes por medio del vehículo del amor verdadero, donde el egoísmo y la inmadurez no tengan cabida. La familia requiere todo un proceso de aprendizaje por medio de la convivencia diaria. Es así (y solo así) cuando se produce el auténtico crecimiento espiritual en el seno de la propia familia. Los fundamentos de la ética cristiana contribuyen sin duda a hacerla más firme y duradera. Pero, hemos de tener en mente, como bien decía **Mounier**, que la comunidad de personas que constituyen la familia son imperfectas y que no son infalibles. Con todo, una familia fecunda es aquella que se esfuerza en progresar y es capaz de irradiar alegría, esperanza y fe en un futuro mejor. Cuando se cumplen estas premisas podemos hablar realmente de una familia auténticamente espiritual.

CONCLUSIONES FINALES

Llegamos ya al final de este largo ensayo, dividido en diez capítulos con el presente, donde abordamos la figura de uno de los pensadores más singulares e influyentes, tanto en el mundo político como social y religioso del pasado siglo XX, como fue **Emmanuel Mounier**.

Efectivamente, hablar e investigar sobre la emblemática figura del gran filósofo francés es tarea que requiere análisis e investigación seria, rigurosa y profunda si no queremos extraer conclusiones erróneas sobre su vida y obra, así como la trascendencia de la misma. Si algo distinguió a **Mounier** fue la claridad de sus ideas, defendidas fervientemente por unos, y denostadas por otros. Pero esto es común a todos los grandes pensadores que ha dado la Historia.

Haciendo un breve resumen, a modo de corolario, sobre el pensar de **Mounier**, solo cabe decir que, como todos los grandes pensadores de la Historia, su figura se ha agrandado desde su temprana muerte. Su ideario político marchó parejo con el religioso. A mi juicio, esta fusión entre pensamiento político-social y sentir religioso fueron los que hicieron posible que el análisis social que realizó a lo largo de su vida y obra fuera tan acertado y crítico con un entorno conflictivo como el que vivió, en plena expansión de los fascismos en Europa y su colisión con un marxismo en permanente auge. Esa situación fue, en realidad, en opinión de **Mounier**, junto con el decadente mundo burgués, la que desembocó en lo que el pensador francés denominó el “desorden establecido”. Como diría el escritor, polemista y novelista francés **Jean Cau**, el que fuera durante un tiempo secretario personal de **Jean-Paul Sartre**, el filósofo existencialista francés, la sociedad posindustrial (en la que estamos inmersos ahora) no ha encontrado todavía un patrón, un código ético a la altura de su economía altamente desarrollada. El mismo **Cau** coincidió con **Mounier** en que el mundo de entonces necesitaba una renovación y una regeneración humanística profunda. **Cau** hablaba de encontrar urgentemente el camino hacia un socialismo auténticamente democrático y riguroso a la vez. Los grandes ideales trazados por **Freud**, **Marx** y **Nietzsche** se habían quedado ya obsoletos. Y, por otra parte, los planteamientos de la fe tampoco llenaban las expectativas de un mundo en permanente deterioro moral y que irremediablemente caminaba hacia la fatal guerra. Las iglesias tampoco ofrecían solución a los graves problemas morales y humanos, buscando tan solo satisfacer sus propios intereses confesionales. Por eso, cuando **Mounier** habló de “revolución”, el término mismo se tornaba malsonante. Bien entendida, la revolución, cualquier revolución, suponía un

rompimiento con los esquemas tradicionales, y esto convulsionó a muchos sectores sociales más conservadores, de ahí la oposición a los planteamientos de **Mounier**. Pero el *desorden establecido*, como lo denominaba el filósofo francés, estaba ahí, llamando a la puerta de un mundo en caos. Y la “revolución” propuesta por **Mounier** (entendida siempre esta por vías pacíficas, claro está) apremiaba. Pero, la revolución no vendría de las clases dirigentes sino de las humildes, las clases explotadas por el capitalismo. En los mismos términos se pronunciaba el **P. Arrupe**, nombrado Prepósito General de los jesuitas en 1965, cuando en carta enviada a los jesuitas hispanoamericanos les dirigía esta frase, a modo de sentencia y en plena irrupción de la *Teología de la Liberación* en Latinoamérica: “*No se crea ya más que las clases poderosas deben ser los agentes principales de una estructuración radical más justa, y no pueden serlo por sí solas más que en casos aislados. La reforma de la sociedad según un modelo más justo, equitativo y humano, interesa más profundamente que a nadie a los pobres, a los obreros, a los campesinos, al conjunto de las clases sociales que se ven forzadas a estar al margen de la sociedad, sin poder beneficiarse equitativamente de sus bienes, sin poder participar en sus decisiones*”. Estas palabras del **P. Arrupe** son fiel exponente, igualmente, del sentir de **Mounier**, además de ejemplificadoras por venir de un hombre de iglesia que tanto hizo por la comunidad cristiana de los jesuitas.

Y es que, como ya comentábamos en un capítulo anterior, la cristiandad, las distintas comunidades religiosas, se han dejado imbuir de un capitalismo y materialismo que ponen en entredicho seriamente su condición de cristianas. Esta situación no ha cambiado con el paso del tiempo, sino que, por el contrario, se ha acrecentado. Es decir, que el “desorden

establecido” del que hablaba **Mounier** también se ha introducido en los sectores eclesiales, contaminándolos hasta el punto de que muchas comunidades tildadas de cristianas apenas tienen parecido con el cristianismo auténtico, el que encontramos en el *Evangelio*. El entronizamiento del dinero parece no conocer fronteras, de ahí que **Mounier** hablara de dos iglesias bien diferenciadas: la de los pobres y la de los ricos. Pero, lo más grave de todo es que muchos siguen apostando por la iglesia de los ricos en detrimento de la verdadera iglesia, la de los pobres, la iglesia fundada por **Jesús de Nazaret**. Mucho camino le queda por recorrer al cristianismo moderno para acercarse tan siquiera a la iglesia que fundara **Jesús**. El mismo **papa Francisco** reconoce esta situación de la iglesia actual y la necesidad de un cambio de rumbo, lo cual es digno de encomio viniendo de donde viene el mensaje. Sin embargo, determinados sectores de las distintas iglesias cristianas sí están comprometidos con la causa de los pobres y desheredados en países donde la explotación humana y la mala distribución de la riqueza hace, injustamente, que esta esté en manos de unos pocos. Muchos sacerdotes y seglares ponen en riesgo sus vidas por defender, con el *Evangelio*, la causa de los más necesitados en distintos lugares del mundo. Estos grupos forman parte de esa “otra” iglesia que sí vive y predica, en efecto, las enseñanzas de **Jesús de Nazaret**, y lo hace fundamentándose en el *compromiso* y la *acción*, dos de los pilares que curiosamente sustentan los planteamientos personalistas esgrimidos por **Mounier** en sus argumentaciones filosóficas.

Ante la injusticia social en la que vive el mundo moderno y posmoderno desarrollado que es fiel sirviente del “dios tecnos”, que diría **Albert Camus**, la sociedad cristiana apenas se diferencia en nada de la sociedad no cristiana, salvo en sus

rituales y liturgias. **León Bloy**, el polémico escritor y novelista francés, profundamente católico, desde su visión crítica y visionaria del catolicismo, hablaba a principios del pasado siglo XX de “la codicia que está detrás del corazón” y anunció la descristianización del mundo occidental (*Le Despere*, pág. 27). La descristianización de la que profetizaría **Bloy** encuentra su asiento en el *desorden establecido* preconizado por **Mounier**, como el verdadero mal y causa de la enfermedad del mundo moderno que parece engullirlo todo: el capitalismo reinante. Fuente de grandes injusticias en el mundo y causante del acomodamiento de una sociedad burguesa indiferente ante la miseria y la pobreza en que vive una buena parte del mundo.

El pensamiento del gran filósofo de Grenoble es claro sobre la situación social que le tocó vivir. Su actitud crítica no es la de un exaltado ni la de un anarquista, ni menos aún la de un místico, sino la de un hombre con visión profética que siendo consciente de la situación social vivida en la Europa de la primera mitad del siglo XX, del surgimiento de los fascismos hasta la intromisión del marxismo, con la pasividad de las distintas iglesias, trató de despertar las conciencias adormecidas de aquellos que vivían como si la historia no fuera con ellos, hasta el desastre sobrevenido de la segunda gran guerra mundial. Se le criticó a **Mounier** de una cierta radicalización ideológica, lo cual, a mi entender, y tras riguroso y exhaustivo análisis de su vida y obra, quizá haya habido algunos momentos puntuales de radicalización, sí, pero, pienso que perfectamente asumibles y justificables dada la urgente situación social que vivía la Francia de su tiempo y el peligro real de los fascismos y el marxismo que se estaban introduciendo entre los sectores sociales más incultos y fácilmente manipulables, como eran los jóvenes y las clases obreras y proletarias. La urgencia de su mensaje inducía más,

en algunos casos, a la actuación que a la reflexión serena. Pero ello obligado por la crítica situación vivida, como decía.

Pero, llegados a este punto bien pudiéramos plantearnos una serie de interrogantes acerca de los planteamientos que nos ofrece el *personalismo* en general y el enfoque que **Mounier** hace del mismo en particular y, al mismo tiempo, tratar de ofrecer alguna respuesta que nos sirva a nosotros, en pleno siglo XXI, inmersos también en plena vorágine del capitalismo salvaje, el acomodamiento burgués y la amenaza, cada vez más permanente, de restos de un fascismo caduco, pero dispuesto a aflorar en la sociedad a menos que esta se lo permita. Tenemos ejemplos bien llamativos en la Europa actual, especialmente en Francia y en Alemania. En nuestra España, afortunadamente, tan solo hay vestigios aislados, pero que conviene controlarlos para no encontrarnos con problemas desagradables y difíciles de tratar por no darles la importancia que merecían. La extrema izquierda también puede suponer un peligro potencial real. Como sabemos, todos los radicalismos no dejan de ser peligrosos. Y en particular los radicalismos religiosos, que por ser más sutiles, no están exentos, ni mucho menos, de peligrosidad.

El *personalismo*, como corriente filosófica moderna, viene a situarnos en nuestra verdadera dimensión como seres humanos pensantes. Nos ofrece una vía alternativa, tanto política como religiosa, a un mundo que agoniza en medio de un sistema económico-social que ha generado tremendas injusticias en el mundo, llegando incluso a dividir este entre los países ricos del Norte y los pobres del Sur. Pero no solamente esto: incluso dentro del mismo mundo opulento de Occidente existen grandes sectores sociales que viven en condiciones de pobreza o cerca de su umbral. Y esto ante la pasividad de las

grandes potencias económicas mundiales, mientras estas, con su poderío económico, gastan enormes cantidades de dinero en armamento que contribuye a la aniquilación de cientos de miles de seres humanos en el mundo. Esto es, además de injusto, inmoral. La filosofía personalista es inconformista con esta situación de injusticia social. No podemos ni debemos permanecer impasibles ante este panorama. **Mounier** y otros entusiastas personalistas, comprendiendo la urgencia social que había en la Europa de la primera mitad del pasado siglo, abogaron por la defensa de los valores morales que ofrecía un cristianismo comprometido con las causas nobles y justas. La aspiración de ellos fue la de ofrecer una respuesta, en particular a los cristianos, que capacitados para la acción política y social se encontraban, por contra, con unas iglesias escindidas en confesionalismos que no conducían a ninguna parte y que lejos de ofrecer soluciones al entorno social, más bien se aislaban de él, enclaustrándose en sus propias creencias y mostrando su incapacidad de comunicación real con un mundo agonizante. Por eso el *personalismo* de antes, y también el de ahora, nos presenta una opción (quizá la única posible) para escapar de tan triste situación y acceder a una nueva y renovada a la vez visión de un mundo pasado por el tamiz del compromiso social desde la percepción religiosa a la que nos invita el *Evangelio* de **Jesús de Nazaret**. Hemos de ser conscientes, pienso, de que por encima de cuestiones políticas y sociales existe otra forma, otra dimensión, de contemplar el mundo, posiblemente utópica e irrealista, pero cercana a unos valores éticos que cuando los vivimos con intensidad nos introducen serenamente en nuestra verdadera condición humana tendente al ennoblecimiento de nuestras vidas. Creo que **Mounier** y otros muchos personalistas comprendieron esto a la perfección, más allá de concepciones ideológicas o religiosas propias, no siempre coincidentes, pero

con el sentir de un compromiso real ante el mundo que les rodeaba. Y es que como rezaba aquel célebre dicho popular de que “la unión hace la fuerza”, mientras el mundo de la cristiandad en particular no sea consciente de esto, el mensaje del *Evangelio* (en el cual, por cierto, hay un llamamiento clarísimo a la unidad) se perderá en la indigencia social, incapaz de llamar la atención a un mundo que más que palabras necesita hechos concretos. Este es el reto que tenemos por delante todos aquellos que comulgamos con el ideario personalista desde sus distintas vertientes o variantes, pero, en especial, a ese sector de la cristiandad que consciente de esta urgente realidad se siente comprometida con la acción social y humana desde los valores que nos transmite el cristianismo auténtico.

BIBLIOGRAFÍA

- Aron, Raymond.** *Combat et Le Figaro.*
- Béguin, A.** *Une vie, Esprit (1950).*
- Berdiáyev, N:** *Le sens de l'Histoire.*1920.
Le destin de l'Homme dans le monde actuel. 1931.
*Esprit et réalité.*1937.
Dialectique existentielle du divin et de l'humain. 1947.
- Blázquez, Feliciano.** *Emmanuel Mounier. Editorial Epesa. Madrid.*1972.
- Bloy, León.** *Le despere.*
- Conhil, J.** *Emmanuel Mounier. Barcelona.* 1966.
- Domenach, J.M.-Goguel, J.** *Pensamiento político de Mounier. Madrid.* 1966.
- Guissard, L.** *Emmanuel Mounier. Barcelona.* 1965.
- Lacroix, J.** *Presencia de Mounier. Barcelona.* 1966.
- Maritian, Jacques:** *Religion et culture. París. Desclée de Brouwer.* 1930.
(1946)
*De la Philosophie Créthienne.*París. Desclée de Brouwier.1933.
*La personne humaine et la société.*París. 1939.
Cristhianisme et démocratie. Nueva York, 1943. (París,1945).
- Merleau-Ponty.** *Les Philosophies celebres.*Mazenod.1956.
- Mounier, E:** *El compromiso de la acción.*
El personalismo. Antología esencial.
Cartas desde el dolor
Mounier en Esprit.
Manifiesto al servicio del personalismo.
Revolución personalista y comunitaria
- Sartre, J.P.** *Problemas del marxismo (I y II).*1964 y 1965.